



EL LADRÓN QUE CITABA
A KIPLING

LAWRENCE
BLOCK

Lectulandia

Los bibliófilos han enloquecido. Corre la voz de que existe un ejemplar, un único ejemplar de una rara y casi desconocida obra que, además, está dedicada a Hitler y es ferozmente antisemita. Y un bibliófilo enloquecido por una pieza única es un sujeto muy peligroso. Eso lo sabe bien Bern Rhodenbarr, el más hábil y el más honrado de los ladrones, que acaba teniendo el libro en su poder y se encuentra rodeado por una manada de hombres ávidos por conseguir el preciado volumen. Tan ávidos que, por supuesto, no repararán en medios para obtenerlo.

Lectulandia

Lawrence Block

El ladrón que citaba a Kipling

Bernie Rhodenbarr - 3

ePub r1.1

Ledo 20.06.14

Título original: *Burglar who liked to quote Kipling*

Lawrence Block, 1979

Traducción: Gloria Méndez

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Cuando vayas de casa en casa robando, no olvides trabajar con alguien...

Se gana menos, pero es más seguro.

Si un hombre sube por las escaleras de caracol

aparece tras él una mujer y le da un golpe.

Cuando hayas saqueado la casa, y parezca claro

que no queda nada más que robar,

echa un vistazo a las tejas antes de sacar el gancho,

porque ahí es donde todos guardan el botín.

El verdadero botín.

Eso es lo que hace que la gente se levante y dispare.

Pasa lo mismo con los perros y con los hombres,

si quieres que vuelvan a tu lado,

ponte a gritar:

¡El botín! ¡Aquí está el botín!

RUDYARD KIPLING, *El botín*

1

Imagino que tendría algo más de veinte años. Resultaba difícil concretar su edad porque su rostro ofrecía pocos datos. La barba, pelirroja, empezaba justo debajo de unos ojos que, a su vez, quedaban ocultos tras los gruesos cristales de las gafas. Vestía una camisa color caqui del ejército y una camiseta con el logotipo de la cerveza de moda, una marca de Dakota del Sur que supuestamente se elaboraba con agua pura, totalmente exenta de productos químicos. Vestía pantalones color caoba y calzaba zapatillas de deporte azules, con una franja dorada. En una mano de uñas descuidadas llevaba una bolsa de viaje de la Braniff Airlines, y en la otra una edición de los poemas de William Cowper.

Dejó el ejemplar al lado de la caja registradora, hurgó en el bolsillo, encontró dos monedas y las colocó sobre el mostrador, cerca del libro.

—¡Ah, pobre Cowper! —exclamé al tiempo que cogía el libro. Estaba mal encuadernado, de ahí que se encontrase en la sección de ofertas de mi librería—. Estoy seguro de que en esta edición está mi poema favorito: «El gato jubilado». —Mientras buscaba en el sumario lo vi apoyarse sobre una de las piernas y luego cambiar a la otra—. Aquí está, en la página ciento cincuenta. ¿Conoces el poema?

—Me parece que no.

—Te encantará. Los libros de oferta cuestan cuarenta centavos cada uno, pero puedes llevarte tres por un dólar. ¿Sólo quieres este?

—Sí. —Empujó las monedas hasta dejarlas a unos centímetros de mí—. Sólo quiero este.

—Muy bien —musité. Miré su rostro. No podía ver nada excepto sus cejas y estas permanecían inmutables; pensé que tenía que hacer algo para obligarlo a reaccionar—. Cuarenta centavos por el Cowper y tres centavos por el *Governor in Albany*, no hay que olvidarlo, total... —Me incliné sobre el mostrador y lo miré con expresión de inocencia—. Son treinta y dos dólares y setenta centavos —sentencié.

—¿Qué?

—El ejemplar de Byron. Encuadernado en piel, papel de calidad, creo que el precio era quince dólares. El Wallace Stevens es una primera edición, pero está de oferta y cuesta doce dólares o algo así. La novela sólo cuesta tres dólares, supongo que pretendías leerla porque no sacarías mucho revendiéndola.

—No sé a qué se refiere.

Salí de detrás del mostrador y me coloqué entre él y la puerta. No parecía que pretendiese salir corriendo, pero llevaba zapatillas de deporte y uno nunca sabe. Los ladrones son impredecibles.

—La bolsa de viaje —expliqué—. Imagino que querrás pagar lo que contiene.

—¿Esto? —Miró la bolsa como si le sorprendiese verla colgando de su mano—.

Aquí sólo llevo la muda del gimnasio. Ya sabe, calcetines, una toalla, esa clase de cosas.

—Supongo que no te importará mostrármelo.

Su frente se llenó de gotas de sudor, pero intentó hacerse el duro.

—No puede obligarme —protestó—. No tiene autoridad para ello.

—Puedo llamar a un agente. Él tampoco puede obligarte, pero puede llevarte a la comisaría, arrestarte y después abrirla, y tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad? Abre la bolsa.

Abrió la bolsa. Dentro había unos calcetines de deporte, una toalla, unos pantalones de gimnasia de color amarillo limón, los tres libros que acababa de mencionar y una primera edición de *The Wayward Bus*, de Steinbeck, envuelto en una funda de plástico. Marcaba 17,50 dólares, sin duda un precio excesivo.

—Esto no lo cogí de su tienda —explicó.

—¿Tienes el comprobante de pago?

—No, pero...

Hice unos cuantos garabatos y sonreí.

—Dejémoslo en quince dólares —apunté—, y en paz.

—¿Piensa cobrarme el Steinbeck?

—Así es.

—Pero si ya lo traía al entrar aquí.

—Quince dólares —repetí.

—Oiga, no quiero comprar estos libros. —Alzó la vista hacia el cielo—. ¡Dios! ¿Por qué se me ocurriría venir aquí? No quiero problemas.

—Yo tampoco.

—Y lo último que pretendo es comprar algo. Quédese con los libros, con el Steinbeck también, ¡qué importa! Pero déjeme marchar, ¿de acuerdo?

—Creo que deberías comprar los libros.

—Sólo tengo cincuenta centavos. Oiga, quédese con los cincuenta centavos también, ¿de acuerdo? Quédese con los pantalones, quédese con la toalla, quédese con los calcetines, ¿de acuerdo? Pero deje que me largue ahora mismo.

—¿No tienes dinero?

—No, no tengo. Sólo llevo cincuenta centavos. Oiga...

—Déjame ver tu cartera.

—¿Qué pretende? ¡No tengo cartera!

—Bolsillo trasero derecho. Sácala y pásamela.

—No puedo creer que me esté pasando esto.

Chasquéé los dedos.

—¡La cartera!

Era un billetero negro bastante elegante y dentro había un preservativo que me

trajo recuerdos de mi lejana adolescencia. Había casi cien dólares. Saqué cincuenta en billetes de cinco y de diez, dejé el resto donde estaba y devolví la cartera a su dueño.

—Ese dinero es mío —protestó.

—Acabas de comprar unos libros —le expliqué—. ¿Quieres un comprobante de pago?

—¡Ni siquiera quiero los libros, maldita sea! —Los ojos se le llenaron de lágrimas tras los gruesos cristales—. ¿Qué voy a hacer con ellos?

—Supongo que lo más lógico es que los leas. ¿Qué pensabas hacer con ellos antes?

Miró sus zapatillas de deporte.

—Iba a venderlos.

—¿A quién?

—No lo sé. A algún librero.

—¿Cuánto dinero pensabas conseguir?

—No lo sé. Quince o veinte dólares.

—No sacarías más de diez.

—Es posible.

—Está bien —dije. Saqué un billete de diez y se lo puse en la palma de la mano—. Véndemelos a mí.

—¿Cómo dice?

—Te evitas el tener que ir de tienda en tienda. Yo puedo sacarles partido, es la clase de libros que vendo, de modo que ¿por qué no dejar que sea yo quien te pague los diez dólares?

—¡Esto es de locos! —exclamó.

—¿Prefieres los libros o el dinero? Tú decides.

—No quiero los libros.

—¿Quieres el dinero?

—Supongo que sí.

Cogí los libros y los coloqué sobre el mostrador.

—Entonces, será mejor que guardes los diez dólares antes de que se te pierdan —le aconsejé.

—Esto es lo más absurdo que he visto en mi vida. Me ha cobrado cincuenta dólares por unos libros que no quería comprar y ahora me da diez por venderlos. He perdido cuarenta dólares, ¡maldita sea!

—Bueno, compraste a un precio alto y vendiste a un precio bajo. Normalmente la gente intenta hacerlo al revés.

—Soy yo quien debería llamar a la policía. Es a mí a quien acaban de robar.

Volví a guardar su ropa de gimnasia, cerré la cremallera y le tendí la bolsa.

Levanté un dedo para rozar su barbilla peluda.

—Un consejo —sugerí.

—¿Sí?

—Deja este oficio.

Me miró perplejo.

—Busca otra forma de ganarte la vida. Olvídate de robar cosas. No eres muy bueno que digamos, y me temo que no reúnes las condiciones necesarias para llevar esa clase de vida. ¿Eres universitario?

—He dejado la carrera.

—¿Por qué?

—Por nada importante.

—Casi todo carece de importancia hoy en día, pero ¿qué tal si vuelves a empezar? Saca algún título y dedícate a un trabajo para el que valgas. Para ladrón profesional, no das la talla.

—¡Profesional! —Volvió a elevar la mirada al cielo—. ¡Por Dios, sencillamente he robado un par de libros! ¡Eso no me convierte en un profesional!

—Todo el que roba algo para revenderlo es un profesional del crimen —expliqué—. Te ha faltado experiencia, eso es todo. Hablo en serio. Deja este oficio. —Apoyé la mano en su muñeca—. No te lo tomes a mal, pero lo cierto es que eres demasiado tonto para robar.

2

En cuanto salió, metí sus cuarenta dólares en mi cartera e inmediatamente se convirtieron en *mis* cuarenta dólares. Rebajé el precio del Steinbeck a quince dólares y lo coloqué al lado de sus compañeros. Al hacerlo, descubrí que había varios volúmenes fuera de sitio, y me entretuve ordenándolos.

Entraron varios clientes, curiosaron y se marcharon. Vendí unos cuantos libros baratos y un ejemplar de las *Églogas* de Virgilio publicado por el Heritage Club (la encuadernación era buena, pero el agua la había estropeado y el lomo estaba ligeramente rascado; precio: ocho dólares cincuenta). La mujer que adquirió el libro también estaba algo ajada, tenía cara de boba y la cabeza cubierta de rizos anaranjados. No era la primera vez que venía a la tienda, pero sí que compraba, de modo que me sentí optimista.

La observé mientras salía con su Virgilio y luego me acomodé tras el mostrador con una edición de *Los tres soldados* publicada por Grosset & Dunlap. Últimamente me dedico a leer los pocos libros de Kipling que tengo en la tienda. Algunos ya los había leído tiempo atrás, pero no era el caso de *Los tres soldados*. Estaba disfrutando de veras mi encuentro con Ortheris, Learoyd y Mulvaney cuando las pequeñas campanillas de la puerta sonaron, anunciando un visitante.

Levanté la vista. Frente a mí estaba un hombre que vestía uniforme azul. Su expresión parecía franca y amigable, pero mi profesión me ha enseñado a no juzgar un libro por la portada. Se trataba de Ray Kirschmann, el mejor policía que el dinero podía comprar, y estaba a la venta siete días por semana.

—¡Hola, Bern! —saludó mientras apoyaba un codo sobre el mostrador—. ¿Has leído algo bueno últimamente?

—Hola, Ray.

—¿Qué estás leyendo? —Se lo mostré, y sentenció—: ¡Basura! Tienes una tienda llena de libros, deberías leer algo decente.

—¿Qué es algo decente?

—Joseph Wambaugh, Ed McBain. Alguien que no hable con rodeos.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Cómo va el negocio?

—Bastante bien, Ray.

—Te sientas ahí, compras libros, los vendes y te ganas la vida, ¿no?

—Así son las cosas en América.

—Ya. ¡Menudo cambio para ti!

—Bueno, me gusta trabajar, Ray.

—Me refiero a que supone un gran giro en tu carrera, ¿no? Pasar de ladrón a librero. ¿Sabes qué parece? Un título. Deberías escribir un libro. *De ladrón a librero*.

¿Te molesta si te hago una pregunta, Bernie?

Y si me molestase, ¿qué?, pensé.

—No —contesté.

—¿Qué demonios sabes tú de libros?

—Bueno, siempre he sido un gran aficionado a la lectura.

—Supongo que te refieres a tus estancias en la cárcel.

—Incluso cuando estaba fuera, desde bien niño. Ya sabes que decía Emily Dickinson: «No hay mejor forma de viajar que un libro».

—Como entretenimiento está bien, pero supongo que no te dedicabas a coleccionarlos pensando en abrir una librería más tarde.

—El negocio ya estaba en marcha. Yo era un cliente habitual desde hacía varios años. Me enteré de que el dueño quería venderlo para marcharse a Florida.

—Supongo que ahora estará tostándose al sol.

—De hecho, me han comentado que abrió otra librería en San Petersburgo. No soportó la inactividad.

—Bueno, mejor para él. ¿Cómo lograste reunir suficiente dinero para comprar esta tienda, Bernie?

—Me había hecho con unos cuantos dólares.

—Ya... ¿Heredaste de algún familiar o algo así?

—Algo así.

—Entiendo. Creo que el invierno pasado, en enero, estuviste fuera un mes o más, ¿me equivoco?

—Enero y parte de febrero.

—Imagino que estuviste en Florida, haciendo lo que mejor se te da, diste un buen golpe y volviste con un alijo de joyas importante. Te emocionaste y pensaste que ya era hora de que el hijo de la señora Rhodenbarr se buscase una tapadera decente.

—¿Eso imaginas, Ray?

—Así es.

Reflexioné por un instante y luego dije:

—No fue en Florida.

—Tal vez Nassau, Saint Thomas. ¡Qué más da!

—En realidad fue en California, en el condado de Orange.

—Es lo mismo.

—Y no fueron joyas. Se trataba de una colección de monedas.

—Siempre buscas esa clase de cosas.

—Bueno, son una magnífica inversión.

—No contigo suelto. Sacaste un buen pellizco por las monedas, ¿verdad?

—Digamos que salí adelante.

—Y compraste este negocio.

—Exacto. El señor Litzauer no pedía mucho. Puso un precio justo a las existencias y se olvidó de los muebles y de la mala voluntad.

—Librería Barnegat. ¿De dónde sacaste el nombre?

—Era el que tenía. No quería comprar un cartel nuevo. Litzauer tenía una casa de veraneo en Barnegat Light, en la costa de Jersey. En el cartel se ve un faro.

—No lo he visto. Podrías llamarla Librería del Ladrón. Tu eslogan podría ser «Estos libros son un robo»... ¿Lo pescas?

—Supongo que lo pescaré algún día.

—¡Eh! ¿Te estoy importunando? No era esa mi intención. Es una buena tapadera, Bern, realmente lo es.

—No es una tapadera. Me dedico a esto.

—¿Cómo?

—Me gano la vida así, Ray, y sólo así. Me dedico a los libros.

—¡Por supuesto!

—Estoy hablando en serio.

—En serio, entiendo.

—Sí, en serio.

—Ya. Déjame que te cuente por qué he venido a verte. El otro día estaba pensando en ti. Mi mujer no me dejaba en paz. ¿Has estado casado?

—No.

—Estás demasiado ocupado sentando la cabeza; tal vez el matrimonio sea el siguiente paso. No hay nada como casarse para obligar a un hombre a sentar la cabeza. Todavía estamos en octubre, pero dice que este año el invierno será muy duro. ¿Conoces a mi mujer?

—Hablé con ella por teléfono en una ocasión.

—Me dijo: «Las hojas están empezando a caer muy pronto, Ray. Eso quiere decir que nos espera un invierno frío». En realidad, es al contrario; cuando las hojas caen tarde es cuando viene el frío.

—¿Prefiere que haga frío?

—Le gusta que haga frío si ella puede estar caliente. Quiere que le regale un abrigo de pieles.

—Entiendo.

—Mide un metro setenta, más o menos, y usa talla cuarenta y cuatro. De vez en cuando se pone a régimen y rebaja hasta la cuarenta, otras se hincha de pasta y necesita una cuarenta y seis. De todos modos, imagino que los abrigos de pieles no tienen que sentar como un guante, ¿no?

—Ni idea.

—Quiere uno de visón. Nada de animales salvajes o especies en extinción; es una gran defensora de los animales. A los visones los crían en granjas especialmente para

esto, no los cazan ni se desangran atrapados en una trampa ni nada por el estilo... Lo único que hacen es matarlos con gas y quitarles la piel.

—Supongo que a los visones les encanta. Debe de ser tan agradable como ir al dentista.

—En cuanto al color, no creo que haya problema. Basta con que sea uno de los tonos de moda: platino, champán. Nada de esos marrones oscuros pasados de moda.

Asentí al tiempo que imaginaba a la señora Kirschmann envuelta en pieles. No sabía cuál era su aspecto, pero pensé en una mujerona robusta algo tonta.

—¡Ah! —comprendí de repente—. Todo esto estás contándomelo por algo.

—Bueno, Bern, he pensado que...

—Estoy fuera del circuito, Ray.

—Se me ha ocurrido que, tal vez, en alguno de tus trabajos podrías encontrar un abrigo de pieles, no sé si me explico. He pensado que tú y yo somos viejos amigos, que hemos pasado mucho juntos y...

—Ya no me dedico a robar, Ray.

—No quiero que me lo regales, Bernie. Te pagaría algo por él.

—Ya no robo, Ray.

—Entendido, Bern.

—No soy tan joven como antes. Uno nunca cree que algún día se hará viejo, pero empiezo a notar el peso de los años. Cuando uno envejece, todo se complica. No me apetece ir otra vez a la cárcel, Ray. No me gusta la experiencia.

—Hoy en día son como casas de campo.

—Entonces es que han cambiado mucho en los últimos años, porque te aseguro que nunca me pareció un lugar agradable. Se encuentra uno mejores personas en los trenes nocturnos.

—Un tipo como tú podría conseguir un buen trabajo en la biblioteca de la prisión.

—Sí, pero sigues pasando las noches entre rejas.

—De modo que te has vuelto honrado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? En todo este rato no ha entrado ni un solo cliente.

—Es posible que tu uniforme los espante, Ray.

—O puede que el negocio no marche tan bien como cabría esperar. ¿Cuánto tiempo hace que vendes libros, Bern? ¿Seis meses?

—Casi siete.

—Apuesto a que ni siquiera sacas para pagar el alquiler.

—Me defiendo —marqué la página de *Los tres soldados*, cerré el libro y lo dejé en el estante que había detrás del aparador—. Esta mañana he ganado cuarenta dólares con un solo cliente y te aseguro que fue más fácil que robar.

—Eso no es gran cosa. Los tipos como tú suelen sacar veinte de los grandes en

una hora y media si las cosas van bien.

—O acabamos en la cárcel, según el caso.

—Cuarenta dólares... No creo que eso te haga cambiar de vida.

—Es distinto ganar dinero honrado que conseguirlo por otros medios.

—Sí, en este caso la diferencia es considerable, unos 19 960 dólares. Bern, esto es pura calderilla. Sé sincero, no puedes vivir sólo de esto.

—Nunca robé tanto como crees. No me pegaba la gran vida, Ray. Tengo un pequeño apartamento en el West Side, no salgo por las noches, lavo la ropa en casa. El almacén está lleno de libros. ¿Podrías echarme una mano?

Hicimos a un lado el mostrador y dijo:

—Fíjate qué curioso. Un policía y un ladrón trabajando juntos. Deberían sacarnos una foto. ¿Cuánto sacas por todo esto? ¿Cuarenta centavos por uno, un dólar por tres? ¿Y con eso ganas para vestir?

—Soy un buen negociante.

—Escucha, Bern, si no quieres ayudarme con lo del abrigo por algo en concreto...

—Policías... —dije, y suspiré.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Un tipo se rehabilita y os negáis a creerle. Os pasáis la vida intentando guiarnos hacia el buen camino...

—¿Cuándo diantres he intentado guiarte hacia el buen camino? Eres un ladrón de primera clase. ¿Por qué iba a querer que cambiases?

Llegó la hora de cerrar y por fin se dio por vencido mientras yo llenaba una bolsa de novelas de misterio. Se puso a hablar de su compañero, un joven elegante, de voz suave, gran aficionado a los caballos y con un discreto gusto por las anfetaminas.

—No paraba de perder y lamentarse por ello —explicó Ray—, pero se volvieron las tornas. Ahora siempre gana en las carreras y te aseguro que me caía mejor cuando era un fracasado.

—No puede tener suerte eternamente, Ray.

—Eso digo yo. ¿Qué es esto? ¿Has colocado persianas metálicas en las ventanas? No quieres arriesgarte, ¿verdad?

Bajé las persianas y las cerré.

—Bueno, en realidad ya estaban puestas —contesté, algo tenso—; pensé que sería mejor usarlas.

—Claro, ¿para qué ponerle las cosas fáciles a los ladrones? Entre ladrones no hay corporativismo, ¿verdad? ¿Y si te olvidas la llave, Bern?

No respondí. Tampoco creo que esperara que lo hiciese. Chasqueó la lengua y apoyó su pesada mano en mi hombro.

—Supongo que llamarías a un cerrajero —dijo—. Ahora que ya no eres un

ladrón, sino sólo un tipo que vende libros, ya no sabrías cómo forzar la cerradura.

La librería se encuentra en la calle Once entre Broadway y University Place. Cerré y me marché con la bolsa de libros hasta llegar, unas puertas más abajo, a una peluquería de perros llamada Fábrica de Caniches. Carolyn Kaiser tenía un yorkshire sobre la camilla y estaba cortándole las uñas.

—¿Ya es la hora? —exclamó—. Acabo con *Príncipe Felipe* y estaré lista para salir. Si no bebo algo fresco empezaré a ladrar como un chihuahua.

Me acomodé en el sofá mientras Carolyn daba los últimos toques a la pedicura del terrier y lo colocaba de nuevo en su jaula. No dejó de quejarse de la insensibilidad de su amante. Randy había llegado tarde la noche anterior, borracha, despeinada y armando escándalo. Carolyn estaba harta.

—Creo que ha llegado el momento de romper —comentó—, pero no sé cómo me siento con respecto a esa ruptura. Y no lo sé porque no puedo entrar en contacto con mis sentimientos y supongo que si no puedo entrar en contacto con mis sentimientos es posible que tampoco pueda sentirlos, de modo que será mejor que vayamos a un bar, a ver si así me siento mejor. ¿Qué tal ha sido tu día, Bernie?

—Ha sido bastante denso.

—Sí, parece cansado. Este olor me pone enferma. Me siento como si llevase perfume de meados de perro.

Fuimos al Bump Rap, un bar que se encontraba a unos metros de allí. En la gramola sonaba música country. Nos sentamos en los taburetes de la barra mientras Barbara Mandrell cantaba algo sobre el adulterio. Carolyn pidió un martini con vodka y hielo. Yo, una soda con limón. El camarero me miró con aprobación y Carolyn con desaliento.

—Estamos en octubre.

—¿Y?

—El préstamo no tienes que devolverlo hasta la primavera.

—Así es.

—¿El médico te ha prohibido beber o algo así? ¿Tu hígado necesita unas vacaciones?

—Sencillamente no me apetece beber.

—Estás en tu derecho. ¿Cuál es el problema? ¿He dicho algo malo?

Le expliqué la historia de Ray Kirschmann y el abrigo de visón de su mujer, y Carolyn comenzó a emitir sonidos que reflejaban su solidaridad. Se nos da bien hacer de amigo comprensivo el uno con el otro. Está frisando la treintena, tiene el cabello corto y oscuro y unos ojos increíblemente claros. Mide uno sesenta con tacones pero nunca los usa, porque dice que la hacen parecer una boca de incendios, algo preocupante teniendo en cuenta la clase de clientela que frecuenta su negocio.

La conocí poco después de comprar la librería. A Randy la veo menos y tengo menos confianza con ella. Carolyn lleva la Fábrica de Caniches en solitario. Randy es camarera, o lo era hasta que la despidieron por insultar a un cliente. Es más alta y delgada que Carolyn, un año o dos más joven y bastante coqueta. Randy y yo somos amigos, pero Carolyn y yo somos amigos del alma.

Mi amiga del alma lanzó un chasquido de comprensión.

—Los policías son un incordio —declaró—. Randy tuvo una aventura con un policía. ¿Te lo había contado alguna vez?

—Me parece que no.

—Fue en esa crisis que sufrió hace unos tres meses, justo antes de aceptar que, en efecto, es lesbiana. Creo que intentaba negar una parte de sí misma. Se acostó con docenas de hombres. Resultó que el policía era impotente. Ella se burló de él y él le colocó la pistola en la sien. Pensó que iba a matarla. Ojalá lo hubiera hecho... ¿Por qué vuelvo a hablar de ella?

—Es culpa mía.

—¿Tienes planes para esta noche? ¿Sigues saliendo con aquella mujer de la galería de arte?

—Decidimos que era mejor seguir cada uno por su lado.

—¿Y qué pasó con la poetisa loca?

—No acabamos de encajar.

—Entonces, ¿por qué no vienes a cenar? He dejado una exquisitez en el horno. Lo prepararé esta mañana, antes de recordar que soy una estúpida. Es carne con cebollitas, champiñones y un sinfín de cosas buenas. Además, puedo ofrecerte una botella de cerveza alemana para acompañar, o Perrier, si lo de la abstinencia va en serio.

Di un sorbo a mi bebida y dije:

—¡Me encantaría! Pero esta noche no puedo.

—¿Tienes algún plan?

—No, pero estoy agotado. Me apetece ir directo a casa y vegetar. Mis planes no incluyen actividad alguna más allá de rezarle una oración a san Juan de Dios.

—¿Debería conocerlo?

—Es el patrón de los librereros.

—¡No me digas! ¿Y quién es el patrón de los peluqueros de perros?

—No tengo ni la más remota idea.

—Espero que tengamos alguno. Me han mordido, arañado y meado encima... Creo que merezco un poco de ayuda. De hecho, me pregunto si habrá un patrón de las lesbianas. Entre tanta monja de clausura, digo yo que habría alguna que... En serio, ¿crees que tendremos patrón?

Me encogí de hombros.

—Si te interesa, puedo informarme —dije—. Yo sólo sé lo de san Juan porque el señor Litzauer tenía un cuadro de ese santo colgado en la trastienda. Pero seguro que existen libros en los que figuran listas de santos patronos. Miraré en la librería, es probable que tenga alguno. Por probar no perdemos nada.

—Ha de ser genial tener un negocio así. Debe de ser como vivir en una biblioteca.

—Algo parecido.

—Trabajar en la Fábrica de Caniches es como vivir en una perrera. ¿Ya te marchas? Bueno, que pases una buena noche, Bern.

—Gracias. Mañana miraré si existe santa Safo.

—No te preocupes demasiado. ¡Oye! ¿Los ladrones tienen patrón?

—Veré si consigo enterarme de eso también.

Hice tres combinaciones de metro hasta la esquina de Broadway con la calle Ochenta y seis y caminé una manzana hasta Burder Ink. Allí le vendí mi bolsa de libros a Carol Bremer. Me compra todas las novelas de misterio que encuentro en la tienda. Para mí es mejor vendérselas a ella a bajo precio que esperar a que vengan distintos clientes a llevárselas de mi librería.

—Charlie Chan, Philo Vance... Bernie, ¡es magnífico! —exclamó—. Tengo clientes en lista de espera para estos autores. ¿Quieres tomar algo?

Aquella noche todo el mundo quería invitarme a una copa. Le expliqué que prefería dejarlo para otra ocasión y salí de la tienda justo a tiempo para perder el autobús que pasa por West End Avenue, de modo que caminé las seis manzanas que me separaban de mi apartamento. Era una noche de otoño muy agradable y pensé que me vendría bien dar un paseo. En una librería no se toma mucho el aire ni se hace demasiado ejercicio.

Encontré correo en el buzón. Lo subí hasta casa y lo arrojé a la papelera. Mientras me desvestía sonó el teléfono. Era una conocida que dirige una guardería en Chelsea. Los padres de uno de los niños le habían dado un par de invitaciones para el ballet. Me preguntó si no me parecía estupendo. Le contesté que, en efecto, era estupendo, pero que yo no podía acompañarla.

—Estoy reventado —expliqué—. Voy a dormirme sin cenar. Estaba a punto de dejar el teléfono descolgado cuando has llamado.

—¿Por qué no te tomas un café y te animas? Es un bailarín muy conocido... Un ruso... ¿Cómo se llama?

—Todos son rusos. Me quedaría dormido antes de llegar al primer intermedio. Lo siento.

Me deseó felices sueños y colgué. Dejé el auricular descolgado. Me habría encantado probar la cena de Carolyn o ver saltar a un bailarín ruso... no quería que el teléfono me informase sobre nada más que pudiera perderme. Al principio emitía una

especie de zumbido de protesta, pero acabó por quedarse totalmente mudo. Acabé de desvestirme, apagué la luz y me metí en la cama. Permanecí tumbado con los brazos pegados al cuerpo y los ojos cerrados, respirando lenta y rítmicamente, dejando mi mente vagar libre. No sé si me dormí o sencillamente dormité, pero cuando a las nueve sonó el despertador estaba bastante aturdido. Me levanté, tomé una ducha rápida, me afeité, me puse ropa limpia y me preparé una buena taza de té. A las nueve y cuarto volví a colgar el auricular. El teléfono sonó exactamente a las nueve y veinte. Contesté. Mi interlocutor dijo:

—No ha habido ningún cambio.

—Bien.

—¿Todo bien por tu parte?

—Sí.

—Bien —contestó, y colgó.

No mencionamos nombres ni datos comprometedores. Me quedé mirando el auricular un momento antes de colgarlo. Lo pensé mejor y volví a dejarlo descolgado. Se quejó de nuevo, pero cuando acabé de tomarme el té el silencio era total.

Acabé de vestirme. Llevaba un terno azul marino, una camisa azul, una corbata con algo de verde y unas rayas doradas en diagonal sobre un fondo azul marino. Me calcé unos mocasines negros de piel con suela de crepé. Con ellos, mis pasos se volvían prácticamente inaudibles. Di una última vuelta por el apartamento para dejarlo todo dispuesto.

Mis pies no hacían ruido alguno, pero mi estómago gruñía un poco. No había comido nada desde el mediodía, y de eso hacía ya nueve horas... Pero no quise comer ni beber nada.

No era el momento.

Comprobé que lo llevaba todo. Salí, cerré la puerta con doble vuelta, tomé el ascensor y salí por la puerta de servicio del sótano para no llamar la atención del portero.

El aire era frío. No era como llevar un visón, pero, desde luego, el abrigo de lana no estaba de más. Llevaba el mío en la mano, y no tardé en ponérmelo.

Me pregunté si habría un patrón de los ladrones. De ser así, desconocía su nombre. Recé una breve oración dedicada al santo patrón, fuese quien fuese, y me dispuse a poner fin a mi trayectoria criminal.

3

Cuando cruzaba el puente Queensbord se me ocurrió echar un vistazo al indicador de gasolina. La aguja estaba totalmente a la izquierda, ni siquiera me quedaba la esperanza de la reserva, y todavía me faltaba cerca de un kilómetro para llegar al otro extremo del puente. Intenté imaginar qué ocurriría si me quedaba sin una gota de gasolina en mitad del East River. Los cláxones empezaban a sonar, y cuando los cláxones suenan la policía no tarda en llegar. Primero se mostrarían comprensivos: los automovilistas suelen olvidarse de llenar el depósito, pero su simpatía se esfumaría al comprobar que estaba conduciendo un coche robado. Además, se preguntarían por qué demonios había robado un coche sin comprobar el depósito de gasolina.

Yo mismo me hacía esa pregunta. Seguí adelante, pero levanté el pie del acelerador al tiempo que trataba de recordar las pautas que daban los ecologistas para economizar gasolina. Nada de acelerones ni frenazos bruscos, y no calentar demasiado el motor al arrancar por las mañanas. Eran buenos consejos, pero no me parecía que fuesen a dar buenos resultados; me aferré con fuerza al volante y esperé a que el motor se parase y el mundo se derrumbara sobre mí.

No ocurrió nada de eso. Al salir del puente encontré una gasolinera y le pedí al muchacho que llenase el depósito. El coche era un viejo Pontiac cuyo motor jamás había oído nada acerca de la crisis del petróleo; me senté y vi cómo se tragaba ochenta y tres litros de súper. Me pregunté cuál sería la capacidad del depósito. Unos setenta y cinco litros, supuse al advertir que el surtidor tenía el contador trucado. En este mundo, el pez grande se come al chico.

La broma costaba quince dólares y pico. Le di un billete de veinte al muchacho, quien en lugar de darme el cambio sonrió y señaló un pilar entre dos surtidores en el que había un cartel que rezaba: «Ayúdenos a impedir el crimen». Después de las ocho de la tarde, había que disponer del importe exacto o pagar con tarjeta. Desconozco si con ello impedían el crimen, pero sin duda le sacaban partido.

Llevaba encima un par de tarjetas. En alguna ocasión las había utilizado para abrir puertas, aunque no es tan sencillo como se pretende hacer creer en la televisión. Pero no quería que quedase constancia de mi paso por Queens ni que nadie anotase los datos del Pontiac. De modo que dejé que aquel mocoso insolente se quedase con el cambio, sonreí de mala gana y me fui hacia Queens Boulevard rezongando.

No se trataba del dinero. Lo que de veras me molestaba era el haber estado circulando con el depósito estúpidamente vacío. La verdad es que no suelo robar coches. Casi nunca conduzco, y, cuando lo hago, los de la empresa de alquiler se encargan de que me encuentre el depósito lleno. Puedo llegar a Vermont antes de tener que pensar en la gasolina...

Aquella noche no iba a Vermont, sólo a Forest Hills, y podía haber tomado el metro tal y como había hecho unos días antes, cuando me había acercado en misión de reconocimiento. Pero no me apetecía regresar a casa en metro; cuando tengo los brazos llenos de pertenencias de otra persona, prefiero evitar los transportes públicos.

Al ver el Pontiac en la calle Setenta y cuatro me pareció una señal del cielo. Ese modelo es tan fácil de abrir y tan sencillo de poner en marcha con un puente... y aquel modelo tenía matrícula de Jersey, de modo que a nadie podía sorprender que mi conducción fuese un poco excéntrica. Además, era poco probable que el dueño fuese a denunciar el robo. Estaba aparcado junto a una boca de incendios; lo más probable era que pensase que se lo había llevado la grúa.

Jesse Arkwright vivía en Forest Hills Gardens. Forest Hills es un barrio de clase media que se encuentra al sur de Flushing Meadows, en el centro de Queens. En tres de cada cuatro casas vive una mujer que se mata a hacer aeróbic cuando no está en una reunión de Comedores Compulsivos. Pero Forest Hills Gardens es un barrio dentro de otro barrio, una reserva de personas respetables pertenecientes a la alta burguesía. Las casas tienen tres plantas con tejados de dos aguas. La mínima parcela de césped está meticulosamente cortada y los arbustos perfectamente ordenados. La sociedad de vecinos es propietaria de las calles y se encarga de repararlas y conservarlas. Los vecinos son los únicos con derecho a aparcar en toda la zona.

De vez en cuando, se cuele en el barrio algún coche de gente menos privilegiada, y sus ocupantes escandalizan a las amas de llaves e intentan robar algún bolso de cocodrilo. Un grupo de agentes de seguridad privados patrulla las calles las veinticuatro horas del día para que el riesgo de que eso ocurra sea mínimo. No llegan al extremo de Beverly Hills donde los peatones son seres sospechosos, pero todo está bajo estrecha vigilancia.

En Copperwood Crescent, una calle elegante en forma de semicírculo, las medidas de seguridad son incluso más severas. Las casas son de piedra maciza y en ellas viven un heredero de una compañía naviera, dos mafiosos de poca monta, el dueño de una funeraria y una buena cantidad de ciudadanos pudientes. Un coche de policía se encarga personalmente de la seguridad de esa calle y de las cuatro adyacentes: Ironwood Place, Silverwood Place, Pewterwood Place y Chancery Drive.

Si Forest Hills Gardens es el pastel, Copperwood Crescent es la guinda.

No me costó mucho encontrarla. En mi anterior visita me había dedicado a pasear por el vecindario con un mapa de bolsillo y un sujetapapeles: un hombre con un sujetapapeles siempre queda bien. En su momento había encontrado fácilmente Copperwood Crescent, y no me costó volver a encontrarla. Al pasar con el Pontiac por delante de la casa señorial de Jesse Arkwright, reduje ligeramente la velocidad. Tras las cortinas de las ventanas de las tres plantas se veían luces encendidas.

Seguí hasta el final de Copperwood Crescent y giré para meterme en Bellnap Court, un callejón sin salida que no formaba parte del circuito de los guardas de seguridad de Copperwood, Ironwood, Silverwood, Pewterwood y Chancery. Aparqué junto al bordillo, entre dos robles, y saqué la varilla que hacía de puente para apagar el motor.

En la calle sólo pueden aparcar coches que lleven el distintivo correspondiente, pero con eso sólo se pretende que el barrio no se llene de visitantes indeseables durante el día. La grúa no trabaja por la noche. Dejé el coche y fui caminando hacia Copperwood Crescent. No vi coche de policía alguno ni me encontré con ningún paseante.

Las luces de la casa de Arkwright seguían encendidas. Sin dudarle, me dirigí hacia el callejón que quedaba a la derecha del edificio. Saqué mi linterna de bolsillo y alumbré a través de una de las ventanas del garaje. Había un lustroso Jaguar aparcado en una esquina, pero el resto estaba vacío.

Perfecto.

Me acerqué a la puerta trasera. Debajo del timbre, en el marco de la puerta, había una placa metálica con cerradura. El punto de luz roja encendida indicaba que la alarma antirrobo estaba activada. Si yo hubiese sido el señor Arkwright habría bastado con dar una vuelta a la llave indicada para desactivar el sistema de seguridad. Pero si intentaba insertar algo que no fuese la llave correcta, las sirenas empezarían a sonar y en la comisaría más cercana se enterarían en cuestión de segundos.

Bien.

Llamé a la puerta. No había rastro del coche y la alarma estaba encendida, pero la precaución nunca está de más; un buen ladrón no corre riesgos: es la clase de persona que usa tirantes y cinturón, por si acaso. Ya había llamado antes a ese timbre, cuando llegué con mi sujetapapeles haciendo extrañas preguntas sobre un inexistente servicio de alcantarillado. Entonces había oído por primera vez aquel carillón de cuatro notas que resonaba por toda la casa. Pegué la oreja a la puerta y escuché con atención; una vez que se apagó el eco de las cuatro notas, no distinguí ruido alguno. Ni pasos, ni nada que hiciese sospechar la presencia de seres humanos. Llamé de nuevo y por segunda vez no oí nada.

Perfecto.

Volví hacia la parte trasera de la casa. Me quedé quieto por unos instantes. Era una noche muy agradable, corría una brisa suave y fresca. Desde allí no podía ver la luna, pero sí multitud de estrellas. Lo que más me impresionaba era el silencio. Queens Boulevard estaba a pocas manzanas de distancia, pero no se oía ningún coche. Supongo que los árboles filtraban cualquier ruido.

Me sentí como si estuviese a cientos de kilómetros de Nueva York. La casa de los Arkwright parecía una mansión de novela gótica situada en lo alto de una colina

azotada por el viento.

Pero no tenía tiempo para imaginaciones. Me puse los guantes de goma, muy apretados pero con las palmas abiertas, para mayor comodidad, y me dirigí hacia la puerta de la cocina, con idea de echar un vistazo.

Doy gracias a Dios por la existencia de las alarmas antirrobo y las puertas blindadas y los sistemas de alta seguridad. Desmotivan a los aficionados y dan a la gente una agradable sensación de seguridad. De no existir, todo el mundo apilaría sus pertenencias en las cajas de seguridad de los bancos. Además, le dan más emoción al oficio de ladrón, algo que siempre me ha encantado. Si cualquier pelagatos pudiera robar sin problemas, ¿qué gracia tendría?

La casa de los Arkwright estaba equipada con una alarma de primera categoría, una Fischer System modelo NCN-30. Comprobé que estaba conectada con todas las puertas y ventanas de la planta baja. Es posible que no lo estuviera con las ventanas de los pisos superiores, mucha gente no se toma la molestia de instalarla de forma integral, pero no quería escalar el muro para descubrir que me había equivocado, de modo que opté por engañar al sistema de detección.

Existen varios métodos para anular una alarma. El más directo y contundente es cortar la electricidad de la vivienda. Semejante opción carece de sutileza (se apagan todas las luces) pero, además, es contraproducente cuando se trabaja con sistemas tan sofisticados como el NCN-30 porque disponen de un generador de emergencia que activa las alarmas en caso de fallo eléctrico (algo que puede resultar bastante incómodo cuando la luz se va de forma accidental).

Bien. Opté por incluir unos cuantos cables más en el sistema de detección, de manera que siguió trabajando perfectamente pero sin cubrir la puerta de la cocina. El Séptimo de Caballería podría atravesar esa puerta sin que el NCN-30 protestara en absoluto. Todo ello supera con creces la capacidad resolutive del ladrón medio... ¿No es una suerte que yo no sea un ladrón medio?

Con la alarma fuera de combate, centré mi atención en la sólida puerta de roble, el siguiente problema táctico. La cerradura original podía abrirse con una ganzúa, pero tenía dos más, una Segal y una Rabson. Sostuve mi pequeña linterna con una mano y mi manojo de llaves maestras en la otra y me puse manos a la obra, pegando la oreja de vez en cuando a la puerta (ocurre como con las conchas, si se escucha con atención, se puede oír el bosque). La última cerradura cedió, hice girar el tirador y empujé lentamente, pero sin resultado.

La puerta estaba cerrada por dentro con un cerrojo. Alumbré el marco hasta que lo situé y recurrí a un pequeño utensilio que me había fabricado con un trozo de sierra; lo introduje por la rendija y lo moví arriba y abajo hasta que el cerrojo se partió. Empujé la puerta por segunda vez y, por increíble que parezca, ¡había una

cadena de seguridad que la detuvo cuando apenas empezaba a abrirla! Podría haber intentado partirla, pero era más sencillo meter la mano y desatornillar la cadena del marco.

Empujé por tercera vez, la puerta se abrió sin problemas e hice una entrada ilegal digna del mejor profesional. Me detuve por unos segundos, orgulloso y radiante. Luego, cerré la puerta y los pestillos. El cerrojo ya estaba roto, pero dediqué unos minutos a reparar la cadena y colocarla.

Después me dispuse a inspeccionar la casa.

No hay nada que me guste más.

Olviden todo cuanto le dije a Ray Kirschmann. Es cierto que estoy haciéndome mayor. Es cierto que me da pereza la idea de correr ante perros guardianes o para evitar los disparos de un propietario airado o que las autoridades decidan encerrarme en alguna celda de alta seguridad. Es cierto, es cierto, todo eso es cierto, pero ¿y qué? Nada de todo ello me importa cuando estoy en casa ajena, con los preciados bienes de otros expuestos ante mi vista como comida a la hora de un banquete. ¡Demonios, no me siento tan viejo, no estoy tan asustado!

Tampoco me enorgullezco de ello. Podría defender la idea de que el criminal es el auténtico héroe existencialista de nuestra época, pero ¿para qué? Ni siquiera yo lo creo. No me hago ilusiones acerca de los delincuentes, y lo peor de la cárcel es que uno está obligado a tratar con ellos. Preferiría vivir como un hombre honrado entre personas honradas, pero todavía no he dado con una meta honesta que me tienta. Me encantaría que robar fuese algo moral, pero no lo es. Yo he nacido ladrón, y me encanta.

Crucé la despensa y una cocina enorme cuyo suelo de baldosas empalmaba con el pasillo que llevaba a una sala de estar bastante clásica. Las luces que había visto desde la calle eran cálidas e inundaban la habitación. La lámpara era una maravilla en sí misma: de hierro y cristal, un modelo de Tiffany en forma de libélula. Había visto una parecida en una tienda de antigüedades de Madison Avenue; la etiqueta marcaba mil quinientos dólares y de eso ya hacía unos cuantos años.

Pero no había ido hasta el corazón de Queens para robar muebles. Tenía otro motivo mucho más concreto, y no iba a encontrar lo que buscaba en el comedor. Tampoco era necesario que revisara toda la casa, pero las costumbres son las costumbres, y no pude evitarlo.

Las luces me facilitaron la tarea; no fue necesario que encendiese la linterna. Estaban conectadas a un temporizador, de modo que se encendían solas al anochecer y se mantenían así hasta la madrugada, indicando claramente a todo el que lo observara, que no había nadie en casa.

Me dije que eran muy considerados al dejar las luces encendidas para los

ladrones.

La lámpara estaba sobre un despacho estilo francés. Cuatro de los seis cajones se encontraban vacíos, pero en otro había un reloj de bolsillo marca Patek Philippe con una escena de caza grabada en la caja.

Cerré el cajón sin tocar el reloj.

El comedor merecía la pena. Junto a la cubertería de plata se encontraban dos vajillas de porcelana inglesa y varios servicios de mesa de marca. Porcelana y cristal de excelente calidad.

No toqué nada.

La biblioteca era verdaderamente magnífica.

Medía unos seis metros de largo por unos tres de ancho. El suelo, de parquet, estaba prácticamente cubierto por una imponente alfombra Kerman. Las paredes estaban llenas de estanterías de roble hechas a medida. En el centro de la habitación, bajo una lámpara de pantalla de Tiffany, habían instalado una mesa de billar de tamaño reglamentario. Al fondo, dos retratos de los antepasados de Arkwright lanzaban sendas miradas de aprobación desde sus solemnes marcos ovales.

En la pared, había dos colgadores, uno con tacos de billar, otro consistía en un armario lleno de pistolas y escopetas de caza. Por lo demás, un par de mullidas sillas de cuero; una barra bien surtida, con copas de cristal labrado con un dibujo de unos pájaros en pleno vuelo; toda clase de bebidas en cantidad suficiente para poner a flote un yate, además de las botellas de jerez, oporto y brandy que había en toda la habitación. Una caja de caoba con tabaco con varias pipas normales y dos de espuma de mar. Una caja de puros habanos. Había objetos de bronce, de madera, de cuero... y sentí un deseo irreprimible de cerrar la puerta, servirme un armagnac bien seco y quedarme allí de por vida.

Sin embargo, opté por echarle un vistazo a los libros. Eran viejos, pero no de los que se compran a un dólar. Había muchos encuadernados en cuero, sin abrir, biografías de personajes versallescicos desconocidos y prerrevolucionarios. También había otros ejemplares increíbles que yo nunca había visto más que en los catálogos de los más prestigiosos libreros de antiguo y tiendas de subastas de renombre. Encontré una primera edición de una de las novelas de Smollet más difíciles de encontrar: *Las aventuras de sir Laurence Greaves*. Además, contaba con encuadernaciones de lujo, primeras ediciones, ejemplares del Limited Editions Club, ediciones personales... todo ello colocado sin orden ni concierto.

Cogí uno de los libros. Estaba encuadernado en tela verde y su tamaño era algo mayor que el de un libro de bolsillo. Lo abrí y leí la presentación de la hoja de guarda. Eché un vistazo a su contenido, lo cerré y volví a colocarlo en la estantería.

Dejé la biblioteca tal y como la había encontrado.

En las escaleras no había luz. Encendí mi linterna de bolsillo y subí y bajé tres

veces. Uno de los peldaños crujía; me fijé para evitarlo: el cuarto empezando desde arriba.

Los otros eran tranquilizadamente silenciosos.

En el dormitorio principal había dos camas gemelas con sendas mesillas de noche. El armario de él y el armario de ella. Sus trajes de Brooks Brothers y sus zapatos de cordobán. Me encantó uno de los trajes azul marino con unas rayas muy discretas. Se parecía bastante al que yo llevaba puesto. El otro armario estaba lleno de vestidos y pieles. Había un abrigo que habría vuelto loca a la mujer de Ray. Todo era ropa de marca. Uno de los cajones del tocador (estilo francés, lacado en blanco con un ribete dorado) estaba lleno de joyas. Me llamó la atención un anillo pequeño pero con mucho estilo: un rubí hermosamente tallado, rodeado de pequeñas perlas.

Sobre una de las mesillas había algo de dinero: doscientos dólares en billetes de diez y de veinte. En la otra mesilla encontré una cartilla de ahorros: dieciocho mil dólares a nombre de Elfrida Grantham Arkwright.

No me llevé nada de todo eso. Ni los pendientes de oro que había en el primer cajón, ni los gemelos y el alfiler de corbata de platino, ni ninguno de los relojes de bolsillo. Nada de nada.

En el estudio de Jesse Arkwright, ubicado en la segunda planta, descubrí una serie de cartillas bancarias. En el primer cajón del escritorio había siete, atadas con una goma, junto a unos cuantos sellos de correos, libros de cuentas y unos cuantos minerales de colección. Todas las cartillas tenían un saldo medio razonable y en total alcanzaban los seiscientos mil dólares.

Les contaré algo. Así descanso unos segundos.

Una vez conocí a un tipo que me explicó la siguiente anécdota. Estaba saqueando un apartamento de Murray Hill, llenando la funda de una almohada con joyas y objetos de plata hasta que encontró una cartilla con un saldo de cinco ceros. Era un tipo listo, vació la almohada y volvió a dejarlo todo en su sitio. Lo arregló para que pareciera que jamás había entrado y se marchó con la cartilla en el bolsillo. Pensó que así los inquilinos no sospecharían que los habían saqueado y no echarían de menos la cartilla, de modo que él podría sangrarles el dinero sin que se dieran cuenta.

¡Menudo plan de ensueño! A la mañana siguiente se presentó en ventanilla con una solicitud de retirar fondos en una mano y la cartilla en la otra.

No pensaba sacar una gran suma... pero resultó que el cajero conocía personalmente a los titulares de la cuenta y lo siguiente que recuerda mi amigo es que lo invitaron a unas vacaciones bastante largas en la prisión de Dannemora, que es donde lo conocí.

Así pues, no robo cartillas.

Tampoco robo monedas como esos Krugerrands de oro que se estampan en Sudáfrica para los inversores interesados en el metal amarillo. Me gusta el oro (¿a

quién no?) pero en el cajón en que estaban las monedas también había una pistola, y las pistolas me desagradan tanto como me agrada el oro. Las que había en la biblioteca estaban para decorar, pero la función de aquella era disparar a los intrusos.

Mejor olvidar los Krugerrands. Mejor olvidar también los pájaros de cristal de Bohemia de las estanterías, los jarrones *art nouveau* y los pisapapeles lujosos... Encontré un cenicero de Lalique igual que el que había en la mesa de la sala de estar de mi abuela, un precioso jarrón Daum Nancy y adornos de Baccarat y Millefiori a porrillo y...

¡Estaba empezando a saturarme! No podía mirar hacia ninguna parte sin ver lo menos diez cosas que desearía robar. Sobre cada superficie lisa del estudio descansaban objetos de bronce impresionantes. Además de los habituales toros, leones y caballos, había un camello arrodillado delante de un legionario. El legionario llevaba un quepis en la cabeza y tenía una expresión de dolor en el rostro, como si estuviese harto de oír bromas sobre el síndrome del legionario.

Encontré dos álbumes de sellos. Uno era una colección de sellos del mundo que no parecía valer demasiado, pero el otro contenía una muestra especial de sellos escoceses exclusivos. Lo ojeé y comprobé que no tenía demasiados espacios en blanco.

Luego estaba la colección de monedas. ¡Señor, una colección de monedas! No se trataba de un álbum sino de una docena de cajas de cartón negras, de cinco centímetros de ancho y diez de alto. Cada una contenía dos sobres de monedas. No disponía de tiempo para mirarlas todas, pero no resistí la tentación de abrir una al azar. Se trataba de monedas muy valiosas, fuera de circulación y numeradas.

¿Cómo podía no llevármelas?

Las deje allí. No me llevé nada.

Estaba en una de las salas de invitados de la segunda planta paseando el haz de luz de mi linterna por la pared y contemplando una litografía de Rouault cuando oí que llegaba un coche. Miré la hora, eran las 23.23. Me quedé quieto, escuchando cómo se abría la puerta del garaje, y esperé a que se detuviera el motor del coche. La puerta del garaje volvió a cerrarse y dejé de prestar atención para dirigirme hacia las escaleras que conducían a la tercera planta. Cuando Jesse Arkwright metió la llave en la cerradura, yo estaba acurrucado en un rincón del último piso. Desactivó la alarma antirrobo y abrió la puerta. Juraría que oí unas seis cerraduras antes de que él y Elfrida entrasen en el domicilio conyugal.

Sonaron unas voces que apenas pude oír. Me enjuagué el sudor de la frente con una de las manos enguantadas. Aquello era algo que había previsto, había comprobado las escaleras que llevaban a la última planta para asegurarme de que no chirriaban.

De todos modos, no me gustaba nada. Los ladrones pueden trabajar en público, pero yo prefiero la soledad. Si los dueños de la casa llegan antes de que acabe mi trabajo, me siento incómodo y me marcho corriendo.

Pero en esa ocasión estaba obligado a esperar.

Dos pisos más abajo silbaba una tetera. Alguien la retiró del fuego. Por un momento, confundí aquel sonido con el de la sirena de la policía. Intenté controlar mis nervios respirando hondo y rogándole al patrón de los ladrones que me diese una dosis extra de serenidad.

Tal vez no hubiese estado tan desencaminado al decirle a Kirschmann que ya no tenía edad para todo esto. Tal vez estuviese perdiendo la sangre fría. Tal vez...

No me sentía cómodo en cuclillas. Comencé a sentir agujetas en los pies. El pasillo estaba cubierto con una moqueta marrón claro. La pisé con cuidado y me acerqué a la parte de la casa que daba a la calle. Junto a la ventana, una lámpara de pie equipada con un temporizador lanzaba sus cuarenta vatios de potencia que iluminaba la cortina. Parecía la habitación de la criada, aunque hoy en día ya casi nadie emplea servicio a tiempo completo.

Vi una cama estrecha adosada a la pared y me acosté. Me tapé con el edredón verde y dorado y cerré los ojos.

No podía oír gran cosa desde allí. En determinado momento me pareció oír unos pasos. Luego creí distinguir el ruido de las bolas de billar y me dije que alguien debía de estar jugando en la biblioteca. Pero supongo que eso no era más que fruto de mi imaginación, que intentaba compensar la falta de información. Era de esperar que el comportamiento de los Arkwright después de una noche en el teatro fuese bastante previsible. Regresar a casa a eso de las once y media y tomar una taza de café con algún dulce. A continuación Elfrida subiría al dormitorio con una revista de crucigramas, Jesse daría unos toques en la mesa de billar, bebería un trago, leería unas páginas de alguno de sus clásicos encuadernados en piel y subiría al dormitorio para reunirse con su esposa.

Tal vez diese una rápida inspección a la planta principal para asegurarse de que todo estaba en orden, antes de irse a la cama. Cabía la posibilidad de que encontrase el cerrojo de la puerta de la cocina en el suelo y comprendiese que algún tipo listo lo había serrado. Tal vez, mientras yo luchaba contra esas horribles ideas, él estuviese con el auricular en la mano, a punto de llamar a la comisaría más cercana.

Pensar que podía haber estado en el ballet, viendo a un ruso imitar a las gacelas. O con Carolyn comiendo carne asada y bebiendo cerveza alemana. O en mi casa, metido en la cama.

Me quedé donde estaba, sin mover un solo pelo.

A la una y media me puse de pie. Hacía media hora que no se oía ningún ruido en

toda la casa. Bajé con cuidado por las escaleras, pasé por delante del dormitorio de la pareja rezando para que estuvieran profundamente dormidos. Llegué a la segunda planta como quien pisa huevos, a pesar de llevar zapatos silenciosos. Bajé por las escaleras hasta la planta principal. No me costó mucho recordar que convenía evitar el cuarto escalón empezando desde arriba: había pasado los últimos veinte minutos pensando obsesivamente en ello.

Todas las luces estaban apagadas salvo la lámpara del comedor, que parecía infatigable. No necesité la linterna para encontrar la puerta de la biblioteca, pero al entrar alumbré un poco aquí y allá.

Arkwright había pasado por allí. Sobre la mesa había un taco y unas cuantas bolas. Sobre una de las mesillas descansaba una copa y habían desplazado una de las sillas. La copa estaba vacía, pero todavía olía a coñac... a buen coñac, a juzgar por el aroma.

En la misma mesilla había un ejemplar de las obras de Sheridan, encuadernado en piel roja. Buena lectura para antes de dormir.

Me dirigí hacia las estanterías. Me pregunté si la rutina nocturna de Arkwright le habría llevado a echar un vistazo al pequeño volumen encuadernado en tela verde. Ni idea, seguía donde lo había dejado. Pero aquel era uno de sus tesoros, sin duda le habría echado un vistazo.

Cogí el libro y lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Coloqué los demás ejemplares para disimular el espacio vacío.

Y salí de la biblioteca.

Al entrar en la casa habían vuelto a conectar la alarma. La alarma seguía, pues, guardando todo el edificio a excepción de la puerta de la cocina. Salí por esa misma puerta, la cerré con las tres cerraduras, pero tuve que olvidarme de la cadena y no podía hacer nada con respecto al cerrojo que había roto poco antes. Nadie es perfecto.

No obstante, si se tenía en cuenta la forma en que había arreglado la alarma para que protegiese de nuevo la puerta de la cocina, yo rozaba la perfección. Mi instinto me gritaba que abandonase la propiedad de los Arkwright mientras aún estuviese a tiempo, pero me bastaron unos minutos y un trozo de cinta aislante para dejar los cables como si nadie los hubiera tocado jamás.

¿Prurito profesional? Yo prefiero verlo como el inexorable avance hacia la excelencia.

Cuando estaba a punto de llegar al extremo de Copperwood Crescent surgió un coche de policía. Sonreí a sus ocupantes y los saludé distraídamente con la cabeza sin dejar de caminar. Siguieron felices y, ¿por qué no? Sólo se trataba de un hombre bien

vestido, un caballero distinguido que no llamaba la atención en ese barrio.

No habían visto los guantes de goma porque antes de abandonar la propiedad de los Arkwright los había doblado y guardado en el bolsillo.

El Pontiac seguía donde lo había dejado. Volví a hacer el puente para encender el motor y me puse en marcha. Al cabo de un rato estaba de vuelta en la calle Setenta y cuatro. Una de las ventajas de robar un coche aparcado junto a una boca de incendios es que se puede dejar de nuevo en el mismo sitio. Así lo hice, lo dejé pegado a la boca de incendios a pesar de que había un perro asqueroso meándose en ella. Quité el cable que hacía contacto y salí del coche, con cuidado de dejar bajados todos los seguros, antes de cerrar.

El dueño del perro, igualmente asqueroso, me explicó, con la correa en una mano y un rollo de papel higiénico en la otra, que me pondrían una multa. No supe qué contestar, de modo que me marché sin decir nada.

—Están locos —le dijo al perro—. Aquí todo el mundo está loco, *Max*.

Estuve de acuerdo con él.

Al llegar a casa comí queso con galletas crujientes y me serví un whisky para festejar la ocasión. Me dejé llevar por la emoción que embarga a la gente cuando las cosas, curiosamente, han salido a pedir de boca. La tensión, la incomodidad y la ansiedad merecían la pena por llegar a un final así.

Cuando horas antes estaba en aquella incómoda cama, no podía dejar de pensar en todos los tesoros que contenía la mansión de los Arkwright. El dinero, las joyas, los sellos, las monedas, las obras de arte. Me imaginaba aparcando una camioneta en el jardín y robándolo todo: desde las alfombras orientales de los suelos hasta las lámparas de cristal del techo. Me dije que aquella era la única forma de robar en semejante casa; quien pretendiese seleccionar, se volvería loco. No sabía qué robar primero.

¿Y qué había obtenido a cambio de tanta incomodidad?

Cogí el libro con cuidado de no tirarle whisky por encima, a pesar de que con los años ya le habían ido tirando distintas cosas encima. Realmente no parecía nada excepcional, al mirarlo de cerca descubrí fallos que antes me habían pasado inadvertidos. La portada se había mojado en algún momento y estaba estropeada. Algunas páginas estaban manchadas. Los últimos cincuenta años no parecían haber sido demasiado benignos con aquel pequeño ejemplar, y dudaba que ningún librero lo considerase excelente.

Lo hojeé, leí unas líneas aquí y allá. La calidad métrica de la composición era innegable, y el autor era muy hábil con las rimas, pero a mí me parecían ripios.

Pensar que por llevarme semejante cosa había dejado escapar Krugerrands, monedas fuera de circulación, piezas de Baccarat y Daum Nancy. Por ese libro había

vuelto a guardar el anillo de rubí y perlas en su estuche.
El señor Whelkin se habría sentido orgulloso.

Conocí a J. Rudyard Whelkin un sábado por la mañana, unas dos semanas antes de mi pequeña incursión en casa de los Arkwright. Los Yankees acababan de perder los dos primeros partidos de la liga y la noche anterior había visto cómo un chico que casi no tenía edad para afeitarse batía a Reggie Jackson con todas las bases cubiertas. La mañana era gris y húmeda, a juego con mi estado de ánimo.

Aún no había entrado ningún cliente, pero no me importaba en absoluto. Me había instalado detrás del mostrador y estaba leyendo un libro de bolsillo. No me gusta guardar los libros de bolsillo, los pocos que hay en la tienda suelo vendérselos a un tipo que tiene un negocio en la calle Tres esquina con la Dieciséis y sólo trabaja con esa clase de material.

Sin embargo, en ocasiones, antes de vendérselos, los leo. Aquel día estaba leyendo una novela de Richard Stark sobre Parker. Parker es un profesional del crimen, pero todas las novelas siguen un mismo patrón: Parker dirige una banda de estafadores, va a sitios como Spartanburg, en Carolina del Sur, para comprar armas y un camión, convence a un dentista de Yankton Falls de que lo ayude a blanquear el dinero, la banda da el golpe pero algo se tuerce. Si todo fuera bien, los libros se acabarían hacia la página setenta y, a estas alturas, Parker sería dueño de una isla en el Caribe.

Cuando estuve en la cárcel descubrí que todos eran seguidores de Parker. Mis compañeros de presidio leían todo cuanto caía en sus manos sobre él, aunque no supiesen leer sin mover los labios. Juro que había chalados que se dedicaban a ir citando extractos, los preferidos eran los pasajes en que Parker agredía a alguien. Un ladrón de cajas fuertes se divertía contando cómo Parker zanjó sus diferencias con un miembro de su banda que se había vuelto indeseable: le partió unos huesos y lo abandonó en un pantano. Me fascinaba que Parker hubiese decidido romperle los huesos sin dudar.

Acababa de llegar al punto en que Parker llama urgentemente a Ray McKay, que está cenando en Presque Isle, Maine, cuando oí que sonaban las campanillas de la puerta de la librería anunciando que tenía compañía. Escondí el libro de bolsillo y me acerqué al mostrador. Después de todo, los libreros de antiguo tienen una imagen que preservar. Se supone que no leemos literatura barata.

Se trataba de un hombre corpulento, de rostro congestionado y papada de bulldog, con cuatro pelos color caoba peinados hacia atrás sobre un cuero cabelludo rosa salmón. Vestía una chaqueta a cuadros en tonos marrones con parches en los codos, una gabardina color tabaco, una camisa beis con botones en el cuello y una corbata

color chocolate de punto. Los pantalones también eran beis, los zapatos, marrones y puntiagudos. Tenía la nariz larga y estrecha, y un bigote canoso de soldado de la guardia real. Sus cejas eran dos desordenadas marañas de color rojizo; los ojos (pardos, para hacer juego con el resto) tenían algunas venillas marcadas y su mirada era fría y penetrante.

Preguntó si el señor Litzauer tardaría en regresar y le informé acerca del cambio de dueño.

—¡Ah! —exclamó—. Ahora entiendo por qué nunca telefoneaba. Soy coleccionista, ¿sabe?, y él siempre me avisaba cuando caía en sus manos algún ejemplar interesante.

—¿Qué colecciona exactamente?

—Sobre todo, obras de poetas victorianos, pero, en general, todo cuanto es de mi agrado. Me gustan los autores con dominio de la métrica, como Thomas Hood, Algernon Charles Swinburne, William Mackworth Praed. Por supuesto, mi preferido es Kipling.

Le comenté que todo cuanto había en la tienda estaba a la vista en las estanterías. Echó un vistazo y yo saqué el Parker de su escondrijo y volví a sumergirme en el mundo del hampa. Dos de los esbirros de Parker estaban a punto de tender una emboscada a un tercero cuando mi cliente de la chaqueta a cuadros se plantó de nuevo ante el mostrador, con un libro pequeño encuadernado en tela en la mano. Se trataba de una antología de los poemas de Austin Dobson y costaba unos seis o siete dólares, no recuerdo. Pagó y se lo envolví.

—Si ve algo que pueda interesarme, no dude en llamarme —dijo. Me tendió su tarjeta de visita. En ella figuraba su nombre, su dirección de la calle Trece y su teléfono. No sugería ni por asomo su profesión.

—Colecciona Kiplings —comenté mirándolo a los ojos.

—Entre otros, sí.

—¿Se trata de un asunto de familia?

—¿Lo dice por mi nombre? —Sonrió abiertamente—. Claro, es normal que lo parezca. Pero no, en realidad no soy pariente de Kipling. Rudyard no es nombre de persona, es el nombre de un lago, ¿sabía?

—¿En serio?

—Un lago de Staffordshire. Los padres de Kipling se conocieron en una merienda a orillas del lago Rudyard. Cuando nació su hijo, le pusieron el nombre del lago. En realidad, su nombre de pila era Joseph, pero desde niño todo el mundo lo llamaba Ruddy.

—¿Cómo se llama usted?

—James, pero tampoco lo uso. James Rudyard Whelkin. Yo tenía ocho años cuando murió Kipling, y recuerdo muy bien ese día. Fue en 1936, dos días después de

que enterraran a Jorge V. En nuestra casa aquel fue un día de luto, como comprenderá. Mi padre era un gran admirador de Kipling. Tenía que serlo para llamar a su único hijo como el poeta, ¿no le parece? Me llamaron Rudyard por Kipling, no por el lago de Staffordshire. «Primero muere el rey y luego el bardo del imperio», comentó mi padre. «Recuerda mis palabras, Ruddy, en menos de dos años estallará una guerra en Europa». Tardó menos de un año, por supuesto, y supongo que la muerte de Kipling no tuvo nada que ver con que Hitler invadiera Polonia, pero en la mente de mi padre todo estaba relacionado entre sí. —Sonrió abiertamente y arqueó las pobladas cejas—. ¿A usted le interesa Kipling, señor Rhodenbarr?

—Lo leí de pequeño.

—Debería releerlo ahora. Después de años de ostracismo, vuelve a estar de moda. ¿Ha leído *Kim* recientemente? ¿O *La luz que fallaba*? O... pero supongo que leer no debe de ser lo que más le apetece hacer en su tiempo libre, ¿me equivoco? Imagino que cuando llega la hora de cerrar, estará aburrido de tanta letra impresa.

—Sigo disfrutando con la lectura. Y es posible que vuelva a leer a Kipling.

—Hágalo. En su librería tiene varias obras interesantes. —Lanzó una mirada prudente a cada lado—. Dígame, ¿cree que podría comer conmigo hoy mismo? Quisiera proponerle algo que tal vez le interese.

—Acepto encantado.

—Quedemos en mi club, entonces. ¿Conoce el Martingale? ¿Qué le parece a las doce y media?

Contesté que sabía dónde se encontraba el club y que las doce y media me parecía una buena hora.

Aquel hombre había conseguido despertar mi interés.

El club Martingale le quedaba que ni pintado, tanto por su modo de vestir como por su comportamiento ligeramente esnob y pasado de moda. El local se encontraba en la esquina de Madison Avenue con la calle Trece. La decoración consistía en incómodos muebles de roble y un sinfín de cabezas de animales disecados.

Comimos en un apartado del segundo piso bajo la fría mirada de un búfalo que había muerto por un disparo de Theodore Roosevelt, según rezaba el cartel. Nos sirvieron una mezcla de carne con guisantes aplastados y patatas fritas demasiado blandas. El camarero que nos sirvió ese amasijo poco apetecible tenía los ojos legañosos y caminaba como si padeciese un horrible dolor de pies. Parecía más desconsolado que el búfalo.

Whelkin y yo hablamos sobre libros durante toda la comida y decidimos no pedir postre. Nuestro triste camarero trajo una cafetera plateada como las que suelen utilizarse en las cafeterías de los trenes. El café era incluso mejor que el de los viejos trenes que iban a Pensilvania: intenso y aromático.

Nuestra mesa estaba cerca de una ventana. Me tomé el café mientras contemplaba Madison Avenue. Empezaban a instalarse los vendedores callejeros de castañas y galletas calientes que llegaban siempre con el inexorable cambio de estación. Desde aquella ventana no se podían ver caer las hojas, pero se sabía del paso del tiempo por la presencia de los vendedores.

Whelkin se aclaró la voz, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Le he dicho que también colecciono la obra de Henry Rider Haggard? — preguntó.

—Creo que lo ha mencionado en algún momento.

—Fue un hombre muy interesante. Hizo por Sudáfrica lo que Kipling por la India. *Ella, Las minas del rey Salomón...* Bueno, estoy seguro de que conoce su producción.

—Más o menos.

—Kipling y Rider fueron grandes amigos. Ambos estaban molestos con el grupo Bloomsbury. Ambos vivieron lo suficiente como para sufrir el olvido de su propia gloria literaria. El público creyó que no eran más que defensores de un imperialismo desacreditado. ¿Conoce el poema de J. K. Stephens?

Ni siquiera conocía al autor del que me hablaba, pero eso no impidió que me citara el poema de memoria.

*¿Llegará algún día el momento
que nos salve de la infamia
de una prosa sin razón,
y de un verso sin melodía?
Cuando el mundo deje de maravillarse
del genio del estúpido,
y la torpe excentricidad de un joven
no asegure su éxito.
Cuando la humanidad se libere
de las batallas con rifles
y los escribanos se estremezcan
y salten hechos añicos.
Cuando se calle a los imberbes,
y enmudezcan los aburridos.
Cuando los Rudyard se duerman
y los Haggards dejen de actuar.*

Llenó nuevamente las tazas de café y dijo:

—Desagradable crítica, ¿no? No es más que una de tantas. De todos modos, eso

los unió aún más. Haggard pasaba tanto tiempo en la casa que Kipling tenía en Surrey como en la suya propia. De hecho, trabajaban juntos en el estudio de Kipling, se sentaban en extremos opuestos de una misma mesa, luchando con la inspiración y garabateando furiosamente el resultado.

—¡Qué interesante! —exclamé.

—Eso creo. Poco después del armisticio de 1918 los dos amigos decidieron organizar la Liga para la Libertad, una especie de grupo anticomunista que nunca llegó a nada concreto. La Liga recibió muchas críticas y tuvo poca repercusión ¿Conoce el poema al que me refiero?

—Me temo que no.

—Es bastante ocurrente.

Los bolcheviques son unos canallas

dijo Kipling a Haggard

y beben como cosacos

dijo Haggard a Kipling.

Son unos extranjeros indeseables

dijo Rudyard a Rider.

Su patria es la crueldad

dijo Rider a Rudyard.

—Podría citarle otros similares, pero será mejor que lo deje estar.

Estuve a punto de agradecerle que se callara. Empezaba a creer que me había confundido, que aquel hombre me había invitado a comer para citarme versos. Bueno, por lo menos, el café estaba bueno.

—Cuando la Liga de la Libertad acabó —prosiguió—, Kipling pasó una mala temporada. Su salud era pésima: sufría gastritis crónica, lo cual puede ser un aviso de cáncer. Tenía úlceras en el duodeno. Se deprimió y se volvió medio loco.

»Estaba obsesionado con una única idea: que una curiosa alianza de financieros judíos internacionales y de judíos bolcheviques se aprestaba a destruir el imperio británico. Dos grupos de judíos tan dispares se habían unido para destruir el Cristianismo y arrebatarse a la corona inglesa sus colonias lejanas. Kipling no era la clase de persona antisemita por naturaleza, y semejante idea no le duró mucho y apenas se ve reflejada en su obra.

»Pero en esa época escribió una obra sumamente extraña de tema antisemita. Se trata de un poema narrativo, de tres mil doscientos versos llamado *La rendición del fuerte Bucklow*. En él se cuenta cómo un magnífico regimiento inglés trata de salvar la India de una revolución iniciada por un grupo de agitadores judíos. Está claro que la batalla del fuerte Bucklow no es sólo una lucha decisiva para ganar la guerra sino,

además, un símbolo de la lucha entre el bien y el mal. Dios y el demonio se enfrentan para decidir el destino de la humanidad.

»¿Recuerda a Learoyd, Ortheris y Mulvaney, de *Los tres soldados*? En esta obra Kipling los retoma y los convierte en los héroes que rescatan el fuerte Bucklow para honrar a Dios y al rey Jorge. Describe batallas cruentas, y en uno de los pasajes dos hombres están cara a cara, al igual que en la *Balada del Este y del Oeste*, pero el pobre Kipling no estaba demasiado inspirado cuando escribió este poema. El tema es absurdo, la realización algo floja, y contiene elementos que parodian su propio estilo. Solía gustarle llegar a los límites de la parodia, pero en esa ocasión se excedió.

»Es posible que más tarde él mismo se diera cuenta de ello, porque nunca sacó a la luz su visión de la conspiración judía. En lugar de darle el poema a sus editores londinenses, como había pensado en un principio, se limitó a realizar una tirada privada de pocos ejemplares.

—¿Sí?

—Así es, en efecto. Kipling encontró un editor llamado Smithwick & Son, en Turnbridge Wells. No sé si Smithwick había impreso algún otro libro antes o después de aquel, pero está claro que imprimió esa obra con una tirada de sólo ciento cincuenta ejemplares. La impresión no es de gran calidad, porque Smithwick no estaba preparado para ello, pero cumplió con su cometido y ahora el libro es una pieza de colección.

—No me extraña, con ciento cincuenta ejemplares nada más...

Whelkin sonrió y dijo:

—Esa es la cantidad que se imprimió, pero ¿cuántos cree que han logrado sobrevivir hasta ahora?

—Ni idea. ¿*La rendición del fuerte Bucklow*? El título no me suena para nada.

—No me extraña.

—¿Cincuenta ejemplares? ¿Setenta y cinco? No sé qué cabe esperar en esta clase de situaciones.

Ya no quedaba café. Whelkin frunció el entrecejo e hizo sonar una campanilla que había en la pared. No dijo una sola palabra hasta que el camarero trajo más café recién preparado.

—Kipling escribió el poema en 1923 —prosiguió—. Quería darle un ejemplar a los amigos más íntimos como regalo de Navidad, pero Smithwick no logró publicarlo antes de las vacaciones. De modo que Kipling decidió conservar los ejemplares hasta las siguientes Navidades, pero parece ser que ese año volvió en sí y se dijo que el poema era una vil patraña antisemita, y que, además, rimaba mal.

»Como tenía por costumbre, le había dedicado un ejemplar a su mujer, Carrie. Le pidió que se lo devolviera. Le había regalado otro a un vecino de Surrey, llamado Lonsdale, el día de su cumpleaños, y consiguió que también él se lo devolviera a

cambio de otros libros. Los dos libros, junto con los demás, las pruebas de impresión y el manuscrito original fueron a parar a la chimenea de Bateman.

—¿Bateman?

—Así se llamaba la casa de Kipling. En una carta no fechada, pero evidentemente escrita en el otoño de 1924, Kipling le cuenta a un familiar londinense que se ha sentido como si fuese un judío pecador sacrificando a su propio hijo dándolo a las llamas. «Pero mi hijo era malo, y un desafío, y lo he quemado con cierta satisfacción». —Whelkin suspiró aliviado, dio unos sorbos a su café y dejó la taza en el plato—. Ese fue el final de *La rendición del fuerte Bucklow*.

—Pero no lo fue, en realidad.

—Por supuesto que no, señor Rhodenbarr. Rider Haggard seguía teniendo un ejemplar del libro. Kipling le había dado un ejemplar a su mejor amigo nada más recibir los libros. ¿Es posible que olvidara pedírselo cuando intentó destruirlos todos? No lo creo.

»Haggard estaba muy enfermo. Kipling le había dedicado el libro y había añadido unas frases de su puño y letra, un párrafo en el que comentaba que compartía con Haggard el deseo de frenar a los judíos en su intento de holocausto o algo similar. Creo que en los fondos de la Universidad de Texas se encuentra una carta en la que Rider Haggard le agradece el regalo y elogia el poema. Supongo que después de todo ello, Kipling no tuvo valor para desacreditar su contenido y pedirle que le devolviera el ejemplar. El caso es que el libro seguía entre las pertenencias de Haggard cuando este murió, un año después.

—¿Qué fue del poema?

—Se vendió junto con el grueso de la biblioteca de Haggard, sin que llamara la atención de nadie, en un principio. Nadie sabía que ese libro existía, y seguramente lo vendieron junto con otras obras de Kipling a precio de saldo. Tras la muerte de Kipling, debió de salir a la luz que había escrito un poema de contenido antisemita. Los grupos fascistas ingleses querían recuperarlo para difundirlo, y se sospecha que Unity Mitford le seguía la pista al ejemplar de Haggard cuando estalló la guerra entre Inglaterra y Alemania.

»No se supo nada más hasta después de la guerra. El ejemplar de Haggard acabó en manos de un barón del Norte que a su vez lo vendió a un personaje poderoso. El libro pasó de mano en mano hasta que se suponía que iba a aparecer en las subastas que Trebizond & Partners organizó con las pertenencias de lord Ponsonby.

—¿Se suponía?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Figuraba en el catálogo y supuestamente iba a salir a subasta. Hace unas seis semanas, tomé un vuelo a Londres para adquirir el libro. Sabía que me enfrentaría a duros competidores. Algunos coleccionistas de Kipling son verdaderos fanáticos, sobre todo ahora que vuelve a estar de moda. La

Universidad de Texas tiene una biblioteca muy surtida, y el fondo Kipling es uno de los más conocidos. Supuse que no sería la única institución interesada en comprar el ejemplar.

—¿Y esperaba conseguirlo usted?

—Bueno, iba a intentarlo. No sabía cuánto estaban dispuestos a pagar los demás ni cuál era mi límite. Al llegar a Londres me enteré de que había un jeque saudí dispuesto a comprar el lote completo, y se rumoreaba que el agente de un príncipe indio o un maharajá tenía órdenes de pagar cantidades desorbitadas por conseguir obras de Kipling. ¿Podría yo superar las ofertas de semejantes personajes? No lo sé. *La rendición del fuerte Bucklow* es un libro único e interesante, pero casi nadie lo conoce y, por lo tanto, no es una obra de las llamadas importantes. En realidad, se trata de una obra de pésima calidad literaria. —Frunció el entrecejo y arqueó las cejas—. De todos modos, me habría gustado participar en la subasta.

—Pero ese lote no salió a subasta...

—Los herederos lo retiraron antes. El representante de Trebizond se excusó y se mostró bastante indignado. Tenían un acuerdo con los herederos que impedía cualquier clase de trato privado antes de la subasta. Pero ¿qué podían hacer? El comprador se había llevado el libro, los herederos habían cobrado el dinero y no había nada más que añadir.

—Pero ¿por qué realizar una venta privada?

—Por los impuestos, señor Rhodenbarr. Los impuestos, derechos de herencia, renta... Los impuestos nos hacen picaros ¿no? ¿Qué demonios puede ser más atractivo que el dinero negro? Dinero contante y sonante, que pasa por debajo de la mesa... Los herederos pueden alegar que el libro es una especie de reliquia familiar con un valor sentimental incalculable que les impide deshacerse de él o incluso jurar que se ha quemado en un incendio. Cualquier cosa. Nadie les creerá, pero ¿qué importa?

—¿Quién compró el libro?

—Los de Trebizond dicen no tener ni idea, claro. Y los herederos no se mostraron muy comunicativos... La versión oficial era que el libro no se había vendido. —Apoyó los codos sobre la mesa y juntó los índices—. Investigué la cuestión por mi cuenta. El comprador de *La rendición del fuerte Bucklow* fue Jesse Arkwright, un comprador de obras de arte recién llegado a la escena internacional.

—Un coleccionista, supongo.

—No, señor; no es un coleccionista sino un comprador. Un ricachón a quien le gusta rodearse de objetos de valor con la esperanza de que eso mitigue la fealdad de su alma. Tiene una buena biblioteca porque eso encaja con la imagen que quiere dar. Posee libros, algunos de ellos muy notables, pero sólo porque los libros son esenciales en una biblioteca. Pero no es un coleccionista, y sobre todo no es un

coleccionista de obras de Kipling.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué adquirir ese libro? Porque yo lo quería, señor Rhodenbarr. Es así de sencillo.

—¿Cómo?

—¿Recuerda la Spinning Jenny?

—Era una danza de moda, ¿no?

Me lanzó una mirada de desaprobación.

—Era una máquina —sentenció—. La primera máquina capaz de hilar algodón. Sir Richard Arkwright la patentó en 1769 y con ello inició la industria textil inglesa.

—Entiendo —comenté—. La revolución industrial y todo aquello...

—Y todo aquello —repitió—. Jesse Arkwright dice ser descendiente de sir Richard. No veo por qué tendría que creerle cuando no me inspira confianza en nada. Su apellido significa «constructor de arcas», de modo que tal vez su próxima locura sea pedirle a un genealogista que rastree su estirpe hasta llegar a Noé.

—¿Y compró el libro para evitar que usted lo adquiriera?

—En una ocasión tuve algo que él quería. Creo que esta era su forma de devolverme la pelota.

—Y no lo venderá por nada del mundo.

—En efecto.

—Y no existe más ejemplar que ese.

—Ningún otro que se sepa.

—Y usted sigue queriendo adquirir ese libro.

—Más que nunca.

—¡Menuda casualidad que fuese a la librería Barnegat esta mañana!

Me miró fijamente.

—Me llamó por mi nombre antes de que pudiese decirle cuál era —continuó—. No venía a buscar al señor Litzauer sino a mí. Y no le intereso porque vendo libros usados sino porque antes era un ladrón. Cree que aún lo soy.

—Yo...

—No cree que la gente pueda cambiar. Es peor que la policía. Si has sido ladrón en algún momento, lo serás toda la vida... ¿Eso imagina?

—Me he equivocado —aceptó, y bajó la vista.

—No —añadí—. Ha acertado.

No sé a qué hora me metí en la cama, pero milagrosamente desperté a tiempo para abrir la librería a las diez y media. A las once menos cuarto marqué el número que figuraba en la tarjeta de J. Rudyard Whelkin. Dejé que sonara un minuto, y como nadie respondió llamé a información para que me dieran el número del club Martingale. Cobran por hacer esa clase de preguntas, podía haber mirado en las páginas amarillas, pero la noche anterior había ganado una fortuna y no me importaba compartir mi riqueza con los demás.

El encargado de Martingale dijo que no pensaba que el señor Whelkin hubiese reservado nada para aquel día, pero que lo comprobaría, por si acaso. Pasaron unos minutos. El encargado me informó de que el señor Whelkin no había respondido a ninguno de los avisos. ¿Deseaba dejar algún mensaje? Respondí que no.

Entraron un par de curiosos en la tienda. Uno de ellos parecía bastante sospechoso, de modo que no le quité el ojo de encima mientras se paseaba por la sección de biografías y por la de clásicos literarios.

Al final me sorprendió que comprara un ensayo histórico de Macaulay.

Carolyn llegó pasadas las doce, y dejó una bolsa sobre el mostrador.

—Falafel —anunció—. Me apetecía algo un poco distinto. ¿Te gusta el falafel?

—Me encanta.

—Lo he comprado en un puesto de la calle Broadway con la Doce. Nunca sé si el dueño es árabe o israelí.

—¿Qué importa eso?

—Bueno, me molesta equivocarme. Le quería desear una feliz Rosh Hashanah, pero supongo que eso es lo último que desea oír un musulmán, de modo que cogí el cambio y me marché pitando.

—Es la actitud más segura.

—Por cierto, ayer te perdiste una cena estupenda. Me comí la mitad y congelé el resto. Luego miré una nueva serie sobre unas animadoras, le quité el sonido y salí ganando con el cambio. Me acosté temprano, dormí un montón y me sentó fenomenal.

—Tienes muy buen aspecto.

—Tú, sin embargo, tienes mala cara. ¿La soda te da resaca?

—Supongo que sí.

—Tal vez es que has dormido demasiado. A veces ocurre.

—Eso dicen.

Sonó el teléfono. Fui a la trastienda para contestar, porque imaginé que se trataría de Whelkin. Pero era una mujer que me preguntó casi sin aliento si ya había salido el último libro de Rosemary Rogers. Le expliqué que sólo vendía libros de segunda

mano y le sugerí que llamase a unos grandes almacenes. Me preguntó el número de teléfono de alguno, y ya tenía la guía telefónica en la mano cuando me di cuenta de lo absurdo de la situación y colgué.

Volví a mi falafel.

—¿Algún problema? —preguntó Carolyn.

—No, ¿por qué?

—Diste un respingo cuando sonó el teléfono. ¿Está bueno el café?

—Sí.

—¿Y el falafel?

—Una delicia.

Los lunes y los miércoles compro la comida y nos reunimos en la Fábrica de Caniches. Los martes y los jueves es Carolyn quien se encarga, y comemos en la librería. Los viernes vamos juntos a algún sitio, aunque nos salga más caro. Por supuesto, podemos cancelar los planes si en el último minuto surge una comida de negocios, como había ocurrido el día anterior con Whelkin.

—No he perdido el tiempo —comenté mientras le pegaba un bocado al falafel.

—Jamás he dicho lo contrario.

—Me he informado sobre los patrones.

—¿En serio? ¿Quién es mi santo patrón?

—Me temo que no tienes ninguno.

—¿Por qué demonios no lo tengo?

—No lo sé. He consultado varios libros y sigues sin figurar en ninguna lista. Desconozco si hay alguna lista exhaustiva en alguna parte. —Fui a buscar los apuntes que había tomado por la mañana—. Ya te había hablado antes de san Juan de Dios, ¿verdad?

—Sí, pero no recuerdo por qué. ¿Era por la tienda?

—Es el patrón de los libreros. Nació en Portugal, en 1495. Era un pastor que se convirtió en borracho y jugador.

—Buen chico... Luego se pasó a la soda y se convirtió en santo.

—El libro no mencionaba la soda. Cuando tenía cuarenta años sufrió una crisis existencial y se marchó a vivir a Granada. En 1538 abrió un negocio...

—De venta de libros, supongo.

—Imagino que sí, pero ¿crees que tenían librerías en aquella época? Casi no existía la imprenta. De todos modos, dos años más tarde fundó la orden de los Padres Hospitalarios y murió diez años después. Y ahora tengo su imagen colgada en mi despacho. ¿Quieres echarle un vistazo?

—No me interesa demasiado, la verdad. ¿Eso es todo cuanto has podido averiguar?

—No. —Consulté mis apuntes—. Me preguntaste si existía un patrón de los

ladrones. Dimas es el patrón de los ladrones. Era el buen ladrón crucificado.

—Sí, lo recuerdo.

—También es el patrón de los prisioneros, junto a José Cafasso. Los ladrones y los prisioneros se parecen, aunque no tanto como crees.

—Los prisioneros necesitan dos patronos, porque tienen verdaderos problemas.

—Es posible. Los ladrones de casas no parecen tener un patrón específico, tienen que conformarse con el de todos los ladrones. Aunque siempre está san Dunstan.

—¿Quién?

—El patrón de los cerrajeros. Los ladrones de casas y los cerrajeros realizan prácticamente el mismo trabajo, de modo que ¿por qué no habría de protegerlos Dunstan si están en apuros? Por supuesto, si es necesario, un ladrón puede recurrir a san Judas Tadeo o a Gregorio de Neocesarea.

—¿Por qué?

—Porque son los patronos de los desesperados. Cuando robaba, había momentos en que hubiese necesitado su ayuda. Tampoco sabía que san Antonio de Padua era el patrón de los objetos perdidos.

—De modo que de no encontrar lo que buscabas podías...

—Exacto. ¿Te ríes? Supongo que tendría que dar gracias a san Vito.

—¿El patrón de los bailarines?

—En realidad, es el patrón de los cómicos. El de los bailarines es otro, pero no me preguntes quién...

—¿Qué hay de los peluqueros de perros?

—Seguiré investigando.

—Y sobre las lesbianas. ¿De verdad no has encontrado nada sobre las lesbianas?

—Bueno, se me ocurre uno pero no recuerdo su nombre y no creo que pueda considerarse un santo.

—¿Quieres decir que las lesbianas tienen un patrón masculino?

—Supongo que no es un santo, en realidad.

—Oye, no me tengas en vilo. ¿De quién se trata?

—Ese niño holandés.

—¿Qué niño holandés?

—Ya sabes... El que metía la mano en todas partes...

—A nadie le gustan los chistes de mal gusto, Bernie. ¡Ni siquiera a san Vito!

La tarde transcurrió sin más referencias a los patronos. Realicé unas cuantas ventas menores y le coloqué unos libros de Trollope a un tipo que había llevado semanas pensándose. Firmó un cheque de sesenta dólares y se marchó con los ejemplares bajo el brazo.

Cada vez que disponía de un rato libre, llamaba a Whelkin, pero no conseguí

comunicarme con él. Como no contestaba a los mensajes en el Martingale le dejé uno en el que le pedía que telefonease al señor Haggard. Imaginé que le parecería suficientemente sutil.

A eso de las cuatro, sonó el teléfono.

—Librería Barnegat —dije, pero nadie contestó. Pensé que se trataba de un bromista, pero por si acaso insistí—: ¿Señor Haggard?

—¿Señor?

Por supuesto, se trataba de Whelkin. Había pasado el día fuera de casa y sin pasar por el club por lo que no había recibido mi mensaje. Hablaba con dificultad, midiendo sus palabras y haciendo extrañas pausas entre frase y frase. Pensé que probablemente habría tomado un martini de más en el aperitivo.

—¿Podríamos quedar esta noche, señor Rhodenbarr?

—¿En el club?

—No, no me parece oportuno. Le daré mi dirección.

—Ya la tengo.

—¿Y eso?

—Me dio su tarjeta —le recordé, y leí la dirección en voz alta.

—Esta noche no estaré ahí —contestó con cierta aspereza. Hablaba como si alguien le hubiese hinchado la lengua con una bomba de bicicleta. Me dio una dirección nueva en la calle Sesenta y seis del West Side, entre la Primera Avenida y la Segunda—. Apartamento número tres —dijo—. Llame dos veces.

—Como el cartero.

—¿Cómo dice?

—¿A qué hora quiere que vaya?

Se quedó pensando unos segundos.

—A las seis y media me iría bien.

—De acuerdo.

—No olvide traer... aquello.

—No olvide llevar... dinero.

—Lo tendré todo preparado.

Qué extraño, pensé mientras colgaba el auricular. Era yo quien había dormido sólo cuatro horas y era él quien parecía exhausto.

No sé de dónde salió el sij. Lo encontré de repente allí, curioseando entre las estanterías. Era un hombre alto y esbelto, de barba negra y turbante. Alguien así no pasa inadvertido, de modo que llamó mi atención de inmediato, pero tampoco permanecí mirándolo fijamente ni me dejó boquiabierto.

Después de todo, Nueva York es Nueva York y un sij no es precisamente un marciano.

Pasadas las cinco, los clientes brillaban por su ausencia. Bostecé y empecé a plantearme cerrar antes de hora. Entonces, el sij salió de detrás de una montaña de libros y se paró delante del mostrador. Lo había perdido de vista y estaba convencido de que se habría marchado.

—Me llevo este —dijo. Me lo tendió para que viera de cuál se trataba. El libro parecía más pequeño de lo normal debido al tamaño de sus grandes manos oscuras. Se trataba de un ejemplar barato de *El libro de la jungla* de mi amigo Rudyard K.

—¡Ah, sí! —exclamé—. La vida de Mowgli, el niño al que criaron los lobos.

Aquel hombre era más alto de lo que parecía. Lo miré de arriba abajo. Vestía traje gris, camisa blanca y una corbata marrón con un diseño bastante recargado. El turbante era blanco.

—¿Conoce al autor?

Pensé que parecía un maharajá de la India. Me recordaba a uno de esos personajes exóticos que salen en las series televisivas.

—¿Se refiere a Kipling? —pregunté.

—¿Lo conoce?

—Bueno, no personalmente —expliqué—. Murió en 1936. —Le agradecía al señor Whelkin sus lecciones de historia.

Mi interlocutor sonrió. Poseía una dentadura bastante perfecta, grande y más blanca que su camisa. Su rostro era normal, pero tenía unos ojos tristes y grandes, de un marrón similar al de los abrigos de visón pasados de moda, justo los que la señora Kirschmann no quería como regalo de Navidad.

—¿Conoce su obra? —inquirió.

—Sí.

—Tiene más libros, ¿verdad? Al margen de los que se encuentran en las estanterías.

En el fondo de mi cerebro sonó de inmediato una voz de alarma.

—Todo cuanto tengo está a la vista —contesté con prudencia.

—Otra clase de libro, quizá. Algo más... privado.

—Me temo que no.

La sonrisa se convirtió en un rictus amargo enmarcado por la espesa barba negra. El sij metió una mano en el bolsillo de su americana. Al sacarla, empuñaba una pistola. Se colocó de forma que nadie pudiese ver el arma desde la calle y me apuntó directamente al pecho.

Se trataba de una automática pequeña, con acabados en níquel. Existen armas de imitación con ese aspecto, pero mi intuición me decía que de aquel cañón no saldría una llama para encender un pitillo.

Un arma tan pequeña en una mano tan grande tendría que haberme parecido ridícula. Pero les diré algo, las pistolas no suelen parecerme ridículas cuando me

apuntan con ellas.

—Por favor —comenzó con tono paciente—, seamos razonables. Ambos sabemos qué ando buscando.

6

Me habría gustado mirarlo fijamente, pero no podía apartar los ojos de la pistola.

—Tengo algo —dije.

—Sí.

—Lo guardo detrás del mostrador porque tiene un valor sentimental...

—¿Sí?

—Pero ya que es un ferviente admirador de Kipling y demuestra un interés fuera de lo común...

—Venga, el libro.

Nada más dejarlo sobre el mostrador, lo cogió con la mano que le quedaba libre y volvió a sonreír, incluso más que antes. Quiso guardar el libro en el bolsillo pero no entraba. Volvió a dejarlo sobre el mostrador mientras sacaba un sobre que tenía guardado en la chaqueta. No dejaba de apuntarme con el arma, por mucho que yo deseara que dejase de hacerlo.

—Esto es por las molestias —sentenció, dejando caer de golpe el sobre, justo delante de mí. Es usted un tipo razonable.

—¿Razonable? —dije.

—Si no llama a la policía, no habrá problemas. —Sonreía cada vez más—. Sea razonable.

—Como Bruto.

—¿Cómo dice?

—No, perdón, él era honorable, ¿no? Yo soy razonable. —El libro me llamaba a gritos desde el mostrador. Puse la mano encima y dije—: Este libro... Es usted un extranjero y no puedo permitir que...

Lo cogió con furia, la sonrisa dio paso a una mueca de indignación. Al llegar a la puerta, guardó el arma y salió rápidamente del local, en dirección este, hacia la calle Once.

Se fue pero dejó huella.

Lo miré mientras desaparecía. Luego, imagino que suspiré aliviado, y por último cogí el sobre y lo sopesé, como si estuviese decidiendo cuántos sellos debía ponerle. Era un sobre normal, como los que se usan para enviar facturas, pero sin remitente. Un sobre en blanco, de poca calidad.

Rudyard Whelkin había prometido pagarme quince mil dólares por el libro. No sé por qué temí que aquel sobre no contenía quince mil dólares.

Lo abrí. Encontré billetes usados de cincuenta, de series distintas.

Había diez.

Quinientos dólares.

¡Menudo negocio!

Guardé los libros de oferta que tenía expuestos en la calle. Ya no me apetecía mantener abierta la tienda unos cuantos minutos más para vender tres libros viejos por un dólar. Colgué el cartel de cerrado en la ventana y empecé a recogerlo todo. Metí parte del dinero de la caja registradora en mi cartera y el cheque que había obtenido por las obras de Trollope.

Doblé los diez billetes de cincuenta y los guardé en el bolsillo trasero del pantalón. De uno de los cajones del escritorio saqué un libro envuelto en papel marrón, salí de la tienda y cerré todos los candados, como cada noche.

Giré a la izquierda en Broadway, a la derecha al llegar a la calle Trece, y luego subí hasta la Tercera Avenida. La intersección de la calle Catorce con la Tercera Avenida estaba llena de gente adicta a toda clase de sustancias lícitas e ilícitas. Los adictos a la heroína se pinchaban, los alcohólicos se pasaban botellas y los entusiastas de la metadona estaban en trance, recostados contra una pared de ladrillos. Me ajusté el nudo de la corbata (me había puesto la corbata antes de salir de la librería) y pasé, seguro de mí mismo, entre aquel gentío, resistiendo la tentación de comprobar que los billetes siguiesen en mi bolsillo trasero.

Quinientos dólares.

Existe una gran diferencia entre quinientos dólares y quince mil dólares. Esta última cantidad es un buen pago a una dura jornada de trabajo, mientras que la primera es una suma ridícula por la que no merece la pena arriesgar la vida y la tranquilidad, por no mencionar la libertad. De modo que obtener quinientos dólares por *La rendición del fuerte Bucklow* era como no obtener nada.

Sin embargo, quinientos dólares era una bonita suma por una edición de bolsillo de *Los tres soldados*, que era lo que mi visitante de la barba y el turbante me había arrebatado a punta de pistola. Supongo que no era exactamente lo que andaba buscando, pero uno no siempre consigue lo que quiere.

Era un libro que normalmente vendía por 1,95 dólares. Llevaba debajo del brazo el ejemplar de Haggard de *La rendición del fuerte Bucklow* envuelto en papel de embalar marrón. Supuse que el señor Rudyard Whelkin estaría encantado de verlo.

Es curioso cómo suceden las cosas.

Llegaba antes de la hora, por supuesto. Mi cita con el señor Whelkin no era hasta las seis y media y había cerrado la librería poco después de las cinco. Prefería no quedarme a esperar a que mi amigo sij descubriese su error. Tenía un cartel que explicaba claramente que los libros ya adquiridos no se cambiaban, pero mi intuición me decía que aquel sij querría que, por una vez, hiciese una excepción. De modo que, a pesar del paseo, llegaba veinte minutos antes a la esquina de la calle Sesenta y seis con la calle Dos. Vi un bar que tenía buena pinta y entré en él.

No bebo cuando estoy trabajando. Pero aquello no era exactamente trabajar, y después de mirar el cañón de la pistola de mi amigo el sij, sentí el deseo de tomar una copa. De camino, me había detenido en un bar de mala muerte de la Tercera Avenida para echar un trago rápido. Pero me apetecía algo un poco más civilizado, un Rob Roy seco, servido en una copa helada.

Entré y permanecí pensativo, considerando los distintos puntos a tener en cuenta.

Primer punto: El único que sabía que yo iba a robar el libro de la casa de Arkwright en Forest Hills Gardens era J. Rudyard Whelkin.

Segundo punto: Whelkin no se enteró de que había conseguido el libro hasta las cuatro de la tarde. Sabía que iba a robarlo la noche anterior, pero existe una gran diferencia entre proponerse algo y lograrlo; Whelkin no pudo estar seguro hasta que telefoneó a la librería y se enteró del resultado de mi visita a Queens. Era probable que el propio Arkwright aún no se hubiese dado cuenta del robo.

Tercer punto: La presencia del sij en la librería no se debía a una extraña coincidencia, a uno de esos azares que dan a la vida el toque de aventura y emoción tan deseable. Para nada. El sij se había plantado en mi librería porque sabía que yo había robado el ejemplar que Arkwright conservaba de *La rendición del fuerte Bucklow*.

Pensar es una tarea dura. Comprobé la hora y le di otro sorbo a mi Rob Roy.

Suposición: Nada indicaba que el sij tuviese poderes telepáticos. Sabía que yo tenía el libro porque había estado de alguna manera en contacto con Whelkin.

Hipótesis: Era posible que J. Rudyard Whelkin fuese tan poco propenso a desprenderse de quince mil dólares como el resto de los humanos. Al saber que ya tenía el libro en mi poder, envió a su fiel y exótico criado a buscarlo, indicándole que me dejara quinientos dólares para mitigar mi desencanto.

Sólo de pensar en ello me invadió un poderoso sentimiento de rabia. Tomé un par de tragos más y respiré hondo.

Refutación de la hipótesis: No tenía sentido. Si Whelkin pensaba robarme, ¿qué necesidad tenía de enviar a alguien a la librería? Se había tomado la molestia de citarme en la calle Sesenta y seis... podría haber preparado una emboscada más

elaborada.

Hipótesis alternativa: El sij era el fiel y exótico criado de otra persona. Whelkin le había comentado que había varias personas interesadas en adquirir el libro en la subasta de Trebizond. Podía ser que alguien hubiese vigilado al comprador, lo hubiese seguido hasta Nueva York con la intención de robarle el ejemplar y hubiese visto con malos ojos que un tal B. G. Rhodenbarr se le adelantara...

La segunda hipótesis parecía más creíble, pero seguían quedando preguntas por resolver. Me pregunté qué ocurriría cuando el jefe del sij tuviese en sus manos el ejemplar de *Los tres soldados*. Cuanto antes le pasase el libro a Whelkin y cobrase mis quince mil dólares, mejor sabría cómo enfrentarme a ello. La mejor manera de enfrentarse a ello sería tomando unas vacaciones en alguna parte, gastarme parte del dinero y dejar que el tiempo calmase los ánimos. También podía marcharme de la ciudad definitivamente.

Me levanté.

Volví a sentarme.

¿Habría motivos para desconfiar de Whelkin? Estaba casi seguro de que no había enviado al sij, pero ¿y si lo había hecho? Tal vez no hubiese enviado al sij, tal vez ni siquiera supiese que semejante personaje existía, pero ¿por qué no habría de tener sus propios planes para estafarme? Tal vez me hubiese dejado engañar por el ambiente caballeroso del club Martingale. La vida me había enseñado que los ricos no tenían más ganas de compartir sus posesiones que el resto de los humanos. Y yo había aceptado citarme con él en su terreno, para entregarle el libro como si fuese un perro servicial que le lleva el periódico a su dueño. ¡Dios! Ni siquiera estaba seguro de que Whelkin dispusiera de quince mil dólares ni que, de tenerlos, estuviese dispuesto a dármelos.

Fui al servicio de caballeros, con el libro en la mano. Cuando volví a mi mesa, no traía nada en las manos. Me había colocado el libro en la espalda, sujeto con el cinturón y oculto bajo mi chaqueta.

Apuré la copa. Con gusto habría tomado otra, pero sería mejor que lo dejase hasta dar por concluido el asunto que me había llevado hasta allí.

Lo primero es lo primero.

El edificio de la calle Sesenta y seis era una hermosa construcción de color marrón, con una galería en la planta baja. Estaba rodeada de edificios más altos, pero la vieja casa de apartamentos seguía en pie. Subí unos pocos peldaños y estudié los timbres de la entrada.

S. Porlock. 3-D.

Llamé dos veces. No obtuve respuesta, de modo que consulté mi reloj de pulsera. Marcaba las 6.29 y es un reloj que no suele mentir. Volví a llamar al timbre; oí un

zumbido y empujé la puerta para que se abriera.

En la planta baja había dos apartamentos, y en los tres pisos restantes, cuatro (al sótano se accedía por otra entrada). Subí por las escaleras enmoquetadas con una mezcla de pavor y expectación. La puerta D quedaba en la zona trasera del edificio. La puerta del apartamento 3-D estaba entornada. Llamé con los nudillos y una mujer de hombros cuadrados me abrió casi de inmediato. Vestía una falda estampada y una chaqueta azul marino con botones dorados. Su cabello moreno lucía un corte irregular de esos que pueden ser obra de un amigo borracho o del peluquero de moda.

—¿Señor Rhodenbarr? Pase, por favor —invitó.

—Tenía una cita con...

—Ruddy Whelkin, lo sé. No tardará en llegar. Acaba de llamar hace diez minutos diciendo que se retrasaría un poco. —De pronto sonrió—. Me ha pedido que le atienda en todo cuanto pueda. Soy Madeleine Porlock.

Estreché su mano.

—Bernie Rhodenbarr —dije—. Pero eso usted ya lo sabía.

—Su fama lo precede. ¿No quiere tomar asiento? ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Ahora no, gracias —contesté.

Me refería a la bebida, claro está. Me senté en una butaca de terciopelo verde. La sala era pequeña pero acogedora; además de la butaca, había un sillón de orejas y un sofá Victoriano de palo de rosa. En la pared, detrás de este, colgaba un vistoso cuadro de estilo abstracto que hacía juego con los muebles. Era un bonito salón y así lo dije.

—Gracias. ¿Está seguro de que no quiere un jerez?

—Por ahora, no.

En la radio sonaba música clásica, instrumentos de viento de madera interpretando a Vivaldi, probablemente. Madeleine Porlock cruzó la estancia y bajó el volumen.

Algo en ella me resultaba familiar, pero no atinaba a saber qué era.

—Ruddy no tardará en llegar —repitió.

—¿Hace mucho que lo conoce?

—¿A Ruddy? Parece que hace siglos.

Intenté imaginarlos como pareja. No eran dos nombres fáciles de pronunciar, pero tampoco quedaban tan mal. Él era mucho mayor que ella, por supuesto. Supongo que ella tendría treinta y pocos, aunque adivinar la edad de la gente no se me da nada bien.

¿La conocía de algo?

Estaba a punto de preguntárselo cuando dio una palmada con decisión, como si acabase de descubrir el principio de la gravedad específica.

—Un café —dijo.

—¿Disculpe?

—Tomará un café, ¿verdad? Acabo de prepararlo.

Acepté su oferta porque quería mantenerme bien alerta. Una buena razón para tomar un café. Nos pusimos de acuerdo sobre la leche y la cantidad de azúcar y desapareció para ir en busca de la taza. Me retrepé en la butaca y me puse a escuchar la música y a pensar en lo hermoso que debe de ser saber tocar el fagot. Una vez vendí fagots y son muy caros; además, creo que es un instrumento extremadamente difícil de tocar. No sé ni leer una partitura, de modo que imagino que nunca reuniré valor para comprar un fagot y aprender a tocarlo, pero siempre que escucho un fagot en un concierto o un conjunto de cámara, pienso lo maravilloso que sería irme a dormir una noche tal y como soy y despertar teniendo un fagot y sabiendo tocarlo.

Las cosas son infinitamente más sencillas en la imaginación. Se pueden tomar atajos sorprendentes.

—¿Señor Rhodenbarr?

Cogí la taza que me ofrecía. Se trataba de una taza alta de loza decorada con unos dibujos geométricos. Olí el café. Debo reconocer que tenía buen aroma.

—Espero que le guste —comentó—. Es una mezcla de Luisiana; hace un tiempo que la compro. Lleva achicoria.

—Me gusta la achicoria.

—A mí también —apuntó. Lo dijo como si esa coincidencia marcara el comienzo de algo grande. El quinteto de instrumentos de viento de madera acabó de tocar... el locutor confirmó que se trataba de Vivaldi, y empezó a sonar una sinfonía de Haydn.

Tomé un sorbo de café. Me preguntó si estaba bueno y le aseguré que sí, a pesar de que no era cierto. Percibí un regusto extraño que nada tenía que ver con el azúcar ni con la leche, e imaginé que la achicoria sería una más de esas cosas que creo que me gustan hasta que un buen día descubro que no es cierto.

—Ruddy ha dicho que le traería usted algo, señor Rhodenbarr.

—Así es.

—Parecía muy ansioso. No habrá olvidado traerlo, ¿verdad?

Bebí más café y decidí que no estaba tan malo, en realidad. La sinfonía de Haydn sonaba con eco en aquella pequeña habitación.

—Señor Rhodenbarr.

—Bonita música.

—¿Tiene el libro, señor Rhodenbarr?

Yo sonreía. Me temo que era una sonrisa un poco estúpida, pero no podía hacer nada al respecto.

—Señor Rhodenbarr.

—Es usted muy bonita.

—El libro, señor Rhodenbarr.

—Su cara me resulta familiar. La conozco de algo.

Estaba derramándome el café por encima, sin saber el motivo, y me sentía avergonzado. Pensé que habría sido mejor que no me tomase aquel Rob Roy. Madeleine Porlock me quitó la taza y la colocó sobre la mesilla de cristal.

—Siempre choco con esta clase de muebles —expliqué—. Me refiero a las mesillas de cristal. No las veo. Tropezco con ellas. Tiene el pelo anaranjado.

—Cierre los ojos, señor Rhodenbarr.

Se me cerraban los párpados. Intenté mantener los ojos abiertos y mirarla. Tenía el pelo anaranjado, pero al mirarla mejor su pelo volvió a ser oscuro. Parpadeé, para ver si se tornaba nuevamente anaranjado, pero se mantuvo inmutable.

—El café —exclamé, súbitamente lúcido—. Me ha puesto algo en el café.

—Recuéstese y relájese, señor Rhodenbarr.

—Me ha drogado. —Me aferré a los brazos de la butaca e intenté levantarme. Pero no pude mover ni la espalda. Mis manos habían perdido la fuerza y mis piernas no respondían.

—Pelo anaranjado —insistí.

—Cierre los ojos, señor Rhodenbarr.

—Tengo que levantarme...

—Recuéstese y descanse. Está usted muy cansado.

Eso sí era cierto. Tomé aire, sacudí la cabeza violentamente intentando despejarme la mente. Craso error... el movimiento hizo estallar mil petardos dentro de mi cráneo. Haydn perdía y ganaba intensidad por momentos. Mis párpados se cerraron de nuevo. Luché por abrir los ojos y la vi inclinarse sobre mí y recordarme lo dormido que estaba.

Mantuve los ojos abiertos. A pesar de mi esfuerzo, mi campo de visión fue reduciéndose y oscureciéndose. Aparecieron manchas negras un poco dispersas y me rendí. Me dejé llevar y sentí que perdía la conciencia.

Soñé que estaba en Turquía y había un terremoto, las casas se desplomaban alrededor de mí, grandes rocas rodaban por las laderas de las montañas. Salí del sueño como el submarinista que intenta alcanzar la superficie para poder respirar. El terremoto turco formaba parte de las noticias de la radio. Los socialdemócratas habían conseguido un aumento de votos considerable en el parlamento belga. Un actor de Hollywood había muerto por una sobredosis de somníferos. Se esperaba que el presidente vetara algo, no se sabía bien el qué.

Cerca, una especie de zumbido rompía la monotonía de las noticias. Conseguí abrir los ojos. Me dolía la cabeza y tenía la boca tan seca que parecía que me hubiese dormido con el algodón del bote de las vitaminas pegado a la lengua. El zumbido sonó de nuevo y me pregunté por qué nadie respondía a la llamada.

Abrí los ojos de nuevo. Evidentemente, se habían cerrado sin que yo me diese

cuenta. El locutor de la radio me invitaba a suscribirme al *Backpaper Magazine*. Realmente no quería, pero ignoraba si tendría fuerzas para negarme. El zumbido continuaba. Deseaba que Madeleine Porlock se levantase del sofá Victoriano y contestase o, por lo menos, hiciese que aquel ruido acabara.

En la radio empezó a sonar música de nuevo. Era algo con violines. Relajante. Volví a abrir los ojos. El zumbido había cesado y sonaron unos pasos en la escalera.

Yo seguía en la butaca, con la mano izquierda descansando sobre el regazo, como si fuese un animalillo muerto. Mi mano derecha estaba sobre el brazo de la butaca, y tenía algo en ella.

Abrí los ojos de nuevo y sacudí la cabeza. En el interior de mi cráneo se movió algo que estaba suelto. Alguien llamaba a la puerta. Me habría gustado que mi querida señora Porlock fuese a abrir, pero su estado no era mucho mejor que el mío.

Llamaron más fuerte a la puerta y volví a abrir los ojos. Esa vez logré erguirme en la butaca y recobrar algo parecido a la conciencia. Tomé aire, parpadeé rápidamente. Recordé dónde estaba y por qué.

Moví la mano izquierda, me palpé la espalda y descubrí que *La rendición del fuerte Bucklow* había desaparecido.

Bueno, eso parecía.

—¡Abran la puerta!

Llamaban, llamaban, llamaban, y me sentí como el portero de Macbeth. Les pedí que esperasen un minuto. Con la mano izquierda, intenté comprobar si los quinientos dólares del sij seguían en mi bolsillo. Pero no podía llegar hasta ese bolsillo con la mano izquierda. ¿Por qué demonios estaba empleando esa mano? ¡Ah, claro! Porque tenía algo pesado en la derecha.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Llamaron a la puerta con mayor insistencia. Levanté mi mano derecha. Sujetaba una pistola. La contemplé perplejo, como un estúpido... Luego me la acerqué a la cara y olí el cañón. Reconocí ese aroma particular, mezcla de aceite, pólvora y olor a quemado tan característico de un arma recién disparada.

Miré el sofá, esperando encontrarlo vacío, deseando que lo que me parecía haber visto hacía un momento hubiese sido un espejismo. Pero Madeleine Porlock seguía allí, no se había movido y comprendí que no era probable que volviera a moverse por mucho que la ayudase.

Le habían disparado en la frente, justo donde suelen caer los mechones de pelo, y tuve algo más que una vaga sospecha de cuál podía ser el arma homicida.

Me puse de pie rápidamente, demasiado rápidamente. La sangre corrió hacia mis pies, o donde sea que suele acumularse en estos casos, y a punto estuve de desmayarme de nuevo. Pero me mantuve en pie e intenté despejar mi mente en la medida de lo posible.

La radio seguía encendida. Me apetecía apagarla, pero pensé que era mejor olvidarme de ella. La policía había dejado de llamar a la puerta y se dedicaba a intentar tumbarla. La puerta cedería de un momento a otro y entrarían en la habitación.

Decidí que no me apetecía estar allí cuando semejante cosa ocurriese.

La maldita pistola seguía en mi mano. La tiré al suelo y al instante la recogí para limpiar las huellas. Luego volví a tirarla, pasé junto a la radio y crucé un corto pasillo que conducía a un baño y a una cocina. Al fondo del pasillo se encontraba una habitación bastante grande, en la que había una cama de columnas, con un arcón a los pies. Vi una ventana que daba a la escalera de incendios. No dudé ni un segundo en abrirla.

Aire fresco, frío y fresco. Me llené los pulmones y sentí que mi mente empezaba a despejarse de veras. Salté a la escalera de incendios y cerré la ventana tras de mí. Al hacerlo apenas oí el ruido de los agentes que intentaban tumbar la puerta.

Y ahora, ¿qué?

Miré hacia abajo y me dio vértigo. Recordé que en los prospectos de muchos medicamentos se recomendaba abstenerse de conducir o utilizar maquinaria compleja mientras se está bajo tratamiento. *Si presenta signos de somnolencia, manténgase lejos de las escaleras de incendios.*

Miré por segunda vez. La escalera daba a un patio cerrado. Probablemente me condujese al sótano, pero también era probable que hubiese un policía apostado en la puerta, aguardando mi llegada. El policía más gordo, a buen seguro, el que no se había sentido con fuerzas para subir los dos pisos.

De modo que subí al cuarto piso y seguí hasta la azotea. Alguien había instalado una cubierta de secoya para el sol y había árboles y arbustos en grandes maceteros de la misma madera. Un lugar encantador, pero presentaba un problema... no podía salir de ahí. Los edificios vecinos eran mucho más altos y la puerta que comunicaba la azotea con el edificio estaba cerrada con llave. Si hubiese llevado mis herramientas de trabajo, aquello no habría supuesto ningún impedimento, pero ¿cómo hubiese podido imaginar que iba a necesitarlas? Bajé nuevamente por la escalera de incendios y me detuve en el cuarto piso, tratando de decidir si merecía la pena plantarle cara al agente de la planta baja. Podía entrar en el sótano y esconderme en la caldera hasta que se enfriase... pero ¿me apetecía realmente? De hecho, no parecía buena idea

volver a pasar ante la ventana de la señora Porlock, puesto que la policía ya debía de estar en el apartamento.

Eché un vistazo a los apartamentos de la cuarta planta. El de la derecha, el 4-D, (supuse, puesto que era el inmediatamente superior al de la señora Porlock) tenía la cortina echada. Pegué la oreja al cristal y reconocí las voces de una popular serie de televisión. Un poco más a la izquierda, en el 4-C, también estaban echadas las cortinas, pero no escuché ningún ruido ni distinguí luz alguna.

Como era de suponer, la ventana estaba cerrada.

Si hubiese contado con un cortacristales habría abierto un agujero redondo para pasar la mano y abrir el cerrojo. Si hubiese tenido cinta adhesiva, habría podido romper el cristal sin más ruido que el que haría una rama seca al partirse. Si hubiese...

Si los deseos fuesen caballos, los ladrones serían jinetes. Le di un golpe al cristal y cerré los ojos hasta que cesó el ruido. Escuché unos momentos a través del agujero, luego abrí la ventana y entré en el apartamento.

Al cabo de un rato salí del apartamento de forma mucho más convencional. Abrí la puerta y bajé por las escaleras. En el tercer piso me encontré con dos agentes uniformados. Habían abierto la puerta del 3-D; la mayoría de los policías estaba dentro, en plena labor, mientras que aquellos dos seguían en el pasillo, sin nada concreto que hacer.

Le pregunté a uno de ellos cuál era el problema. Echó la mandíbula hacia adelante y me aseguró que era una comprobación de rutina. Asentí con la cabeza, dando a entender que me sentía más tranquilo, bajé el resto de peldaños y salí a la calle.

Quería ir a casa. El hogar puede llevarse o no en el corazón, pero es donde yo guardo mis herramientas de ladrón. Y un ladrón, como un obrero, vale lo que sus herramientas, y yo me siento desnudo sin las mías. Desconocía si los policías me habrían seguido la pista. Estaba claro que más tarde o más temprano darían conmigo, pero pensé que antes de que me descubriesen podría entrar y salir de mi apartamento. Tenía mis herramientas, dinero... lo mejor era ir y equiparme para intentar hacer frente a cualquier eventualidad que pudiera presentarse en adelante.

Las perspectivas no parecían muy halagüeñas, según mi punto de vista. Madeleine Porlock tenía más agujeros de los normales en la cabeza y mis huellas estaban por toda la casa... en la taza, en la mesa de cristal y sabe Dios dónde más. El criminal que había puesto la pistola en mis manos se habría encargado de dejar mis huellas por todas partes.

La policía querría hacerme unas cuantas preguntas, y no creo que prestasen demasiada atención a mis respuestas. Yo mismo tenía varias preguntas que hacerme...

¿Quién era Madeleine Porlock? ¿Qué pintaba en todo ese asunto? ¿Por qué me había sedado? ¿De dónde habría salido su asesino y por qué la habría matado?

¿Qué había pasado con Rudyard Whelkin?

Y por último, ¿qué tendría que ver el sij con todo aquello?

Esta última pregunta no era más fácil de responder que las otras, pero me recordó que no podía ir a casa. A esas alturas el sij y quien quiera que lo hubiese enviado se habrían dado cuenta de que los habían engañado... de modo que era mejor evitar los lugares en los que parecía lógico esperar encontrarme. La tienda, por supuesto, pero también el apartamento, puesto que bastaba con consultar la guía de teléfonos de Manhattan para encontrar mis señas.

En la Segunda Avenida tomé un taxi que iba hacia el centro. El conductor era un joven hispano que tenía una mirada muy vivaz. ¿Estaba estudiándome al tiempo que me preguntaba la dirección a la que deseaba que me condujera?

—Voy al Village —dije.

—¿A qué zona exactamente?

—A la plaza Sheridan.

Asintió brevemente y nos pusimos en marcha.

El apartamento de Carolyn Kaiser estaba en Arbor Court, uno de esos barrios de casas que sólo sé encontrar desde un lugar en concreto. La plaza Sheridan no era ese lugar, de modo que caminé hasta la avenida Greenwich y di unas cuantas vueltas hasta encontrar lo que buscaba. No recordaba cuál era su edificio, así es que fui comprobando los buzones. Por fin, encontré su nombre y llamé al timbre.

No había gente en casa. En circunstancias normales habría telefoneado antes de presentarme allí, pero no llevaba su número encima, ni figuraba en las páginas amarillas. Es más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja que conseguir que el servicio de información te dé un número que no figura en la guía. Ya bastante cuesta conseguir los que sí figuran. Llamé a varios timbres hasta que alguien me abrió la puerta. Carolyn vivía en el primer piso. Le eché un vistazo a la cerradura de su puerta, me volví y me marché.

Busqué en varias ferreterías de la zona, pero estaban cerradas. Había un cerrajero abierto, pero no estaba seguro de que quisiese venderme herramientas de ladrón. Ni siquiera lo intenté. Entré en un supermercado y compré cinta adhesiva, unos clips, unas horquillas y unos clavos. En la sección de fumadores pedí uno de esos trastos que se utilizan para vaciar, preparar y maltratar una pipa. Parecía de bastante buen acero.

Volví al edificio de Carolyn y molesté a los vecinos de nuevo, hasta que uno de ellos me abrió. Me acerqué a la puerta de Carolyn y puse manos a la obra.

Con mi equipo de ganzúas no habría tardado más de cinco minutos, pero con las

herramientas que acababa de improvisar me llevó más de diez; en ese tiempo entraron dos personas en el edificio y salió una. Si alguna se dio cuenta de qué hacía yo allí, disimuló por educación y no montó ninguna escena. Acabé el trabajo y entré en el apartamento.

Me pareció un estudio acogedor, muy propio del Village. Consistía en una sala de unos quince metros cuadrados con un pequeño cuarto de baño al fondo. Tan minúsculo que las rodillas chocaban con la puerta al sentarse en la taza. La bañera, una reliquia con pies en forma de garra, estaba en la zona de la cocina, junto al fregadero, el hornillo y la nevera; Carolyn tenía una tabla de contrachapado para cortar la verdura. Las paredes estaban pintadas de un azul intenso, y los marcos de las ventanas y las puertas de amarillo canario.

Fui al baño, encendí el hornillo de gas para preparar un poco de café (tuve que encender una cerilla, pues el piloto automático no funcionaba) y dejé que uno de los gatos se acercara a olfatearme. Era un siamés, y al parecer no le temía a nada. Su compañero, un gato persa de ojos azules, seguía recostado sobre la cama de matrimonio, intentando confundirse con la colcha. Acaricié al siamés detrás de las orejas. Hizo ese extraño ruido que hacen los gatos y se frotó contra mis talones. Supuse que había pasado la prueba.

Una vez caliente el café, me serví una taza, di un sorbo y recordé el brebaje con que Madeleine Porlock me había obsequiado. Tiré el café, puse agua a hervir y me preparé un té. Para darle más consistencia, le añadí un poco de brandy de California que había en una botella que encontré en el fregadero.

Mi cita en casa de Porlock había sido a las seis y media, y me había largado de allí poco después de las noticias de las siete. No había vuelto a consultar el reloj hasta que me instalé en el sillón de mimbre de Carolyn, con los pies en alto, la segunda taza de té con brandy en la mano y el gato persa ronroneando como un loco en mi regazo. Eran exactamente las nueve y dieciocho minutos.

Encendí la radio y busqué una emisora de esas que siempre dan noticias. Para eso tuve que apartar al gato, que protestó airado y me entretuvo mientras daban otro informe sobre el terremoto en Turquía y el veto presidencial. Un albanés contrariado había secuestrado a dos personas en Washington Heights y el enviado especial se entretuvo más de lo necesario en los detalles del caso. Resignado, acaricié al gato persa mientras el siamés maullaba desde lo alto de una estantería de libros.

Carolyn no llegó hasta cerca de las once. Para entonces yo había sintonizado una emisora de jazz y tenía a los gatos instalados en mi regazo. Carolyn abrió la puerta y yo me quedé exactamente donde estaba. Cuando abrió, avisé:

—Soy yo, Carolyn, no tengas miedo.

—¿Por qué habría de asustarme? —Entró, cerró la puerta y pasó el cerrojo—. ¿Hace mucho que has llegado? Estuve en el Dutchess y ya sabes cómo es eso. Bueno,

no creo que lo sepas, porque no permiten la entrada a los hombres.

Se sacó la chaqueta, la colgó en una percha que había detrás de la puerta, se acercó a la cafetera... De pronto reaccionó y me miró, atónita.

—¡Oye! —exclamó—. ¿Teníamos alguna cita que haya olvidado?

—No.

—¿Randy te ha dejado entrar? Creía que había ido a visitar a su dichosa tía de Bath Beach. ¿Qué hacía aquí? ¿Se fue a Brooklyn después o qué?

—No he visto a Randy.

—Entonces, ¿cómo has entrado, Bernie?

—Bueno, encontré mis propios medios.

—Sí, pero ¿de dónde has sacado la llave? —Primero frunció el entrecejo, pero luego pareció darse cuenta—. ¡Oh!, entiendo... La gente normal necesita llaves, pero tú eres como Casper, el fantasma: puedes atravesar las paredes.

—No exactamente.

Los gatos habían abandonado mi regazo y se frotaban apasionadamente contra los tobillos de su dueña, ansiosos por recibir su comida. Carolyn hacía caso omiso de ellos.

—Bernie...

—La radio.

—¿Cómo dices?

—Si escuchas, entenderás.

Escuchó atentamente, con la cabeza ladeada.

—Parece Monk —dijo—. Aunque no sé, no es tan intenso como Monk y está haciendo muchas cosas con su mano izquierda.

—Es Jimmy Rowles, pero no me refiero a eso. Cuando acabe la canción, Carolyn.

La canción acabó y se oyó un anuncio sobre un crucero jazzístico por las Bahamas... Tuve que explicar que tampoco se trataba de eso. A continuación dieron las noticias de las once. El terremoto turco, el albanés loco, el veto presidencial y luego una noticia de última hora sobre un exconvicto llamado Bernard Rhodenbarr al que se buscaba en relación con el asesinato de Madeleine Porlock, que había sido hallada muerta de un disparo en su apartamento de la calle Sesenta y seis.

El locutor pasó a otros temas. Carolyn apagó la radio, volvió la mirada hacia mí por un instante y luego se marchó al rincón de la cocina, a dar de comer a los gatos.

—Hoy toca pollo y riñones —les explicó—. Vuestros alimentos favoritos.

Me dio la espalda por un rato, mirando comer a sus angelitos, con las manos en la cintura. Después se volvió y se sentó en el extremo de la cama.

—No sé cómo no me di cuenta de que se trataba de Jimmy Rowles —comentó—. Siempre que iba al Bradley lo oía tocar. Últimamente no he ido mucho porque Randy odia el jazz, pero si rompemos, algo que creo que estamos a punto de hacer, ¿qué

demonios!, iré a clubes de jazz siempre que me venga en gana...

—Perfecto.

—Madeleine Doorlock... curioso apellido.

—Porlock.

—Bueno, sigue siendo poco habitual. ¿Quién era, Bern?

—Que me parta un rayo si lo sé. No la había visto hasta esta tarde.

—¿La mataste?

—No.

Cruzó las piernas, colocó un codo sobre la rodilla que estaba más alta y apoyó la barbilla en la mano.

—Cuéntamelo todo —dijo—. Habla, soy toda oídos.

—Bueno —empecé—, es una larga historia.

En efecto, era una larga historia, y Carolyn escuchó pacientemente hasta el final, levantándose sólo un par de veces para servirse un brandy. Cuando acabé, abrió una botella nueva y sirvió una buena cantidad para cada uno. Yo ya había desistido de diluirlo con té, y a Carolyn ni siquiera se le ocurrió hacerlo.

—Bueno, esta va por el crimen —dijo al tiempo que elevaba su vaso—. Ahora entiendo por qué te limitaste a beber soda aquella noche. Estabas preparándote para salir a dar una vuelta y cometer una fechoría. Era por eso, ¿verdad?

—Nunca bebo cuando trabajo.

—Yo nunca trabajo cuando bebo... que viene a ser lo mismo. Me cuesta un poco hacerme a la idea, Bernie. Realmente creí que a pesar de haber sido ladrón, ahora eras una persona nueva, que lo habías superado y te dedicabas a vender libros. Tal y como le dijiste a aquel policía...

—Y era cierto, hasta cierto punto. No saco mucho de la tienda, o tal vez sí, no lo sé... No soy un gran contable, compro y vendo, y supongo que saco suficientes beneficios como para pagar el alquiler, las facturas, el teléfono y todas esas cosas. Si me dedicase un poco más, probablemente me ganaría la vida con ese negocio. Si fuese más competitivo y guardase los superventas en lugar de vendérselos a la competencia, si leyese los anuncios especializados cada semana e hiciese algo de publicidad.

—Pero en lugar de eso, vas y robas en una casa.

—Sólo de vez en cuando.

—En ocasiones especiales.

—Eso mismo.

—Para que todo pueda seguir igual.

—Así es.

Frunció el entrecejo con severidad, se rascó la cabeza y tomó otro sorbo de brandy.

—Veamos —empezó—, has venido a mi casa porque te parece un escondite seguro, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Bueno, eso está bien. Somos amigos, ¿no? Sé que eso implica que estoy ocultando a un fugitivo, pero me importa un bledo. ¿Para qué están los amigos, si no?

—Eres una entre un millón, Carolyn.

—¡Y que lo digas! Mira, puedes quedarte todo el tiempo que te parezca sin dar explicaciones... El caso es que sigo teniendo preguntas que hacerte, pero me callaré si lo prefieres.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Cuál es la capital de Dakota del Sur? No, en serio... ¿Por qué esperar a que los Arkwright volvieran a casa? ¿Por qué no robar el libro y salir corriendo como una liebre? Creía que los ladrones preferían evitar el contacto humano.

Asentí.

—Fue idea de Whelkin —dije—. Quería que robase el libro sin que Arkwright se diese cuenta de que faltaba. Si no robaba nada más y lo dejaba todo exactamente igual que antes y el libro seguía en su lugar a la hora en que Arkwright jugaba su billar nocturno, no notaría la pérdida hasta el día siguiente, como mínimo. Whelkin estaba seguro de que lo acusarían, porque era sabido lo mucho que deseaba ese ejemplar, y no le serviría de nada disponer de una buena coartada puesto que Arkwright imaginaría que había contratado a alguien para robarlo.

—Que fue lo que hizo.

—Así es —asentí—. Pero cuanto más tardase Arkwright en descubrir la desaparición del libro, menos idea tendría de cuándo y cómo se lo habían robado, y más tiempo tendría Whelkin de ponerlo a buen recaudo...

—Por eso sólo robaste el libro y dejaste todo lo demás.

—Sí.

—Creo que por fin lo entiendo... o eso espero. Pero ¿qué le habrá ocurrido a Whelkin?

—Ni idea.

—¿Piensas que pudo ser el asesino?

—No lo creo.

—¿Por qué no? Él concertó la cita. Pudo pedirle a esa mujer que te drogara, y, mientras estabas inconsciente, matarla.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Para que las sospechas recayesen sobre ti, supongo. Para salir de escena.

—En ese caso, ¿por qué no matarme a mí, directamente?

—No lo sé. —Se mordisqueó un nudillo—. Esta tal Porlock tendrá algo que ver con todo esto, digo yo. Whelkin te citó en su casa, ella te durmió con una taza de café y sabía lo del libro porque te preguntó por él, antes de que perdieses el conocimiento. Tal vez haya sido, incluso, quien cogió el libro.

—O tal vez haya sido el asesino.

—¿No oíste el disparo?

—Estaba totalmente inconsciente. Además, es probable que utilizase un silenciador... aunque si lo hizo se lo llevó consigo, como se llevó el libro y los quinientos dólares del sij. —Me encogí de hombros—. Siempre supe que era un precio excesivo por un ejemplar de *Los tres soldados*. Lo que fácil se obtiene, fácil se pierde.

—Eso dicen. Tal vez la haya matado el propio sij.

—¿Por qué piensas eso?

—Quizá trabajaran juntos y finalmente decidiese traicionarla. —Se encogió de hombros de forma muy expresiva—. No lo sé, Bern. Sencillamente voy lanzando ideas. Tenía que tener alguna relación con Whelkin, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Me citó en su apartamento, pero...

—Pero ¿qué?

—¿Por qué no contentarse con comprarme el libro?

—Tal vez no podía permitirse pagar el precio estipulado. Pero tienes razón, habría sido mucho más fácil de ese modo. Te habrá pagado un adelanto, ¿no? ¿Cuánto te debía todavía?

Permanecí callado.

—¿Bernie?

Suspiré.

—Ayer mismo, le dije a un ladronzuelo que era demasiado tonto para robar... No era el único.

—¿Me estás diciendo que...?

—No me pagó ningún adelanto.

—¡Oh!

Solté un nuevo suspiro y tomé un trago.

—Era socio del club Martingale —expliqué—. Tenía acento inglés y vestía como un caballero.

—¿Y?

—Me impresionó su aspecto, eso es todo. No habló de ningún adelanto. No sé cómo lo logró, pero fui a aquella casa sin un centavo en el bolsillo. Carolyn... incluso gasté mi propio dinero comprando gasolina y herramientas. Ahora me siento un verdadero estúpido.

—Whelkin te engañó. Te tendió una trampa y te estafó. Luego le pegó un tiro a la chica y te cargó con el mochuelo.

Reflexioné por un instante, y finalmente dije:

—No.

—¿No?

—No creo que haya sido así. ¿Para qué meter a la chica por medio? Podría haberme estafado de todos modos, sin necesidad de recurrir a ella. Además, hay algo más. En nuestra última conversación telefónica, cuando me citó en el apartamento, hablaba de modo extraño. En su momento pensé que estaba borracho.

—¿Y?

—Me temo que lo habían sedado.

—Igual que a ti.

—No exactamente. Probablemente con otro producto, de lo contrario no habría

podido pronunciar una sola palabra. Me pregunto qué puso en mi café. Tuvo que ser algo fantástico. Estuve alucinando un buen rato.

—¿Un ácido?

—No lo sé, nunca he tomado drogas.

—Yo tampoco.

—No era esa clase de alucinación en la que ves salir animales de las paredes ni nada parecido. Mi percepción sencillamente se distorsionó justo antes de desmayarme. La música subía y bajaba de volumen, entre otras cosas. Y la cara de la mujer se fundía cuando la miraba fijamente, pero eso sólo ocurrió poco antes de perder el conocimiento.

—Dijiste algo acerca de su cabello.

—Cierto, se volvía anaranjado. Tenía el pelo corto, marrón oscuro, y a mí me parecía que tenía la cabeza llena de rizos anaranjados. Cuando parpadeaba, volvía a tener el pelo corto. ¡Dios mío!

—¿Qué pasa, Bernie?

—Ya sé de qué me sonaba esa mujer. Y realmente llevaba el cabello anaranjado. Supongo que sería una peluca.

—¿El cabello oscuro?

—No, el anaranjado. Estuvo en la librería con una peluca de ese color. Estoy seguro de que se trataba de la misma mujer. Vino tres o cuatro veces.

—¿Con Rudyard Whelkin?

—No. Él sólo fue a la librería en una ocasión. Ese mismo día fuimos a comer al club Martingale, donde volvimos a encontrarnos una vez más, para tomar unas copas. Después, no hablamos más que por teléfono. Ella vino a la librería... En realidad, no sé bien cuándo vino por primera vez, pero creo que fue la semana pasada. Ayer me compró un libro. La edición de las *Églogas* de Virgilio del Heritage Club. Era ella, estoy seguro.

—¿Qué hacía?

—Miraba libros, me parece. Supongo que fue para inspeccionar el terreno, como cuando yo paseé por Forest Hills disfrazado de encuestador. ¿Puedo encender la radio?

—¿Para qué?

—Para escuchar las noticias de medianoche.

—¿De veras es tan tarde ya? Adelante, ponla.

Aparté a uno de los gatos y encendí el aparato. Me senté de nuevo y el gato regresó a mi regazo y se puso a ronronear. Las noticias repitieron lo dicho en la edición de las once, con el añadido de que el albanés se había rendido y todos los rehenes habían resultado ilesos. Se había vuelto loco al descubrir que su mujer tenía otro marido, por lo que ambos maridos eran, en cierta medida, familiares o algo así.

Madeleine Porlock seguía muerta, y la policía seguía buscando a Bernard Rhodenbarr.

Aparté al gato por segunda vez, apagué la radio y me senté. Carolyn me preguntó qué se sentía al ser perseguido por la policía. Respondí que era una sensación muy desagradable.

—¿Por qué creen que fuiste tú, Bernie? ¿Por las huellas?

—O por la cartera.

—¿Qué cartera?

—La mía. Quienquiera que se haya llevado el libro, se llevó también mi cartera... Madeleine o su asesino, no lo sé. El libro, los quinientos dólares y la cartera. Tal vez alguien la dejó donde la policía pudiera encontrarla.

—¿No bastaba con que estuvieses inconsciente cuando llegase la policía?

—Quizá la cartera era una especie de seguro. O tal vez el asesino la robó por miedo a que contuviese algo que pudiera incriminarlo, como la tarjeta de Whelkin o alguna clase de nota que yo hubiese escrito para mí. —Me encogí de hombros—. Supongo que ahora mismo la cartera podría estar en cualquier parte. Me parece que será mejor que anule mi Master Card, antes de que alguien se dedique a cargar billetes de avión a mi cuenta. Aunque, de hecho, eso no me preocupa demasiado en estos momentos.

—Lo imagino. —Apoyó la mandíbula en la mano, se inclinó y fijó sus ojos azules en mí—. ¿Qué te preocupa realmente ahora, Bernie?

—¿Cómo dices?

—¿Cuál es tu lista de prioridades? ¿Qué piensas hacer?

—Ni idea.

—¿Qué te parece si tomamos otra copa mientras te lo piensas?

Negué con la cabeza.

—Creo que ya he bebido bastante.

—Yo ya había bebido bastante hace dos o tres copas, pero no voy a dejar que semejante detalle me detenga. —Cogió la botella y se sirvió—. ¿Tú puedes decidir que has bebido bastante y parar?

—Claro.

—Me parece admirable —comentó. Inclinó la copa y me miró a través del cristal—. ¿Sabes si había alguien más en el apartamento, aparte de Madeleine Porlock?

—No. Pero hasta que la mataron no pasé del comedor. Me pareció que estábamos solos, esperando a Whelkin.

—Es posible que el asesino aguardase en una de las habitaciones.

—Sí, es cierto.

—Bueno, supongamos que estaba sola. Te durmió, te quitó el libro, el dinero y la cartera y se marchó. Pero al salir topó con un hombre que le apuntaba con una

pistola.

—¿Por qué no...?

—¿Con quién pudo encontrarse? ¿Con el sij, con Whelkin?

—No lo sé, Carolyn.

—¿Por qué demonios usaría una peluca? Quiero decir, si no la conocías de nada... ¿Por qué quería disfrazarse?

—Que me maten si lo entiendo.

—¿Y el sij? ¿Estaría disfrazado? Tal vez el sij era el propio Rudyard Whelkin.

—Llevaba una barba y un turbante.

—La barba podía ser postiza. Y los turbantes pueden ponerse y quitarse.

—El sij era altísimo. Medía un metro noventa o más.

—¿Has oído hablar de los zapatos con tacón?

—Whelkin no era el sij —sentenció—. Puedes creerme.

—Siempre te creo. Volvamos a la pregunta: ¿cómo piensas salir del follón en que estás metido? ¿No podrías ir a la policía?

—No, eso es lo último que debería hacer. Me acusarían de asesinato en primer grado. Podría intentar conseguir una pena menos severa o pedirle a mi abogado que comprase al jurado... pero aun en el mejor de los casos, no habría quien me librase de contar con habitación y comida pagada los próximos diez o veinte años.

—No lo entiendo. ¿No podrías...?

—¿No podría qué?

—Contarles lo que me has contado a mí. Es una propuesta absurda, ¿verdad? Será por el brandy. ¿Por qué demonios iban a creerte? Nadie se traga una historia como esa... sólo una lesbiana que se gana la vida cortándole el pelo a los perros. Bernie, tiene que haber una solución... pero ¿cuál?

—Encontrar al verdadero asesino.

—Sí, claro —dijo al tiempo que se llevaba la mano a la frente—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Encontrar al verdadero asesino, resolver el crimen, recuperar el libro robado y todo acaba en final feliz, como en la tele, ¿no? Todo se resuelve antes de que salgan los créditos del final del capítulo.

—Y el avance del siguiente episodio —añadí—, no lo olvides.

Seguimos hablando por un buen rato. Luego, Carolyn empezó a bostezar y entendí la indirecta, de modo que propuse que nos fuésemos a dormir. No íbamos a solucionar nada, y nuestros cerebros estaban demasiado fatigados para funcionar correctamente.

—Ya que te quedas, dormirás en la cama.

—No seas ridícula. Dormiré en el sofá.

—El ridículo eres tú. Mides un metro ochenta, como la cama. Yo mido uno cincuenta, como el sofá. Menos mal que no ha venido el sij, porque no sabría dónde

meterlo.

—Pero es que...

—Es un sofá muy cómodo, he dormido muchas veces en él. Acabo ahí cada vez que Randy y yo nos medio peleamos.

—¿Qué es una medio pelea?

—Una en que no nos enfadamos lo suficiente como para que ella se marche a su apartamento.

—No sabía que tuviese un apartamento. Pensaba que vivíais juntas.

—Vivimos juntas, pero ella tiene un estudio en la calle Morton. Es más pequeño que este, aunque te cueste creerlo. Afortunadamente, tiene su propia casa, así podrá marcharse rápidamente cuando rompamos.

—Tal vez no deberías pasar aquí la noche, Carolyn... —Abrió la boca para decir algo pero la hice callar—. Si estás en casa de Randy es una cosa, pero si estás aquí pueden acusarte de ocultar a un fugitivo de la justicia y...

—Correré el riesgo, Bernie.

—Bueno...

—Además, puede que Randy no se haya marchado a Bath, después de todo. Tal vez esté en casa.

—¿No podrías quedarte con Randy de todos modos?

—No si está con otra persona en este mismo momento.

—Entiendo.

—Vivimos en un mundo en el que todo es posible. Te acuestas en la cama y yo utilizaré el sofá, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La ayudé a preparar el sofá. Se metió en el baño y salió con un pijama ridículo y amenazando con echarme si me reía. No me reí.

Lavé los cacharros que había en el fregadero, apagué la luz, me saqué la ropa y me metí en cama en calzoncillos. Ambos permanecemos en silencio por un rato, pero luego Carolyn dijo:

—¿Bern?

—¿Sí?

—No sé qué sabes acerca de las lesbianas, pero supongo que sabrás que muchas son bisexuales. Lesbianas ante todo, claro está, pero de vez en cuando se acuestan con algún hombre.

—Sí, lo sé.

—Yo no soy así.

—Nunca creí que lo fueses, Carolyn.

—Soy exclusivamente lesbiana.

—Eso imaginaba.

—Supongo que se sobreentendía, pero la experiencia me dice que muchas veces, aunque las cosas parezcan obvias, merece la pena ser claro, para evitar malos entendidos.

—Comprendo.

Se produjo un nuevo silencio.

—¿Bernie? Se llevó quinientos dólares y la cartera, ¿verdad?

—Además, llevaba unos doscientos dólares en la cartera. Bien mirado, me salió un poco caro el café.

—¿Con qué pagaste el taxi?

—¿Cómo?

—El taxi que tomaste para ir al centro y todas las herramientas para abrir mi puerta. ¿De dónde sacaste el dinero?

—¡Ah! —exclamé.

—¿Y bien? ¿No irás a decirme que llevas unos cuantos dólares en la suela del zapato por si se presenta una emergencia?

—No... —empecé—. Sería una buena idea pero no...

—¿Entonces?

—¿Recuerdas lo de mi salida por la escalera de incendios? Aquello de que intenté salir por la azotea pero no pude y tuve que entrar en un apartamento del cuarto piso...

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno... pues... una vez dentro, eché un vistazo. Abrí unos cuantos cajones...

—¿En el apartamento del cuarto piso!

—Así es. De entrada, no encontré más que calderilla, pero en uno de los botes de la cocina había unos cuantos billetes. Te sorprendería saber cuánta gente esconde el dinero en la cocina.

—¿Y lo cogiste?

—¡Claro! No eran más que sesenta dólares. Poco para retirarse de por vida pero suficiente para pagar el taxi y comprar las herramientas.

—Sesenta dólares.

—Digamos que sesenta y cinco. Y la pulsera.

—¿La pulsera?

—No pude resistir la tentación. Normalmente las joyas no me interesan, pero esa pulsera... Bueno... te la enseñaré por la mañana y verás.

—¿Me la enseñarás por la mañana?

—¡Por supuesto! Recuérdamelo si se me olvida.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa?

—No sé si te das cuenta, pero robaste en aquella casa.

—Bueno, Carolyn, soy un ladrón, ¿recuerdas?

—Supongo que tendré que acostumbrarme a la idea. Eres un ladrón. Entrás en las casas de otras personas y te llevas sus pertenencias. Robas cosas. Los ladrones hacen esa clase de cosas.

—Normalmente, sí.

—Te llevaste el dinero porque te hacía falta. Te habían robado tu propio dinero y tenías que escapar de las garras de la policía. El dinero estaba allí, de modo que lo cogiste.

—Eso es.

—Y robaste la pulsera porque... ¿Por qué robaste la pulsera, Bernie?

—Bueno...

—Porque estaba allí. Eso dicen los escaladores que suben el Everest. Pero no era una montaña, Bernie, era una pulsera y la robaste.

—Carolyn...

—Da igual, Bernie. Mejor lo dejamos estar. Ya me acostumbraré a la idea. ¿Me enseñarás la pulsera por la mañana?

—Te la enseño ahora mismo si lo prefieres.

—No, por la mañana me parece bien, Bernie. ¿Bernie?

—¿Qué?

—Buenas noches, Bernie.

—Buenas noches, Carolyn.

Escuchaba uno de esos programas de radio que informan sobre el tiempo y el tráfico con tal detalle que llegan a aburrir al más interesado por la cuestión. Me enteré de que había un gran atasco en la entrada de Major Deegan y que las probabilidades de que lloviese eran de un treinta por ciento.

—Algo no anda bien con los partes meteorológicos —comenté—. ¿Te has dado cuenta de que en lugar de decirte qué va a ocurrir te bombardean con estadísticas?

—Sí, lo sé.

—Así no se equivocan jamás, porque nunca toman partido por una opción u otra. Si dicen que hay un cinco por ciento de posibilidades de que nieve y acabamos con nieve hasta las orejas, entraba dentro de las previsiones. Han transformado la información sobre el tiempo en una especie de lotería celeste.

—¿Quieres otro panecillo, Bernie?

—Gracias. —Lo cogí, lo unté con mantequilla y proseguí—: Todo encaja, forma parte del declive moral de la nación. La lotería, las apuestas, los casinos de Atlantic City. ¿Puedes explicarme qué significa que existe un treinta por ciento de posibilidades de que llueva? ¿Qué se supone que tengo que hacer, coger un treinta por ciento de mi paraguas?

—Escucha, van a dar las noticias.

Me comí el panecillo, di un sorbo al café y escuché. Aparte de la reacción que había producido en mí el parte meteorológico, me encontraba de muy buen humor. Había dormido de un tirón y me sentía descansado. Y el café de Carolyn sin achicoria ni gotas de somnífero me había puesto de nuevo en marcha.

Me enteré de que había entrado en la casa de la calle Sesenta y seis por la escalera de incendios, yendo directamente al cuarto piso y visitando el apartamento de Arthur Blinn y señora. Al parecer, allí había robado una suma no revelada de dinero, una pulsera de diamantes, un reloj Piaget, varias joyas más y un abrigo de marta. Luego había bajado al apartamento 3-D, en el que la pobre Madeleine Porlock me había descubierto en plena faena. Eso me había forzado a matarla de un disparo con un arma del 32. Dejé la pistola y emprendí la huida a través de la misma escalera de incendios, momentos antes de que la policía llegase al lugar del crimen.

Cuando el locutor cambió de tema, apagué la radio. Carolyn me miraba divertida. Hurgué en los bolsillos de mi pantalón hasta dar con la pulsera y la puse encima de la mesa, para que la viera. La hizo girar y los brillantes empezaron a brillar.

—Es preciosa —concedió—. ¿Cuánto cuesta?

—Supongo que podría venderla por unos cientos de dólares. Las joyas modernistas causan furor hoy en día. Pero la robé porque me gustaba, nada más.

—¿Qué aspecto tenía el abrigo?

—Ni siquiera abrí el armario. De modo que pensaste que... —Sacudí la cabeza—. Una muestra más del declive moral de la nación —insistí—. No robé más que el dinero y la pulsera, Carolyn. Imagino que los Blinn decidieron aprovechar la ocasión para estafar a su compañía de seguros.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que habrán decidido que ya que pasan el año pagando cuotas, podían sacar algún provecho del robo. Un abrigo, un reloj, varias joyas... estoy seguro de que han denunciado el robo de más dinero del que yo me llevé. Y aunque la compañía de seguros recorte un poco, acabarán consiguiendo cuatro o cinco de los grandes por las molestias.

—¡Madre mía! —exclamó—. Todos somos unos ladrones.

—No exactamente —maticé—. Pero en ocasiones lo parece.

Hice la cama mientras Carolyn lavaba los platos del desayuno. Luego nos sentamos a tomar el último café y a pensar por dónde empezar a buscar. Había dos cabos sueltos que teníamos que investigar: Madeleine Porlock y Rudyard Whelkin.

—Si supiésemos dónde está —dije—, tal vez pudiésemos dar con una solución a todo esto.

—Bueno, por lo menos sabemos dónde está ella.

—Pero no sabemos quién es. O quién era. Ojalá tuviese mi cartera conmigo. Tenía su tarjeta. Vivía cerca de la calle Treinta, pero no recuerdo los datos exactos.

—Está difícil la cosa.

—Tal vez recuerde el número de teléfono. Ayer lo marqué muchas veces.

Levanté el auricular y marqué los tres primeros números confiando en que los demás acudiesen a mi mente por sí solos. Pero al cabo de un rato me rendí y colgué. Tampoco figuraba en la guía telefónica ni supieron darme el número en información. Sin embargo, en el listín aparecía un M. Porlock, y no sé bien por qué, decidí llamar. Dejé sonar varias veces y colgué.

—Tal vez fuese mejor empezar por el sij —propuso Carolyn.

—No sabemos ni cómo se llama.

—Tienes razón.

—En el periódico tienen que contar algo de ella. En la radio sólo dicen generalidades, pero supongo que en el *Times* encontraremos datos más precisos. Por ejemplo, dónde trabajaba, si estaba o no casada y esa clase de cosas.

—Y Whelkin era miembro del club Martingale.

—Es verdad.

—De modo que ya tenemos por dónde empezar a buscar, Bernie. Vuelvo enseguida.

A los diez minutos llegó con dos periódicos. Ella leyó el *News* y yo el *Times*.

Después los intercambiamos.

—No hemos avanzado mucho —admití.

—Bueno, algo. ¿A quién quieres investigar tú, a Whelkin o a Porlock?

—¿No tienes que bañar a ningún caniche?

—Yo me encargo de Whelkin y tú de Porlock. ¿Te parece bien, Bernie?

—Me parece bien.

—Me daré una vuelta por el club. Tal vez me entere de algo.

—Es posible.

—¿Tú qué piensas hacer? No irás a salir del apartamento, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Veré qué puedo averiguar a través del teléfono.

—Me parece bien.

—Creo que me pondré a rezar un rato.

—¿A quién? ¿A san Dimas?

—¿Por qué no?

—O mejor al patrón de los objetos perdidos, porque se trata de recuperar el libro.

—Antonio de Padua.

—Eso es.

—De hecho —dije—, yo pensaba más bien en san Ramón Nonato, el patrón de los acusados injustamente.

Me miró perpleja.

—Te lo acabas de inventar.

—Estás siendo injusta conmigo, Carolyn.

—¿No me estás mintiendo?

—No.

—¿Realmente existe un patrón de...?

—Sí.

—Bueno, no importa a quién, pero reza algo —sentenció.

Al cabo de unos minutos de que Carolyn se hubo marchado, llamaron por teléfono. Sonó cinco veces y paró. Cogí el *Times* y volvió a sonar doce veces antes de darse por vencido. A mí me pareció una eternidad.

Me concentré de nuevo en el *Times*. Me enteré de que Madeleine Porlock tenía cuarenta y dos años y era psicoterapeuta. El *Daily News* informaba acerca de su edad, pero no mencionaba qué hacía para ganarse la vida. Intenté imaginármela tomando notas y haciéndome preguntas con acento vienés. Debía de tener una consulta en algún lugar. El sofá Victoriano del salón no tenía demasiado que ver con un diván de psicoanalista.

Tal vez Whelkin fuese paciente suyo. Tal vez le explicase su plan para hacerse con *La rendición del fuerte Bucklow*. Ella lo hipnotizó y lo obligó a llamarme. Luego,

al despertar, él la mató, se llevó el libro y...

Telefoné al *Times* y me pasaron con alguien de la sección de sucesos. Expliqué que era Art Matlovich, del *Cleveland Plain Dealer*. Pensábamos que Madeleine Porlock podía ser una antigua residente de Cleveland y nos gustaría saber si tenían más datos sobre ella aparte de los que habían publicado.

No tenían nada interesante. Nada que ayudase a determinar dónde vivía antes de instalarse en la calle Sesenta y seis, catorce meses atrás. No sabían si había vivido en Cleveland, ni siquiera si había sobrevolado el estado de Ohio.

También llamé al *News*, con resultados igualmente descorazonadores. El hombre con el que hablé me dijo que no tenía noticia de que Madeleine Porlock fuese psiquiatra y que no sabía de dónde habían sacado el dato los del *Times*. A él le parecía que era, sencillamente, la amante de algún pez gordo, pero que no pensaban seguir investigando porque, a fin de cuentas, no se trataba más que de un robo que había degenerado en asesinato... nada espectacular.

—La historia no tiene mucho interés para nosotros —me explicó—. La hemos publicado porque ocurrió en la zona alta de la ciudad. Para que me entienda, es un barrio muy chic. No sé cuál sería el equivalente en Cleveland.

Yo tampoco, de modo que no insistí.

—A ese Rhodenbarr —prosiguió el periodista—, lo pillarán tarde o temprano, y ahí acabará la historia. No hay móvil sexual ni nada que pudiese darle un poco de morbo al caso. Sólo era un ladrón.

—Sólo un ladrón —repetí.

—Sí, un ladrón que esta vez ha matado a una persona. Cuando lo pillen va a caerle una buena condena. Es un tipo que ya había salido en los periódicos. En relación con otro asesinato que se había producido mientras robaba en una casa. Hasta ahora se había librado de problemas, pero esta vez no tiene escapatoria.

—No crea —dije.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que nunca se sabe —contesté para salir del paso—. Ya sabe, los criminales de hoy en día encuentran formas curiosas de eludir la justicia.

—¡Jesús! —exclamó—. Habla igual que nuestro redactor jefe.

Apenas colgué, el teléfono se puso a sonar. Me preparé un café. El teléfono dejó de sonar. Me acerqué, dispuesto a realizar otra llamada, pero empezó a sonar de nuevo. Esperé a que dejase de hacerlo y a continuación llamé a la policía. Me identifiqué como Phil Urbanik, del *Minneapolis Tribune*. Estaba harto de hablar de Cleveland. Me pasaron de agente en agente, con largos intervalos de espera, hasta que comprendí que en comisaría nadie sabía nada acerca de Madeleine Porlock salvo que estaba muerta. El último policía con el que hablé estaba seguro de algo más.

—Está claro —sentenció—. Rhodenbarr la asesinó. De un solo disparo, cerca, en

plena frente. El informe del forense dice que la muerte fue instantánea, claro que no hace falta ser médico para decir algo así. El apartamento estaba repleto de huellas.

—Debía de estar distraído —sugerí.

—Yo creo que está envejeciendo. Está perdiendo reflejos. Se trata de un tipo que solía usar guantes de goma con las palmas recortadas, para evitar ir dejando huellas.

—¿Lo conoce?

—No, pero he visto los informes sobre él. Era bastante bueno y nunca se había metido en asuntos violentos, y de pronto deja todo perdido de huellas y mata a una mujer. ¿Sabe a qué me huele todo esto? A un asunto de drogas.

—¿Cree que se droga?

—Creo que si a alguien le falta una dosis es capaz de cualquier cosa.

—¿Y el arma? ¿Es de él?

—Tal vez la encontrase en la casa. No hemos dado con el dueño, todavía. Tal vez la señorita Porlock la guardaba para defenderse. No figura en ningún registro, pero ¿qué importancia tiene eso? Tal vez la robó en el apartamento de arriba. La pareja del cuarto sostiene que no tenían pistola alguna. Pero si no era legal, es lógico que lo nieguen. De todos modos, ¿por qué pregunta por el arma?

—Simple curiosidad.

—¿De dónde dijo que era, de Minneapolis?

—Así es —respondí—. Bueno, supongo que con eso ya podré darle un enfoque más humano al reportaje. ¿Puedo decir que están a punto de detenerle?

—Lo cogemos —me aseguró—. Los delincuentes como Rhodenbarr son animales de costumbres. Volverá a las andadas y lo pillaremos. Sólo es cuestión de tiempo.

La puerta se abrió y quedé oculto tras ella. Carolyn entró y me llamó.

—Detrás de ti —dije lo más suavemente posible. Se llevó la mano al pecho como si quisiera colocarse el corazón de nuevo en su sitio.

—¡Por Dios, no me hagas esto! —protestó.

—Lo siento. No sabía si eras tú.

—¿Quién si no?

—Podría haber sido Randy.

—Randy... —dijo con pesar. Los gatos se acercaron a ella y comenzaron a dar vueltas alrededor de sus tobillos—. Randy. No ha llamado, ¿verdad?

—Puede que sí. El teléfono sonó varias veces, pero preferí no contestar.

—Lo sé. Yo misma he telefoneado un par de veces y al ver que no contestabas imaginé que era por precaución. Pero temí que te hubiese dado la locura de salir a la calle, de modo que cuando llegué y vi que no estabas... y de pronto apareces detrás de mí... No vuelvas a hacer algo así, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Hoy he estado muy ocupada. ¿Qué hora es? ¿Las dos, casi? He estado fisgando por mil lugares. He encontrado algo que puede ser interesante. ¿Qué es esto?

—Necesito que hagas una llamada por mí.

Cogió la hoja que le tendía sin dejar de mirarme.

—¿No quieres saber qué he averiguado?

—Enseguida, pero antes quiero que llames al *Times* y pidas que publiquen este anuncio, antes del cierre.

—¿Qué anuncio?

—El que acabo de darte. En la sección de anuncios por palabras.

—Tienes una letra infecta, deberías de haber sido médico. ¿Nadie te lo había dicho? «Billete para viaje organizado compañía Kipling. Destino: fuerte Bucklow. Interesados contacten 989 54 40». ¡Ese es mi número!

—¿En serio?

—¿Vas a poner mi número en el periódico?

—¿Por qué no?

—Alguien podría darse cuenta y venir hasta aquí.

—¿Cómo, colándose a través de los cables? Tu teléfono no figura en la guía.

—No, no es cierto. He alquilado este apartamento, Bernie. El teléfono figura a nombre del tipo que me lo alquiló: Nathan Aranow. Es como no figurar en la guía, pero te ahorras el tener que pagar por ello. Así, cuando alguien llama preguntando por Nathan Aranow sé que es un pesado que quiere venderme una enciclopedia o algo así. Me gustaría poder decirte lo contrario, pero este número sí figura en la guía.

—¿Y?

—Y por lo tanto, basta consultar la guía para saber la dirección. Junto al teléfono aparece: Nathan Aranow, Arbor Court 64.

—Carolyn, ¿quieres decir que alguien podría ponerse a revisar todo el listín telefónico hasta dar con el número, apuntar la dirección y venir hasta aquí?

—¿No se puede conseguir una dirección teniendo un número?

—No.

—Espero que nadie tenga la paciencia de revisar la guía, porque Aranow está justo al principio.

—Tal vez empiecen por el final.

—Eso espero. Este anuncio...

—Hay muchas personas deseosas de ponerle la mano encima a este libro —expliqué—. Personas que no se conocen entre sí, si he entendido bien. Y sólo una de ellas sabe que no tengo el libro. De modo que si finjo tenerlo, tal vez alguien se ponga en contacto conmigo y yo consiga entender qué está pasando.

—Parece lógico. ¿Por qué no pusiste el anuncio personalmente? ¿Temías que

alguien reconociera tu voz en el departamento de anuncios por palabras del *Times*?

—No.

—¿Piensas que alguien diría: «Este es Bernard G. Rhodenbarr, el ladrón; voy a meterme en la línea telefónica y detenerlo»? Bernie, crees que mi miedo a publicar el número es algo paranoico y te asusta hacer una simple llamada...

—Siempre vuelven a llamar.

—¿Cómo dices?

—Cuando pones un anuncio con un número de teléfono, llaman para comprobar que no se trata de una broma. El teléfono llevaba toda la mañana sonando sin que me atreviese a descolgar. Pensé que si los del *Times* telefoneaban para comprobar lo del anuncio, no sabría si eran ellos o no. Llámame paranoico, si quieres, pero pensé que sería más sencillo esperar a que regresases y pedirte que pusieras el anuncio. Aunque empiezo a dudar de que sea una buena idea. Me harás este favor, ¿verdad?

—¡Claro! —contestó.

Antes de que pudiera hacerlo, el teléfono empezó a sonar. Descolgó el auricular y dijo:

—¿Dígame? —y añadió—: Escucha, ahora no puedo hablar contigo. Dime dónde estás y te llamaré en unos minutos. —Pausa—. ¿Que si estoy con alguien? No, claro que no. —Pausa—. Estaba en la tienda. Bueno, en realidad estuve entrando y saliendo todo el día. —Pausa—. ¡Maldita sea! Te he dicho que no puedo hablar contigo ahora. —Se quedó mirando el auricular y me explicó indignada—: ¡Me ha colgado!

—¿Era Randy?

—¿Quién si no? Pensó que estaba con alguien.

—Lo estás.

—Sí, pero pensó que se trataba de una mujer.

—Debe de ser que tengo la voz muy aguda...

—¿Qué dices? No pronunciaste una sola palabra. Ah... ¡entiendo! Es una broma, ¿verdad?

—Eso creo, sí.

—Bueno, está bien. —Miró el auricular, sacudió la cabeza y descolgó—. Ha estado llamando toda la mañana a casa —explicó— y también a la tienda. Y, claro, yo no estaba, y ahora cree que... —La comisura de sus labios se curvó hasta formar una mueca de disgusto—. ¿Qué te parece? ¡La muy bruja está celosa!

—¿Eso es bueno?

—Bueno es poco.

El teléfono volvió a sonar, era Randy. Intenté no prestar atención a la conversación. Al final, Carolyn dijo:

—¿De modo que quieres saber con quién estoy? Muy bien, te diré con quién

estoy. Estoy con mi tía de Bath Beach. ¿Crees que eres la única mujer de Manhattan que tiene una tía en Bath Beach? —Colgó, evidentemente satisfecha, y me dijo—: Pásame ese anuncio. Rápido, antes de que vuelva a llamar. No te imaginas lo celosa que se ha puesto.

Puso el anuncio y contestó a la llamada de comprobación del periódico. Luego, mientras buscaba algo de comida —pan, queso y unos botellines de cerveza—, volvió a sonar el teléfono.

—Seguro que es Randy —comentó—. No pienso contestar.

—Me parece bien.

—Menuda mañanita te habrán dado con el teléfono, ¿verdad? ¿Ha sonado muchas veces?

—Unas ocho o diez. Nada más.

—¿Has averiguado algo sobre Madeleine Porlock?

Le conté el resultado de las llamadas que había realizado.

—No hemos avanzado demasiado —concluyó.

—Casi nada.

—Yo he descubierto algo acerca de tu amigo Whelkin, pero ignoro si es relevante o no. No es miembro del club Martingale.

—No seas tonta... Comí con él en el club.

—El club Martingale de Nueva York mantiene algo llamado «reciprocidad» con un club londinense llamado Poindexter. ¿Te suena?

—No.

—A mí tampoco. El tipo del Martingale con el que hablé me contó como si fuera secreto de estado, que el club mantenía relaciones de reciprocidad con tres clubes londinenses: el White, el Poindexter y el Dolphin. Ninguno me suena.

—A mí me suena el White.

—En fin, así es como Whelkin pudo entrar como invitado. Aunque creía que era americano.

—Me parece que lo es. Tenía un ligero acento inglés, pero podía ser un deje esnob, algo que le enseñaron en el bachillerato. —Intenté recordar nuestra conversación—. No —sentencié—. Es americano. Comentó que había viajado a Londres para asistir a la subasta del libro y se refirió a los ingleses como a «nuestros primos de más allá del charco».

—¿En serio?

—En serio. Supongo que se puede ser americano y miembro de un club londinense y utilizar el club inglés para entrar en el Martingale por la puerta grande. ¿Por qué no?

—Todo es posible.

—¿Sabes qué creo?

—Que es un farsante.

—Un farsante que me saca de mis casillas, eso es. ¡Dios!, cuanto más lo pienso, más me parece un farsante... Y yo he aceptado robar el libro sin ver un centavo antes. De pronto me parece que todo estaba preparado. Todas aquellas gilipolleces sobre Haggard y Kipling y tanto citar poemas...

—¿Crees que lo inventó todo?

—No, pero...

—Déjame en paz, *Ubi*. Ni siquiera te gusta el Jarlsberg. —*Ubi* era el diminutivo de *Ubicuo*, que era el nombre del gato persa. Jarlsberg no era el gato siamés (como alguien podría temer) sino la clase de queso que comíamos. El siamés se llamaba *Archie*.

—Tal vez ese libro no exista, Bernie.

—Lo tuve en mis manos, Carolyn.

—Claro, tienes razón.

—Antes, mientras pensaba en las distintas hipótesis, se me ocurrió que tal vez no fuese un libro de verdad... Podría estar agujereado y lleno de heroína o algo así.

—Podría ser.

—Pero no, no puede ser. Porque estuve hojeándolo. Incluso leí unos párrafos. Era un libro de verdad. Un ejemplar antiguo auténtico, en condiciones bastante cochambrosas. Ahora pienso que tal vez fuese un ejemplar falso.

—¿Falso?

—Sí. Imaginemos que Kipling destruyó hasta el último ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow*. Y que Haggard no conservaba ninguno o, de hacerlo, se perdió para siempre. —Carolyn asentía con la cabeza incitándome a que prosiguiera con la hipótesis—. Bien, entonces alguien pudo inventar un ejemplar con un texto falso. Entiendo que escribir una balada tan larga no es tarea sencilla, pero Kipling es un autor relativamente fácil de imitar. Cualquier poeta que se gane la vida redactando tarjetas de felicitación podría haberlo plagiado en sus horas libres.

—¿Y entonces?

—No podría venderse como un manuscrito original porque se notaría el fraude, pero si se imprimiera... —Sacudí la cabeza—. Ahí es donde dejo de verlo claro. Se puede imprimir un ejemplar, encuadernarlo y envejecerlo... También se puede falsificar la dedicatoria a H. Rider Haggard para que pase la prueba de los expertos, pero... ¿ves el problema?

—Es demasiado complicado.

—Exacto. Es tremendamente complicado, y muy caro. Como en esas películas en que los estafadores tienen que invertir millones de dólares en preparativos y equipo para robar unos cientos de miles. Ningún estafador en su sano juicio se embarcaría en semejante berenjenal para vender un libro por quince mil dólares.

—Puede que valga más que eso. Quince mil dólares es el precio que inventó Whelkin.

—Tienes razón. Quince mil dólares no tiene por qué significar nada, sobre todo cuando ni siquiera los has oído. —Suspiré, pensativo—. No —proseguí—. Reconozco un libro viejo en cuanto lo veo. Pasan cientos por mis manos cada día, y los libros viejos son distintos de los nuevos. El papel tiene otro aspecto cuando lleva cincuenta años dando vueltas. Podrían haberlo confeccionado con papel viejo, claro... pero sería demasiada molestia. El libro era auténtico, Carolyn. Estoy seguro.

—Hablando de los libros viejos que miras cada día...

—¿Qué ocurre?

—Alguien está vigilando tu librería. Fui un rato a mi negocio, tenía que lavar a un perro y no pude anular la cita. Había un coche aparcado frente a la librería, y seguía allí cuando pasé por segunda vez.

—¿Te fijaste bien?

—No. Ni apunté la matrícula. Supongo que debería haberlo hecho, ¿no?

—¿Para qué?

—No lo sé.

—Seguramente se trataba de la policía —expliqué—. Intentan localizarme.

—¡Ah!

—Supongo que también montarán guardia frente a mi apartamento.

—Es lo que suelen hacer, ¿no?

—Bueno, eso sale en la televisión. El policía con quien hablé por teléfono dijo que me cogerían cuando volviese a mis viejas costumbres... supongo que se refería a la librería y el apartamento.

—O a mi casa. Somos amigos, vienes mucho por aquí. Si van preguntando por ahí, se enterarán tarde o temprano, ¿no te parece?

—Espero que no —musité. El teléfono sonó. Nos miramos, inquietos, y no pronunciamos palabra hasta que dejó de sonar.

A las seis y cuarto estaba sentado a la barra del Red Flame, en la confluencia de las calles Diecisiete y West End. Tomaba un café y un trozo de pastel sin mucho interés. Los otros dos clientes del bar, una pareja de adolescentes, sólo tenían ojos el uno para el otro. Al camarero no parecía que nada le importase demasiado: estaba al lado de la máquina de café, mascando un palillo mentolado, con la mirada fija en la pared de enfrente, en la que había un bajorrelieve que representaba a unos jóvenes de piel aceitunada guiando un rebaño por las montañas de Grecia. De vez en cuando sacudía lentamente la cabeza... Quizá se preguntaba qué demonios hacía él allí.

Yo miraba la ventana, pero pensaba más o menos lo mismo. Desde donde estaba podía ver mi edificio. Ya lo había visto mejor cuando había pasado por la acera de enfrente, unos minutos antes, pero no me había atrevido a acercarme lo suficiente para saber si había o no policías apostados en la entrada o en las inmediaciones. En teoría no debía preocuparme por ello, pero en teoría los abejorros no deberían poder volar... ¿Qué fe puede tener uno en la teoría?

Uno de los adolescentes dejó escapar una risilla. El camarero bostezó y se rascó. Yo miré por la ventana por cuadragésima vez y vi que Carolyn se alejaba en dirección a West End con mi maletín en la mano. Dejé unas monedas sobre el mostrador y salí a su encuentro.

Se la veía radiante.

—Ha sido facilísimo —explicó—. Esto de robar está chupado, Bern.

—No olvides que llevabas mis llaves, Carolyn.

—Eso no hizo más que complicarlo todo. Tuve que buscar la llave que correspondía a cada cerradura y me llevó un buen rato.

—¿No tuviste problemas al entrar en el edificio?

Negó con la cabeza.

—La señora Hersch se portó estupendamente. El portero la llamó por el interfono y ella le pidió que me dejase subir y fue a recogerme al ascensor.

Yo había telefoneado a la señora Hersch para pedirle aquel favor. Se trataba de una viuda que vivía en el apartamento de enfrente. Era la clase de persona que piensa que ser ladrón es la clase de defecto que uno puede perdonar fácilmente cuando se trata de un amigo o un vecino.

—No era preciso que fuese a buscarte —comenté.

—Bueno, supongo que quería asegurarse de que no me equivocaba de puerta. Aunque me parece que más bien quería echarme un buen vistazo. Parece un poco preocupada por ti, Bern.

—¿Qué demonios...! Yo también estoy un poco preocupado por mí...

—Me dijo que pensaba que con eso de la librería te habías vuelto una persona

respetable. Pero cuando ayer por la noche se enteró del asesinato de Madeleine Porlock, empezó a preocuparse en serio. Aunque está segura de que no has podido matar a nadie.

—¡Menos mal!

—Creo que le gusté. Pretendía que me quedase a tomar un café, pero le dije que no tenía tiempo.

—Prepara un café excelente.

—Eso dijo. Me explicó que a ti te gustaba mucho su café, y dio a entender que necesitas a alguien que te haga el café todos los días. Le parece que eso de vivir en el West Side y robar en el East Side te convierte en una especie de Robin Hood, pero que hay momentos en la vida en que un hombre debe plantearse casarse y sentar la cabeza.

—Me alegra que simpatizaseis la una con la otra.

—Bueno, sólo charlamos unos minutos. Luego, entré a saquear tu apartamento. —Levantó el maletín—. Creo que no me olvido nada: las herramientas de ladrón, la linterna... todo cuanto me pediste. Camisas, calcetines y ropa interior. En el cajón de tu cómoda había algo de dinero.

—¿En serio?

—Treinta y ocho dólares.

—Si tú lo dices.

—Lo cogí.

—Oh... No creo que treinta y ocho dólares de más o de menos hagan mucho. Pero no me hará ningún daño tenerlos.

Carolyn se encogió de hombros.

—Tú dijiste que siempre cogías el dinero —me recordó—. De modo que seguí tu ejemplo.

—Es un buen planteamiento. ¿Sabes algo? No creo que logremos pillar un taxi.

—Con esta lluvia, imposible. ¿Qué te parece si tomamos el metro? No, no desde aquí. ¿No había un autobús que pasaba por la calle Setenta y nueve?

—Cuando te busca la policía, lo mejor es evitar los autobuses. Te ve demasiada gente.

—Supongo que más tarde o más temprano lograremos encontrar un taxi.

Cogí el maletín y le ofrecí mi brazo a Carolyn.

—¡A la porra con todo! —exclamé—. Robaremos un coche.

El Pontiac seguía donde lo había dejado. A veces el servicio de grúas municipales no es tan eficaz como debería, y el propietario del Pontiac estaba sacando demasiado provecho de ello. Abrí la puerta del lado del acompañante y saqué la multa que había en el limpiaparabrisas mientras Carolyn le sacaba el seguro a mi puerta.

—¿Lo ve? —dijo un peatón—. Le han puesto una multa. ¿No le advertí de que iban a ponerle una multa?

De entrada no lo reconocí, pero luego vi el perro al final de la correa que llevaba en la mano.

—Más tarde o más temprano vendrá la grúa y se llevará su coche —prosiguió—. ¿Qué hará entonces, eh?

—Buscaré otro coche —contesté.

Sacudió la cabeza y tiró con impaciencia de la correa del perro.

—Venga *Max* —dijo—. Hay gente con la que no se puede hablar.

Me metí en el coche e intenté ponerlo en marcha. Carolyn me observaba fascinada y hasta que giramos en la siguiente calle, no me preguntó quién era aquel hombre ni qué quería.

—Quería ayudar —expliqué—. Pero es un plasta. El perro parece simpático. Se llama *Max*. Me refiero al perro.

—Tiene buena pinta, pero debe de ser un horror a la hora de bañarlo.

Aparqué el Pontiac en una parada de autobús cerca del lugar al que nos dirigíamos. Carolyn me recordó que podía llevárselo la grúa y yo respondí que no me importaba. Cogí las herramientas y dejé la maleta con la ropa en el asiento de atrás.

—Imagina que la grúa se llevase el coche —apuntó Carolyn—. Podrían identificar la ropa y sabrían que has estado aquí y...

—Ves demasiada televisión —sentenció—. Cuando la grúa se lleva un coche, lo dejan en un aparcamiento municipal y esperan a que el dueño se presente para recuperarlo. No se ponen a comprobar qué hay dentro. Podría haber un cadáver en el maletero y no se darían cuenta.

—Habría preferido que no dijese eso.

—No hay nada en el maletero.

—¿Por qué estás tan seguro?

Giramos en la primera bocacalle. No parecía que nadie vigilase la pequeña y elegante casa marrón. En la galería, una mujer regaba las plantas con una regadera estilizada. La regadera era de cobre, las plantas estaban verdes y frondosas. Era la clásica estampa de un hogar burgués en todo su esplendor. Fuera, bajo la lluvia, tuve la sensación de ser uno de esos sin hogar de las novelas victorianas.

Miré hacia arriba. Había luces encendidas en los pisos tercero y cuarto, pero no me servía de nada saberlo. Los apartamentos que me interesaban daban a la parte de atrás del edificio.

Entramos en el vestíbulo.

—No tienes por qué acompañarme —expliqué.

—Llama a la puerta, Bern.

—Hablo en serio. Podrías esperar en el coche.

—¡Fantástico! Me sentiré mucho más segura esperando en un coche robado aparcado ante una parada de autobús. ¿Por qué no te espero en el metro? Podría agarrarme a los raíles para estar segura de que me atropellen.

—Podrías esperar media hora en el bar de la esquina. ¿Qué pasará si entramos en el apartamento y está lleno de policías?

—Llama al timbre, Bernie.

—No me gusta que corras peligro.

—A mí tampoco, pero ya hemos hablado de ello, ¿no? Les diré que no se les ocurra pasarse de listos mientras tú estás abajo. No hay nada que discutir, Bern, me pareció bien cuando lo decidimos y sigue pareciéndomelo ahora. ¿Quieres saber qué pienso? Que tal vez sea más peligroso que pasemos seis horas discutiendo en el vestíbulo acerca de qué es peligroso y qué no. De modo que llama al timbre y déjalo estar, ¿de acuerdo?

Antes, pulsé el timbre que rezaba *Porlock*. Llamé tres veces, esperé unos segundos e insistí de nuevo. Esperaba que nadie contestase y me alegré de que así fuera. Pasé del timbre de los Porlock al de los Blinn. Di un timbrazo largo y dos cortos y casi de inmediato la puerta se abrió con un zumbido. La empujé y entramos.

—¡Maldición! —exclamó Carolyn. La miré, perplejo, y dijo—: Me apetecía ver cómo forzabas la puerta. Eso es todo.

Subimos por las escaleras y nos detuvimos en el tercer piso, para echar un vistazo a la puerta 3-D. Como imaginaba, la policía había sellado la entrada. La puerta estaba llena de cinta oficial. Podría haberlo roto con una navaja, pero eso habría sido tanto como decir que había pasado por allí.

Sin embargo, seguimos subiendo. La puerta del apartamento 4-C estaba cerrada. Carolyn y yo nos miramos. Luego, llamé con los nudillos.

La puerta se abrió. Arthur Blinn nos invitó a entrar.

—Pasen, pasen —nos conminó—. No se queden ahí toda la noche. —Tenía tal prisa por cerrar la puerta que a punto estuvo de dar un golpe a Carolyn. Cuando hubo cerrado y pasado todos los cerrojos, dijo:

—Ya puedes estar tranquila, Gert. Es el ladrón.

Formaban una pareja encantadora. Bajitos y regordetes como pandas. Ambos tenían el cabello oscuro y rizado, aunque a él casi no le quedaba nada sobre la frente. Ella vestía un pantalón verde oscuro de poliéster y él un traje gris. Llevaba el botón superior de la camisa desabrochado y se había aflojado la corbata. La mujer sirvió un café y nos ofreció unos pasteles. Mientras, él repetía una y otra vez lo mucho que se alegraba de vernos.

—Porque, ya le dije a Gert: «¿Y si es una trampa? ¿Y si son los de la compañía de

seguros que quieren estafarnos?». Porque, en serio, señor Rhodenbarr, ¿dónde se ha visto cosa semejante? Un ladrón que llama y dice: «Hola, soy el ladrón de su vecindario y si colaboran conmigo no llamaré a la compañía de seguros para informarles de que han mentado». Pensaba que un ladrón metido en problemas como usted, acusado de matar a una mujer y Dios sabe qué más, no se dedicaba a ir de puerta en puerta diciendo que no había robado ningún abrigo ni ningún reloj.

—Yo no entendía para qué iba usted a volver por aquí —intervino Gert—. Temí que quisiese deshacerse de los testigos, y le dije a Artie que debíamos tener cuidado. A fin de cuentas, ya había matado a una persona.

—Pero yo le contesté que nosotros no éramos testigos de nada. Le dije que dejase a un lado sus recelos, que cruzásemos los dedos esperando que sólo se tratase del ladrón. Todo lo que queremos es que la compañía de seguros pague. ¿No le gustan los dulces, jovencita?

—Están deliciosos —contestó Carolyn—. Bernie no ha matado a nadie, señora Blinn.

—Llámame Gert, cielo.

—No ha matado a nadie, Gert.

—Te creo, cielo. Al conocerlo, al veros a los dos juntos, me quedo totalmente tranquila.

—Le tendieron una trampa, Gert. Por eso estamos aquí. Para encontrar al verdadero asesino de Madeleine Porlock.

—Si supiésemos quién es, se lo diríamos sin dudar —musitó Arthur Blinn—, pero ¿qué podemos saber nosotros?

—Eran vecinos. Supongo que sabrán algo de ella.

Se miraron mutuamente y se encogieron de hombros casi a la vez.

—No era nuestra vecina directa —explicó Gert—. No sabemos si daba fiestas o ponía la música demasiado alta.

—Como el señor Mboka —añadió Artie.

—Es el inquilino del 3-C —aclaró Gert—. Es africano, ya sabe, creo que trabaja en la ONU o algo así. Alguien me dijo una vez que era traductor.

—Toca la batería —acotó Artie.

—No lo sabemos, Artie. O toca la batería o pone discos de música de percusión.

—Viene a ser lo mismo.

—Pero no le hemos dicho nada porque pensamos que puede tratarse de alguna ceremonia religiosa y no queremos interferir en sus costumbres.

—Además, Gert cree que es caníbal, y le da miedo hablar con él.

—No pienso que sea caníbal —protestó Gert—. ¿Cuándo he dicho yo semejante cosa?

Carraspeé.

—Tal vez podrían hablar con Carolyn acerca de Madeleine Porlock —sugerí—. Les ruego que me disculpen unos minutos.

—¿Quiere ir al baño?

—No, voy a la escalera de incendios.

Blinn me miró sorprendido y molesto, pero luego comprendió, relajó el gesto y asintió enérgicamente.

—Entiendo. Creí que... Bueno, da igual. La escalera de incendios. Da al dormitorio. Ya conoce el camino, ¿verdad? Estuvo aquí ayer. No es agradable, ¿sabe?, pensar que alguien ha entrado en nuestro apartamento. Bueno, ahora que lo conocemos y conocemos a Carolyn, estamos más tranquilos. Pero cuando nos enteramos ayer, bueno, ya se imaginará cómo nos sentimos.

—Debió de ser inquietante.

—Eso mismo, inquietante. Gert llamó al dueño para decirle que se había roto un cristal, pero no es fácil que nos haga caso. Antes de Navidad suele estar de mejor talante, así pues, tal vez logremos que nos lo arreglen pronto. Mientras tanto he pegado una cartulina para frenar el viento y la lluvia.

—Siento haber tenido que romper el cristal.

—No se preocupe, son cosas que pasan.

Abrí la ventana y salí a la escalera de incendios. La lluvia había arreciado, el viento soplaba fuerte y hacía frío. El señor Blinn cerró la ventana y estaba a punto de pasar el cerrojo cuando golpeé el cristal. Captó el mensaje y dejó la ventana abierta. Sonrió y sacudió la cabeza, como excusándose por su error táctico. Se alejó hablando solo y yo bajé unos cuantos peldaños.

Esa vez iba perfectamente equipado. Llevaba mi cuchillo cortacristales y un rollo de cinta adhesiva, de modo que los usé para abrir la ventana de Madeleine Porlock. Una vez abierto el cerrojo, entré en el apartamento.

—A esto me refería antes —protestó Gert—. Escuche. ¿Lo oye?

—¿La batería?

Asintió.

—Es Mboka. ¿Qué le parece, es él el que toca o se trata de un disco? Yo no tengo ni idea.

—Ya lo había oído mientras estabas en el tercero —dijo Carolyn—. Creo que es él quien toca.

Respondí que no tenía ni idea y que desde el apartamento de Madeleine no había oído nada.

—No se oye nada a través de las paredes —explicó Artie—. Es sólo a través del techo y del suelo. Las paredes de este edificio son muy gruesas.

—No suele molestarme —matizó Gert—. Me gusta la música y eso incluye la

batería. Pero en plena noche... eso ya es otra cosa. Aunque no tengo intención de quejarme.

—Piensa que eso corresponde a la tarde africana.

Nos costó trabajo que nos dejaran marchar. No paraban de ofrecernos dulces y café y de hacerme curiosas preguntas sobre el oficio del ladrón. Por fin, logramos llegar hasta la puerta. Nos despedimos y Gert se hizo a un lado, pero antes de que pudiera salir Artie me tiró de la manga de la camisa y dijo:

—Bernie, ¿ya estamos en paz?

—Claro, Artie.

—En cuanto a la compañía de seguros...

—No tienes de qué preocuparte. Corroboraré vuestra versión sobre el abrigo, el reloj y todo lo demás.

—Es un alivio —comentó—. Supongo que fue una locura reclamar esas cosas, pero ahora no podría decir lo contrario y, además, ¿para qué he estado pagando el seguro tantos años?

—Tienes razón, Artie.

—El caso es que, aunque odie tener que mencionarlo, mientras estabas abajo, Bernie, me puse a pensar en la pulsera.

—¿Y eso, Artie?

—La pulsera que te llevaste. Era de Gert. No creo que valiera mucho.

—Unos doscientos dólares.

—¿Tanto? Yo creía que valía menos. Perteneció a mi madre. El caso es que me preguntaba si sería posible recuperarla.

—Entiendo... Bueno, Artie, ahora mismo estoy muy presionado.

—Me hago una idea.

—Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, creo que podremos encontrar una solución.

Me dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Fantástico! —exclamó—. Tómame todo el tiempo que necesites. No hay prisa.

Delante de la parada del autobús nos esperaba el Pontiac, sin grúa y sin multa. La maleta seguía en el suelo, junto al asiento de atrás. Carolyn pareció sorprendida, pero yo no esperaba menos. Ese coche tenía algo que me inspiraba confianza.

De regreso a casa, me enteré de qué le había contado Gert Blinn. Mientras yo estaba en el apartamento de Madeleine Porlock, Gert había conducido a Carolyn hasta la cocina, supuestamente para copiar una receta, pero, en realidad, para sacar trapos sucios. La tal Madeleine Porlock no era tan buena como cabría desear.

—Gert no ha sido muy concreta —se quejó Carolyn—. No sé si Madeleine era una puta o no, pero parece claro que su vida estaba llena de hombres. Cada vez que Gert coincidía con ella en las escaleras la veía con un hombre distinto. Supongo que así sacaría para pagar el alquiler.

—No me extrañaría.

—Pues a mí sí me extraña. Nunca he visto a esa mujer, pero tal y como me la describiste el otro día, lo último que me sugería era que se tratase de una seductora. Tal y como me hablaste de ella, era la típica encargada de prisión de las viejas películas de tema carcelario.

—Bueno, eso es cuando no tiene un buen día. En un buen día podría ser la enfermera de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—Bern... no entiendo qué buscan los hombres. No parece la clase de mujer por la que uno pagaría la cantidad que fuese.

—Eso es porque no has revisado sus cajones ni sus armarios.

—¿Qué quieres decir?

Un taxi se detuvo delante de nosotros. Puse primera y lo adelanté sin problemas. Evidentemente, pensé, este Pontiac y yo estamos hechos el uno para el otro.

—Están llenos de ropa interior sexy. Telas suaves, gasas color escarlata, puntillas negras. Sujetadores transparentes.

—A los hombres les encantan esas porquerías, ¿verdad?

—Eso parece. Además, había unos cuantos portaliagas y dos corsés que hacía falta ser ingeniero para saber desabrocharlos.

—¿Corsés?

—Dos pares de botas con tacones de palmo y medio. Cosas de cuero, incluyendo cinturones y muñequeras con adornos de metal.

—Creo que empieza a estar claro.

—Sí, ¿verdad? Y eso que todavía no he mencionado la colección de pequeños pero encantadores objetos de látex negro, ni las cadenas ni los látigos. El armario lleno de artilugios que eufemísticamente podríamos calificar de «ayudas maritales».

Carolyn frunció un bigote imaginario.

—De modo que a nuestra querida señorita Porlock le iba el sado.

—Era una maestra en la cuestión —contesté—. Estaba empezando a ponerme nervioso ver tanto instrumental junto.

—Me extraña que los titulares no fuesen más escandalosos: «Dominadora del East Side se pierde por los caminos del placer». Los del *Daily News* lo habrían sacado en página central.

—Ya he pensado en ello. Pero nada de todo esto estaba a la vista, Carolyn. Cuando estuve allí por primera vez me pareció un apartamento decorado con muy buen gusto. Además, para la policía el caso estaba resuelto desde el principio. Se trataba de un robo con homicidio y habían descubierto al culpable en plena huida de la escena del crimen. No había razón para que se pusieran a revisar lo que quedaba en el apartamento. No era sólo su lugar de trabajo, sino que vivía allí. Tenía ropa de calle, también, platos en la cocina y tiritas e hilo dental en el cuarto de baño.

—¿Encontraste dinero o joyas?

—En la cocina vi un bote lleno de monedas. Y en uno de los cajones había unas cuantas alhajas, pero nada importante. No robé nada, si te interesa saberlo.

—Era simple curiosidad.

Sonó una sirena detrás de nosotros y me hice a la derecha para dejarles paso. Nos adelantó un coche de policía, con la sirena ululando. Se saltó el semáforo, que ya estaba rojo, y me detuve. Mientras esperábamos, vimos a un par de policías cruzar la calle. El que lucía bigote iba haciendo equilibrios con la porra, como si fuese un artista de circo. Se volvió y nos miró fijamente por unos segundos. Carolyn me apretó el brazo y no lo soltó hasta que el policía y su compañero se alejaron, calle abajo.

—¡Menudo susto! —exclamó.

—No te preocupes.

—Podía ver cómo se dibujaba una bombilla sobre su cabeza, como ocurre en los cómics. ¿Estás seguro de que no te ha reconocido?

—Seguro. De lo contrario se habría acercado al coche para comprobarlo.

—¿Y qué habrías hecho entonces?

—No lo sé. Saltarme el semáforo, probablemente.

—¡Jesús!

Se me ocurrió que era un buen momento para cambiar de tema.

—Estaba pensando que me apetece hacerte un regalo —dije—. Un abrigo de piel, muy bonito.

—No me gustan las cosas de piel.

—Este era muy bueno. Llevaba una etiqueta de Arvin Tannenbaum.

—¿Es una marca conocida?

—Es la mejor marca de peletería. No sé mucho sobre pieles, pero sí sé sobre marcas. Ese abrigo era precioso. Creo que era de piel de lince. ¿Cuál es el problema?

—Los linceos son de la familia de los gatos, Bernie. No me digas lo bonito que era. Un lince es como un gato salvaje. Llevar un abrigo de piel de lince sería como tener lámparas hechas con piel humana. Que sean o no bonitas no tiene nada que ver.

Sonó otra sirena a lo lejos. Por el sonido, parecía una ambulancia. Hoy en día, algunas ambulancias suenan igual que los coches de la Gestapo en las películas de guerra.

En mi mente se mezclaron esta última idea con las lámparas de piel humana de Carolyn, y pensé que nuevamente sería mejor que cambiase de tema.

—Encontré la peluca —dije—. Me refiero a la peluca anaranjada con que fue a la librería. De modo que no se trató de un efecto de las drogas sobre mis neuronas. Fue realmente ella quien me compró las *Églogas* de Virgilio.

—Tendría miedo de que alguien la reconociese.

Asentí con la cabeza.

—También pudo haberse puesto la peluca para que no la reconociese *después*, pero no le encuentro demasiado sentido. Supongo que tendría miedo de topar con Whelkin. Debe de conocerla, puesto que me envió a su apartamento. Pero me gustaría tener constancia de su relación.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, una fotografía. Esperaba encontrar unas cuantas instantáneas. A los aficionados al cuero y las cadenas suelen gustarles hacerse fotos en plena acción. Pero no encontré ni una.

—Tal vez el asesino se las llevase, caso de que hubiesen existido.

—Es posible.

—O tal vez nunca las hubo. Si sólo estaba con una persona a la vez, nadie podría fotografiarlos juntos. ¿Encontraste alguna cámara?

—No.

—Entonces supongo que tampoco habría ninguna foto.

—Parece lógico pensar así.

En la calle Catorce, giré hacia el este. Carolyn me miraba de forma extraña. Frené al llegar a un semáforo en rojo y la miré mientras seguía estudiándome con expresión grave.

—Tú sabes algo que no me has dicho —susurró.

—Sé cómo abrir puertas, eso es todo.

—Hay algo más.

—Imaginaciones tuyas.

—No lo creo. Antes estabas tenso y ahora pareces relajado y confiado.

—No es más que un sentimiento de seguridad y bienestar —expliqué—. Pero no temas, se trata de algo pasajero.

En la esquina del edificio en que vivía había un aparcamiento donde los vecinos podían estacionar sus coches hasta las siete de la mañana. Dejé allí el Pontiac y cogí la maleta.

Los gatos fueron a recibirnos a la puerta.

—Buenos chicos —dijo Carolyn, agachándose para acariciarles la cabeza—. ¿Ha llamado alguien? ¿Habéis tomado el recado, como os pedí? Bernie, si los anuncios no se equivocan, este es el momento ideal para tomar una copa. ¿Te apetece?

—¡Claro!

—¿Un whisky? ¿Con hielo? ¿Con soda?

—Sí, sí y no.

Deshice la maleta mientras que Carolyn preparaba las bebidas. Luego me puse cómodo y saboreé unos tragos de whisky escocés. Esperaba que la tranquilidad me invadiese, pero antes de acabar la copa, ya estaba de nuevo de pie.

Carolyn arqueó las cejas, sorprendida.

—El coche —dije.

—¿Qué pasa con él?

—Quiero dejarlo donde lo encontré.

—¿Estás de broma?

—Ese coche me ha servido de mucho, Carolyn, y quiero ser agradecido.

Al llegar a la puerta me detuve y llevé la mano a la espalda por debajo de la chaqueta. Saqué un libro que llevaba sujeto con el cinturón. Lo dejé sobre la mesa. Carolyn miró primero el libro y luego a mí.

—Ahí tienes algo que leer mientras no estoy —afirmé.

—¿De qué se trata?

—Bueno —dije—, no se trata exactamente de las *Églogas* de Virgilio.

Me apetecía devolver el coche. Pensé que no estaba bien escupir sobre la buena suerte de uno. Me acordé de esos deportistas que no quieren cambiar de calcetines mientras su equipo es ganador. Recordé también que ya era hora de que yo cambiara los míos, ganase o perdiese. Además, necesitaba una ducha y ropa limpia.

Giré en la Décima Avenida, con la mano izquierda en el volante y la derecha tamborileando en el asiento de al lado. Eché un vistazo al indicador de combustible. Quedaba todavía medio depósito, pero deseaba ser amable con el dueño del Pontiac. Ya en la Undécima Avenida busqué una gasolinera y la encontré en la esquina con la calle Cincuenta y uno. Llené el depósito y les pedí que comprobaran el aceite. El nivel de aceite estaba algo bajo. También me ocupé de eso.

En la calle Setenta y cuatro seguía aguardando mi aparcamiento favorito, pero no había rastro de *Max* ni de su dueño. Desactivé el puente, cerré el coche y fui caminando hacia la avenida West End dispuesto a tomar un taxi. Seguía lloviendo, aunque era agua menuda. No tardé mucho en conseguir un taxi. Se trataba de un Checker, por lo que pude estirar las piernas y relajarme un rato.

Las cosas iban a mejorar. Estaba seguro.

Le pedí al taxista que me dejara a unas calles de Arbor Court y fui caminando el resto, por precaución. Llamé al timbre. Carolyn me abrió la puerta de abajo y salió a esperarme a la del apartamento. Puso las manos en jarras y me miró con expresión divertida:

—¡Eres un saco de sorpresas! —exclamó.

—Es parte de mi encanto.

—Ya... Si he de ser sincera, la poesía no es lo mío. Hace tiempo tuve una amante que pensaba que era Edna St. Vincent Millay, pero a mí todo su parloteo me dejaba fría. ¿Dónde encontraste el libro?

—En el apartamento de Madeleine.

—¿En serio? Bernie... ¡y yo que pensaba que lo habías comprado en la librería Jefferson! En el apartamento, claro, pero ¿dónde? ¿Estaba muy a la vista?

—No, en una caja de zapatos que había en uno de los armarios.

—Debiste de quedarte de piedra al verlo.

—Puedes jurarlo. Esperaba ver un par de zapatos de tacón y ¡mira qué encontré en cambio!

—*La rendición del fuerte Bucklow*. No he leído mucho, sólo he echado una ojeada a las tres o cuatro primeras páginas... Supuse que no mejoraría demasiado por mucho que avanzase.

—Así es.

—¿Cómo supiste que estaría allí, Bern?

Fui hacia la cocina y serví un par de copas. Le di una a Carolyn y le expliqué que no contaba con encontrar el libro en aquel apartamento, que, de hecho, no pensaba que fuese a recuperarlo nunca.

—Es mejor no andar buscando nada en concreto, así siempre se está contento, se encuentre lo que se encuentre —expliqué.

—De modo que las cosas se encuentran sin más. Me parece que eres un tipo con suerte. Pones un anuncio dando a entender que tienes el libro y, acto seguido, abres una caja de zapatos y lo encuentras. ¿Por qué lo escondería allí el asesino?

—No pudo ser él. El asesino se lo habría llevado consigo.

—¿Crees que lo escondió Porlock?

—Supongo. Primero me durmió, me revisó y encontró el libro... Luego se lo llevó al armario y lo escondió antes de que llegase el asesino. Sin duda estábamos solos en la casa, de lo contrario la habría visto esconderlo. Madeleine le abrió la puerta al asesino. Este le disparó, puso el arma en mi mano y se marchó.

—¿Sin el libro?

—Exacto.

—¿Por qué la mató si no pensaba llevarse el libro?

—Tal vez su muerte no tuviese nada que ver con el libro. Puede que el asesino tuviera motivos distintos para acabar con su vida.

—¿Pretendes decir que pasaba casualmente por allí y se le ocurrió incriminarte porque coincidió que te encontrabas en el apartamento en el momento indicado?

—No tengo todas las respuestas, Carolyn.

—Ya veo.

—Puede que primero la matara y luego se pusiese a buscar el libro, sin éxito. Lo malo es que no parecía que nadie hubiese revuelto el apartamento en busca de algo. Todo estaba en orden. Lo único raro era el cadáver que había en el sofá. Aquel día, claro. Hoy ya no estaba.

—¿Y en el maletero del Pontiac?

La miré, sorprendido.

—Había marcas de tiza en el suelo y en el sofá, eso sí. Para indicar dónde se encontró el cadáver. Era bastante desagradable. —Cogí el libro y me lo llevé, junto con la copa, al sillón en que *Archie* dormía, hecho una bola. Dejé el libro y la copa por un instante y lo aparté para sentarme. Saltó a mi regazo y observó con sumo interés cómo volvía a coger el libro y empezaba a hojearlo.

—Te prometo que sabe leer —afirmó Carolyn—. *Ubi* no es muy bueno con los libros, pero *Archie* adora leer por encima de mi hombro. O por debajo, mejor dicho.

—A los gatos tiene que gustarles Kipling —aventuré—. ¿Recuerdas sus *Cuentos tal cual*?: «Soy un gato independiente y me encuentro bien en cualquier lugar».

Archie ronroneó como una sierra eléctrica.

—Cuando te conocí —proseguí—, pensé que tendrías perros.

—Prefiero verlos un rato que tenerlos conmigo. ¿Por qué pensaste que me gustaban los perros?

—Bueno, por el negocio que tienes.

—¿La Fábrica de Caniches?

—Sí.

—No tenía elección, Bernie. No podía abrir una peluquería para gatos... Los gatos se limpian solos...

—Eso es cierto.

Leí unas cuantas páginas más. Algo no acababa de encajar. Busqué la dedicatoria a H. Rider Haggard escrita a mano. Imaginé a Kipling en el estudio de su casa de Surrey, mojando la pluma, inclinándose sobre el libro y escribiendo unas líneas para su mejor amigo. Cerré el libro y le di unas cuantas vueltas entre mis manos.

—¿Pasa algo? —preguntó Carolyn.

Negué con la cabeza, dejé el libro a un lado, aparté a *Archie* y me puse de pie.

—Soy como los gatos —anuncié—. Creo que va siendo hora de que me limpie. Voy a darme una ducha.

Al cabo de un rato estaba nuevamente sentado en el sillón. Me había cambiado de ropa y me había afeitado con mi querida maquinilla.

—Si quieres, puedo comprar el periódico —dijo Carolyn—. Son más de las once y la primera edición del *Times* ya debe de estar en los quioscos.

Habíamos escuchado las noticias y no decían nada sobre el asesinato de Madeleine Porlock. Comenté que probablemente los periódicos tampoco se ocupasen ya del caso.

—Pero aparecerá el anuncio que hemos puesto, Bernie.

—¿Hay algún quiosco abierto cerca?

—Hay uno en la avenida Greenwich pero no reciben el *Times* porque cierran a la una o a las dos. Hay otro que abre toda la noche en la boca de metro, entre la calle Ocho y la Catorce.

—Queda demasiado lejos.

—No me importa dar un paseo.

—Sigue lloviendo y deberías caminar demasiado. De todos modos, ¿para qué tenemos que mirar nuestro propio anuncio?

—Para comprobar que lo hayan incluido en esta edición, por ejemplo.

—No es necesario. Si alguien lo ve, llamará; si no, no llamará nadie. Lo mejor es esperar y ver qué ocurre.

—Supongo que tienes razón —concedió Carolyn—. Es sólo que necesito hacer algo útil.

—Hemos hecho muchas cosas útiles por hoy, Carolyn.

—Sí, claro.

—Creo que un poco de paz y tranquilidad nos vendría de maravilla. Ahora que estoy recién duchado, lo único que me apetece es quedarme sentado un rato. Quizá me tome otra copa y luego me meta en la cama. Ni siquiera sé si la gente lee los anuncios por palabras del *Times*... Pero de algo sí estoy seguro: no van corriendo al quiosco más cercano para comprar la primera edición y enterarse de los herederos que andan perdidos ni de cuantos voluntarios se precisan para un experimento médico.

—Tienes razón.

—Me temo que sí. El teléfono no empezará a sonar ya mismo, Carolyn.

Por supuesto, el teléfono sonó en ese preciso instante.

Nos miramos sin atrevernos a mover un dedo, y el teléfono siguió sonando.

—Contesta tú —dijo Carolyn.

—¿Por qué yo?

—Porque es probable que sea por lo del anuncio.

—No tiene nada que ver con el anuncio.

—Por supuesto que tiene algo que ver. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Tal vez alguien que se equivoca.

—Bernie... ¡por favor!

Me levanté y descolgué el auricular. No dije nada de entrada y luego, lancé un tímido «dígame».

No obtuve respuesta.

Insistí un par de veces, empleando el mismo tono neutro, pero el único que me contestó fue *Archie*. Me quedé unos segundos mirando el auricular y luego repetí la invitación: «Dígame». Al final, harto, solté un «adiós» y colgué.

—¡Qué conversación tan interesante! —bromeó Carolyn.

—Me alegro de haber contestado, creo que era importante que fuese yo.

—Tal vez alguien quería saber quién había puesto el anuncio. Ahora te ha oído y sabe que fuiste tú.

—Me parece que sacas demasiadas conclusiones de un minuto de silencio.

—Quizá hubiese tenido que contestar yo, después de todo.

—Es posible que hubiese marcado el número equivocado. O que fuese un perverso. No escuché ningún jadeo, pero tal vez le faltase experiencia.

Carolyn abrió la boca para decir algo, pero se calló y se puso en pie de golpe, como impulsada por un resorte.

—Voy a servirte una última copa. ¿Te apetece tomar otra, Bernie?

—Sírvenme un poco, gracias.

—Saben que eres tú, Bernie. Ahora intentarán encontrar la dirección a través del

número de teléfono...

—Pero no podrán.

—Imagina que se trata de la policía. La policía podría pedirle a la compañía telefónica que colabore en la investigación, ¿no?

—Sí. Pero ¿qué demonios tiene que ver la policía con el libro de Kipling?

—No lo sé.

—Ellos tampoco.

Me tendió mi bebida. La había llenado más de lo que yo quería, pero no protesté. Su nerviosismo era contagioso, y estaba empezando a sentirme inquieto. Decidí que lo mejor era tomarme un whisky y meterme en la cama.

—Lo más probable es que se tratase de alguien que marcó el número equivocado —insistí.

—Tal vez.

—Ni siquiera sabemos si el anuncio ha salido en la primera edición o no.

—Podría acercarme un momento hasta la calle Catorce y comprobarlo...

—¡No seas ridícula! —Cogí el libro para darle una nueva hojeada. Me vino a la memoria la última vez que lo había hecho: en mi propia casa, sentado en un sillón con una bebida similar a la que estaba tomando y la sensación de triunfo invadiendo mi alma de ladrón.

Había robado el libro por segunda vez, pero no experimentaba para nada la misma emoción.

Algo me inquietaba. Una idea que daba vueltas en mi cabeza...

Apuré la copa y decidí dejar de pensar en ello.

Media hora después de que sonara el teléfono, ya estábamos los dos en la cama. Bueno, yo estaba en la cama y Carolyn en el sofá. El radiodespertador emitía una música suave y estaba programado para apagarse en treinta minutos.

Estaba a punto de dormirme cuando escuché pasos cerca de la puerta del apartamento. No le di demasiada importancia, porque Carolyn vive en un primer piso y es un lugar de paso para muchos vecinos que van a los pisos superiores. Pero los pasos se detuvieron en nuestro piso y antes de que pudiera reaccionar escuché el ruido de una llave en la cerradura.

Me senté en la cama. Alguien estaba abriendo la puerta. Uno de los gatos se levantó emocionado. Abrieron la segunda cerradura. Carolyn se levantó también, y me llamó con tono de ansiedad.

En el momento en que se abrió la puerta ambos estábamos de pie. Alguien encendió la luz, y quedamos momentáneamente cegados.

—No creo lo que ven mis ojos —dijo Randy—. Esto no puede ser cierto.

Pelo castaño, hombros anchos. Frente despejada, rostro ovalado. Ojos grandes,

más grandes de lo normal en ella, y la boca en forma de O.

—¡Dios mío! —exclamó Carolyn—. Randy, no es lo que parece.

—Claro, estabais jugando a la canasta. Apagasteis las luces para no molestar a los gatos. ¿Por qué si no te habrías puesto ese pijama, Carolyn? ¿Acaso Bernie prefiere jugar en la cama?

—Te equivocas.

—Lo sé. Soy terrible adelantando conclusiones. Por lo menos estás vestida. El pobre Bernie debe de tener un frío de mil demonios en calzoncillos. ¿Por qué no os dais un poco de calor, Carolyn? A mí no me molestaría en absoluto.

—No lo entiendes, Randy.

—En eso tienes razón. Pensé que a estas alturas tenías claras tus preferencias sexuales. ¿No te parece un poco tarde para sufrir una crisis de identidad?

—¡Maldita sea, Randy!

—¡Maldita sea! Eso digo yo... Me pareció reconocer la voz de Bernie por teléfono. Me quedé de piedra. Después de colgar pensé que probablemente se tratase de algo inocente, que erais amigos, y me dije que no tenía por qué reaccionar de un modo tan paranoico. Pero ya sabes lo que dicen, Carolyn: que seas paranoico no significa que lo que temes no esté ocurriendo de verdad.

—¿Quieres hacer el favor de escuchar?

—No, escúchame tú a mí, por una vez. Me dije: Miranda, tienes una llave, ¿por qué no vas y compruebas qué pasa? Así verás lo injustas que son tus sospechas y tal vez tengas suerte y encuentres a Carolyn sola y podréis divertirnos un rato comentando lo ocurrido... ¡Maldita seas, Carolyn! Aquí tienes tus llaves, bruja. Estad seguros de que no volveréis a verme el pelo jamás. Lo digo por los dos.

—Randy, yo...

—Aquí tienes las llaves. Creo que tú tienes las mías, Carolyn. Quiero que me las des. Ahora, si no te importa.

Intentamos decir algo, pero era inútil. Randy no quería escucharnos. Dejó las llaves de Carolyn, cogió las suyas y se marchó dando un portazo que hizo temblar los platos y la mesa de la cocina. Al llegar abajo, pegó un portazo aún mayor a la puerta de la calle.

Carolyn y yo permanecimos inmóviles mirándonos sin saber qué hacer. *Ubi* se había escondido debajo de la cama. *Archie* estaba de pie en el sillón y lanzó un maullido lastimoso. Al cabo de unos minutos, Carolyn se acercó a la puerta y cerró con llave.

Los anuncios por palabras estaban en la penúltima página del segundo cuadernillo del *Times*, al lado de las informaciones sobre el estado de la mar y otros datos esenciales similares. Nuestro anuncio figuraba el tercero, tras una llamada de socorro que unos padres lanzaban a su hijo de catorce años, que al parecer se había marchado de casa y no llamaba para tranquilizarlos.

Leí nuestro anuncio tres o cuatro veces y concluí que cumpliría con su cometido. No había recibido ninguna llamada, pero todavía era pronto; Carolyn había despertado al alba y había ido a buscar el periódico inmediatamente después de dar de desayunar a los gatos. A esas horas, los interesados por el anuncio debían de estar roncando en sus camas. Y aunque estuviesen tomando su café matutino, como Carolyn y yo, aún tenían que leer el periódico entero hasta llegar a los anuncios por palabras. Afortunadamente, era sábado. El *Times* se había ido cargando de anuncios y secciones especiales, engordando como un oso que se prepara para invernar... pero la edición del sábado no resultaba demasiado gruesa. Por otro lado, mucha gente deja de leer el periódico el sábado y así se preparan psicológicamente para el atracón que supone el periódico del domingo. De modo que cabía la posibilidad de que nuestros clientes potenciales jamás leyese el anuncio. Saldría publicado toda la semana, pero de pronto me dije que unas cuantas líneas al final de un periódico no eran precisamente el mejor reclamo publicitario. No había que esperar resultados espectaculares. Pensé que lo más inteligente sería ir preparando un plan alternativo, por si acaso.

—Me alegro de haber ido a buscar el periódico, Bernie.

—Yo también. Pero espero que no seamos los únicos en leer el anuncio.

—Será mejor que leas esto —dijo Carolyn señalando algo en el cuadernillo principal.

Así lo hice. En la sección de noticias internacionales habían insertado por error una noticia de unos párrafos que contaba cómo Bernard Rhodenbarr, el ladrón al que perseguía la policía por el asesinato de Madeleine Porlock en su apartamento de East Side, el martes anterior, había logrado escapar de nuevo la noche pasada. Rhodenbarr habría sido descubierto por un agente mientras intentaba entrar en su librería de la calle Once. El ladrón sacó una pistola e inició un tiroteo con la policía. El agente de servicio recibió un impacto de bala en el pie y fue conducido al hospital Saint Vincent, donde acababan de darle el alta. El ladrón, transformado en francotirador y dueño de la tienda, había emprendido la huida a pie, ileso.

En el último párrafo se mencionaba que para pasar inadvertido Rodenbarr se había disfrazado con una barba y un turbante. Pero el agente Francis Rockland había declarado que a él no lo había engañado ni por un momento: «Nos adiestran para que

seamos capaces de ver más allá de lo obvio. Lo reconocí sin problemas, era el mismo tipo de la foto».

—El sij —comenté—. Bueno, ya sabemos que él no tenía el libro, de lo contrario no habría entrado en mi librería para buscarlo. Me pregunto si no sería él a quien viste montando guardia delante de la librería ayer.

—Puede ser.

—La prensa amarilla le habría sacado mucho jugo a todo esto. Les encantan las ironías. Y dime, ¿qué puede resultar más irónico que un ladrón que entra a robar en su propia tienda? Aunque no saben lo irónico que hubiese podido ser.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si la policía hubiese detenido al sij, no me habrían exculpado del asesinato, pero por lo menos no me perseguirían por esto también. Si el sij hubiese sido peor tirador, no me habrían acusado de disparar a un policía. Herir a un policía es peor que matar a una persona normal, bueno, por lo menos ese es el punto de vista de los policías. Pero si el sij hubiese matado al agente Rockland, no le habría dicho a nadie que yo había sido el culpable.

—No preferirías que el agente muriera, ¿verdad?

—No. Con la suerte que tengo, vivirá lo suficiente para decirle a todo el cuerpo de policía quién le disparó. Entonces me convertiré en un asesino de policías. ¿Y si Randy se entera? Puede que no leyese los periódicos o que no relacionara mi estancia aquí con mi fuga, porque lo que más le preocupaba ayer no era que estuvieses dando asilo a un fugitivo. Estaba demasiado ocupada sintiéndose traicionada.

—Randy no lee el *Times*.

—La noticia saldrá en todos los periódicos.

—Los más probable es que no lea ninguno. Ni siquiera estoy segura de que conozca tu apellido.

—Seguro que lo conoce.

—Puede ser.

—¿Crees que llamará a la policía?

—Es una buena persona. No es una chivata.

—Pero está celosa. Cree que...

—Ya sé qué cree. Debe de haberse vuelto loca para pensar algo así. Pero sé que lo cree de veras.

—Podría llamar a la policía manteniendo el anonimato. Y luego diría que lo hizo por tu propio bien, Carolyn.

—Mierda. —Se mordisqueó una uña—. ¿Crees que ya no estás seguro aquí?

—No lo sé.

—Pero has dado mi teléfono en el anuncio. ¿Cómo vamos a manejar eso si estás lejos?

—¿Quién puede llamar, de todos modos?

—Rudyard Whelkin.

—Mató a Madeleine Porlock el martes por la noche. Apuesto a que tomó un taxi directo al aeropuerto Kennedy y salió del país esa misma noche.

—¿Sin el libro?

Me encogí de hombros.

—El sij también puede telefonar. ¿Dónde están sus quinientos dólares?

—¿Crees que va a llamar para reclamarme el dinero?

—No, pero es una buena pregunta, Bern. Tenías el dinero cuando Madeleine Porlock te durmió, ¿no?

—Así es.

—Y cuando recuperaste el conocimiento había desaparecido, ¿no?

—Así es.

—Entonces ¿qué pasó con el dinero?

—Ella me lo robó. Ah... ¿quieres decir después de que me lo robara?

—Claro. ¿Quién se lo quedó? Ayer revisaste sus pertenencias y no lo encontraste. No estaba escondido junto al libro, ¿verdad?

—No estaba en ninguna parte. Quiero decir, en ninguno de los lugares en que busqué. Supongo que se lo llevaría el asesino.

—¿No te parece más lógico que lo dejara?

—¿Por qué iba a dejarlo? El dinero es el dinero, Carolyn.

—En los periódicos siempre hablan de asesinatos en los que se descarta el móvil del robo porque se encontró una fuerte suma de dinero en casa de la víctima.

—Eso ocurre en el crimen organizado. Quieren que todo el mundo sepa por qué matan a alguien. A veces incluso dejan dinero para que la policía descarte el robo. En este caso, el ladrón se llevó el dinero o Madeleine Porlock encontró un escondrijo seguro que no supe descubrir. O tal vez lo robase algún agente, cuando nadie miraba. Son cosas que ocurren.

—¿En serio?

—Por supuesto. Podría contarte mil casos. Pero ¿para qué empezar? Me interrumpiría constantemente el teléfono.

Contemplé el aparato confiando en que captase la indirecta. Pero permaneció callado la media hora siguiente.

Sin embargo, en cuanto empezó a sonar, pensé que nunca acabaría.

¡Rrrring!

—¿Dígame?

—Hola. Acabo de leer su anuncio en el *Times*. Me preguntaba si estaba interpretándolo correctamente o no.

—¿Cómo está interpretándolo?

—Al parecer tiene usted algo que desea vender.

—Exacto.

—Un billete para... el fuerte Bucklow.

—Así es.

—¿Podría saber con quién hablo?

—¡Qué curioso! Yo estaba a punto de hacerle la misma pregunta.

—Ah... es un secreto. Deje que me lo piense.

Hablaba con acento británico y un ligero tono asiático o africano. Las eses eran más sibilantes de lo normal. Educado, amable. Incluso diría que tenía una voz agradable.

—Bueno, señor. Creo que ya ha conocido a uno de mis emisarios. Si no me equivoco, recientemente le ha cobrado de más en un negocio. Pagó quinientos dólares por un libro que costaba un dólar con noventa y cinco centavos.

—No fue culpa mía. Se marchó antes de que pudiera darle el cambio.

El hombre sofocó una risilla.

—Entonces es usted quien creía. Perfecto. Tiene valor, señor. La policía lo busca en relación con un asesinato y usted sigue intentando vender un libro. El negocio es el negocio, ¿verdad?

—Necesito dinero urgentemente.

—Para dejar el país, imagino. ¿Tiene el libro cerca? ¿Lo tiene en las manos mientras hablamos?

—Sí. No recuerdo su nombre.

—No se lo he dicho. Antes de proseguir... tal vez pudiera darme alguna prueba de que en efecto tiene el libro.

—Supongo que podría arrimarlo al teléfono, pero dudo que sirva de algo, a menos que tenga usted poderes paranormales...

—Ábralo por la página cuarenta y dos y lea el primer párrafo.

—Espere un momento: «Si has de partir hacia el fuerte Bucklow con la luna en lo alto, y los chacales aúllan y los monos gritan como mujeres a punto de volverse locas...». ¿Es esto lo que quería oír?

Silencio.

—Quiero ese libro, señor. Deseo comprarlo.

—Maravilloso, porque yo quiero venderlo.

—¿Cuál es el precio?

—Todavía no lo he decidido.

—Diga una cifra...

—Este es un asunto peligroso. Tengo que pensar en mi protección. Soy un fugitivo de la justicia, como muy bien ha apuntado antes, y eso me convierte en un

ser vulnerable. Ni siquiera sé con quién estoy hablando.

—Alguien que está de paso en este país, señor. Un apasionado de Kipling. Mi nombre carece de importancia.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Eso importa aún menos que mi nombre. Yo puedo ponerme en contacto con usted. Puedo volver a llamar cuando quiera.

—No, este lugar ya no es seguro para mí. Deme un teléfono de contacto y lo llamaré a las cinco esta tarde.

—¿Un número?

—Sí.

—No puedo hacer eso.

—Puede ser un número cualquiera. Sencillamente procure estar a las cinco en el lugar indicado.

—Volveré a telefonarle en diez minutos, señor.

¡Rrrring!

—¿Dígame?

—¿Tiene con qué apuntar, señor?

—Dispare.

—Estaré en el siguiente número a las cinco en punto de la tarde. RH4 5198.

—RH4 5198, a las cinco en punto.

¡Rrrring! ¡Rrrring!

—¿Dígame?

—¿Dígame?

—¿Dígame?

—¿No podría decir algo más sofisticado que un simple «dígame»?

—¿Qué quiere que diga?

—Bien, esperaba que fuese usted. No pronunciaré su nombre y espero que usted no pronuncie el mío.

—Sólo si quisiera llamar a su club y pedir que lo localizaran.

—No haga eso.

—Me dijeron que no era usted miembro del club. Extraño ¿verdad?

—Es posible que no haya sido del todo sincero con usted. Puedo explicarle todo.

—Estoy seguro de que puede.

—El objeto huidizo. Deduzco por su anuncio que sigue en su poder.

—Lo tengo delante de mí mientras hablamos.

—Excelente.

—«Si has de partir hacia el fuerte Bucklow con la luna en lo alto, y los chacales aúllan y los monos gritan como mujeres a punto de volverse locas...».

—Por Dios, no me lo lea. ¿O ha logrado memorizar ciertos párrafos?

—No, estaba leyendo.

—¡Ah!, ¿para demostrarme que no estaba mintiendo? No es necesario. No tendría sentido matar a la mujer y dejar el libro en el apartamento, ¿no es cierto? Bueno, ¿cómo piensa resolver esta cuestión?

—Podríamos vernos en alguna parte.

—Podríamos. Claro que a ninguno de los dos nos gustaría coincidir con la policía. Me pregunto si...

—Deme un número de teléfono en el que pueda encontrarlo a las seis en punto.

—¿Por qué no lo llamo yo?

—Porque no sé dónde estaré a esa hora.

—Entiendo. Bueno, a riesgo de parecer desconfiado, no estoy seguro de querer darle mi número.

—Deme un número cualquiera.

—¿Cómo?

—Escoja el número de una cabina y conteste a mi llamada de las seis en punto.

—Ah... enseguida le contesto.

¡Rrrring!

—¿Dígame?

—CH2 9419.

—Bien.

—A las seis en punto.

—Bien.

¡Rrrring!

—¿Dígame?

—¿Oiga? Llamo por lo del anuncio...

—Sí, el billete para el fuerte Bucklow. Aquí es.

—¿Puedo ser sincero? Se trata de un libro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y desea comprarlo?

—No, deseo venderlo.

Silencio.

—Entiendo. Tiene un ejemplar en su poder.

—«... Y los chacales aúllan y los monos gritan como mujeres a punto de volverse

locas...».

—¿Cómo dice?

—Estoy leyendo un fragmento de la página cuarenta y dos.

—No es necesario. —Otro silencio—. Esto es muy extraño. Tal vez lo mejor sea que le dé mi nombre.

—Buena idea.

—Soy Demarest. Prescott Demarest, aunque supongo que mi nombre no le sonará de nada. Soy el agente de un rico coleccionista cuyo nombre probablemente le sonaría, pero desgraciadamente no estoy autorizado a desvelárselo. Hace poco, alguien le ha regalado un ejemplar de este libro a mi cliente. Me pregunto si puede tratarse del mismo ejemplar.

—No lo sé.

—Al regalarle el ejemplar, le dijeron que era el único existente. Pensábamos que no había más ejemplares.

—Entonces, puede que se trate del mismo ejemplar.

—Eso parece. No me ha dicho su nombre, todavía.

—Soy tan celoso de mi intimidad como su cliente, señor Demarest.

—Entiendo. Tengo que consultar con él, por supuesto, pero ¿podría decirme en qué precio está pensando?

—Todavía no lo he decidido.

—¿Hay otros compradores potenciales?

—Varios.

—Me gustaría ver el libro, antes de que se lo ofrezca a otra persona. ¿Podríamos fijar una cita?

—Ahora mismo no estoy en condiciones de decírselo, señor Demarest. ¿Dónde puedo encontrarle esta tarde, digamos a las cuatro en punto? ¿Puede facilitarme un número de teléfono?

—Podría.

—Soy todo oídos.

—Apunte este mismo, no veo cuál es el problema. W04 1114. ¿A las cuatro en punto? Espero recibir noticias tuyas.

—Bueno, creo que esto es todo —le dije a Carolyn, tras resumirle la conversación con Demarest—. No creo que se produzcan más llamadas.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No lo estoy, pero tengo un fuerte presentimiento. El primero en llamar era extranjero, y es quien envió al sij a visitarme. El sij fue a la librería el martes por la tarde, de modo que nuestro amigo extranjero piensa que tengo el libro desde esa fecha, pero me pidió que le leyera un trozo por teléfono.

—¿Qué significa eso?

—Lo ignoro. Por ahora sólo intento ordenar mis ideas. Tendrás que esperar un poco antes de que pueda interpretarlas. La segunda llamada era de Whelkin, y le importaban un rábano los gritos de los monos y los aullidos de los chacales.

—Creo que era al revés.

—¿Whelkin les importaba un rábano a los chacales y a los monos?

—No. Venían primero los chacales y después los monos, pero es igual. ¿Adónde quieres ir a parar, Bernie?

—Buena pregunta. Whelkin daba por supuesto que yo había matado a Madeleine Porlock, por eso no le extrañaba que tuviese el libro. Eso quiere decir que él no la mató. Salvo que, claro está, estuviese fingiendo, en cuyo caso...

—En cuyo caso, ¿qué?

—Que me aspen si lo sé. Eso sólo dejaría a Demarest, y me resulta muy agradable. Me dio su nombre sin problemas y no tuve que suplicarle que me pasase su número de teléfono. ¿Qué crees que quiere decir eso?

—No lo sé.

—Yo tampoco. —Me serví otra taza de café—. El asesinato lo fastidia todo. Si no hubiesen matado a Madeleine Porlock, yo no estaría metido en semejante lío. O si la policía no se hubiese empeñado en acusarme del asesinato. Le habría vendido el libro al mejor postor y habría pasado dos semanas en las Bahamas. Uno de los tres la mató, Carolyn.

—¿Uno de los que han telefoneado?

—Así es. —Miré el reloj—. No nos queda mucho tiempo. Debo llamarlos y sólo tengo una hora entre una llamada y otra. El primero es Demarest, a las cuatro. Eso nos deja dos horas para pensar en algo.

—¿Pensar en algo?

—En una trampa. No va a ser fácil, porque no sé a quién tengo que tendérsela ni qué puedo usar como anzuelo. Sólo se me ocurre una cosa.

—¿De qué se trata?

—Lo que hago siempre que me siento estresado —expliqué— sobornar a un policía.

Cuando contestó al teléfono me disculpé por las molestias.

—Su mujer no quería llamarte —expliqué—, pero yo insistí en que era importante.

—Había apostado por Wake Forest a diez puntos —dijo—. De modo que lo único que estaba haciendo era comprobar cómo perdía mis veinte dólares.

—¿Contra quién juegan?

—Contra la Universidad de Georgia. Los Bulldogs tienen una defensa férrea. O lo que es lo mismo, se están merendando vivos a los del Wake Forest. —Reflexionó por un instante, y preguntó—: Pero ¿con quién demonios estoy hablando?

—Con un viejo amigo y enemigo que necesita un favor.

—¡Dios mío, tú! Chico, te he visto meter la pata antes, pero esta vez has metido las dos y a conciencia. Por cierto, ¿desde dónde llamas?

—Desde el infierno. Necesito que me hagas un favor, Ray.

—Me parece que tienes razón. Bueno, has llamado a la puerta indicada. Quieres que organice tu rendición, ¿no es cierto? Es la primera cosa sensata que haces desde que mataste a la tal Porlock. Si no te entregas, más tarde o más temprano acabarán contigo. Dispara, ¿qué quieres? Bueno, mejor no dispires. —Ahogó una risilla—. No ha sido un buen chiste, lo sé. Pero a los policías no nos gustan los que disparan a agentes del cuerpo. Todos te están buscando.

—Yo no le disparé.

—Venga, hombre. Él estaba allí, ¿recuerdas? Te vio.

—Vio a un payaso con barba y turbante. No le disparé, como tampoco disparé a esa mujer.

—Y no haces más que vender libros. Ya me has contado la historia, ¿recuerdas? Que estás más limpio que una patena, etcétera. Bueno, escucha, a partir de ahora todo irá bien. Organizaré tu entrega, no creas que no te agradezco el gesto. Yo quedo bien y tú salvas el pellejo. Consíguete un buen abogado y, ¿quién sabe?, puede que lo resuelvas todo en los tribunales. En el peor de los casos, te toca pasar un par de años en prisión. Ya sabes lo que es.

—Ray, yo nunca...

—Lo único malo es que Rockland es un tipo joven y muy sociable. Si le hubieses disparado a un carcamal, habrían bastado un par de testigos a tu favor para que quedases absuelto. Claro que si le hubieses disparado a un carcamal él mismo te habría dado antes de esperar a que tú lo hirieses en el pie. De modo que imagino que tuviste suerte con la víctima, Bern.

La cosa se prolongó un par de asaltos: yo proclamaba mi inocencia y Ray me indicaba cómo reducir la pena o librarme de ella escribiendo cien veces «no robaré

nunca más» como en la escuela. Al cabo de un rato, cambié de táctica y le expliqué que quería que hiciese algo concreto por mí.

—¡Ah!

—Tengo tres números de teléfono y quiero que me facilites las direcciones correspondientes.

—¿Te has vuelto loco, Bernie? ¿Tienes idea de lo complicado que es localizar una llamada? Hace falta tiempo, hay que hablar con un encargado de la compañía telefónica por otra línea. Tu otra llamada tiene que durar por lo menos dos minutos, y aun así no siempre consiguen localizarla. Y si...

—Ray, ya tengo los tres números.

—¿Cómo dices?

—Ya tengo los tres números, quiero que me des la dirección. Es como si ya los hubiera localizado y quisiese comprobar la localización.

—¡Oh!

—Podrías hacer eso, ¿verdad?

Reflexionó por un instante, y luego respondió:

—Claro. Pero ¿por qué habría de hacerlo?

Le di un excelente motivo.

—No lo sé —prosiguió, después de discutir unos minutos acerca de mi excelente motivo—. Creo que me arriesgo demasiado.

—¿Arriesgarte? Te limitas a realizar una llamada, nada más.

—Sí, pero de paso coopero con un fugitivo de la justicia. No creo que eso me ayude en mi trabajo si alguien se entera.

—¿Quién va a enterarse?

—Nunca se sabe. Otra cosa, ¿cómo piensas entregar la mercancía? Tus intenciones son buenas, pero ¿cómo vas a hacerlo? Bern, si alguien te vuela la cabeza antes, ¿qué pasa conmigo?

—Que seguirás vivo. Piensa qué pasaría conmigo.

—Por eso creo que deberías entregarte.

—Nadie va a pegarme un tiro —afirmé, aparentando una seguridad que no tenía—. Te entregaré la mercancía, prometido. ¿Cuándo te he fallado?

—Bueno...

—Ray, sólo tienes que hacer una llamada, dos a lo sumo. ¿No crees que merece la pena? ¡Santo Dios! Si puedes invertir veinte dólares en Wake Forest...

—No me lo recuerdes... Estoy perdiendo mi dinero y ni siquiera puedo ver cómo.

—Escucha mi oferta. Vale más que lo que habrías ganado con Wake Forest.

—Sí. —Me quedé escuchando, en silencio. Podía oír las ideas buscar un sitio en su cerebro—. Si alguna vez mencionas que tuvimos esta conversación...

—Me conoces, Ray, sabes que no lo haría.

—Sí, tienes razón. Está bien, ¿cuáles son esos números?

Se los di y los repitió para estar seguros.

—De acuerdo —dijo—. Ahora dame tu número y te llamaré en cuanto sepa algo.

—Claro —comencé—. Apunta, es el... —Estaba a punto de leer el número escrito sobre el aparato cuando Carolyn me agarró del brazo y me miró, alarmada—. Ray, creo que será mejor que no te lo dé... Para ti es sencillo localizar un número.

—¿Qué clase de persona crees que soy, Bern?

Sonreí.

—Además —dije—, estoy a punto de salir. Así pues, será mejor que yo te llame más tarde. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás?

—Depende de lo cooperativos que estén los de la compañía telefónica.

—¿Te parece bien media hora?

—Sí —respondió—. Me parece bien. Vuelve a telefonar dentro de treinta minutos, Bernie.

Colgué el auricular. Carolyn y los dos gatos me miraban expectantes.

—Una cámara —musité.

—¿Cómo?

—Tenemos media hora para conseguir una cámara. De hecho, mejor una polaroid, salvo que tengas algún conocido que disponga de un laboratorio y quiera revelar el carrete. Necesitamos una polaroid. Supongo que no tendrás una, ¿verdad?

—No.

—¿Podrías pedírsela prestada a alguien? No me apetece tener que comprar una a toda prisa. Las tiendas del centro estarán llenas de gente... Ni siquiera sé si hay una cámara de vigilancia en este edificio. En la calle Catorce hay unas cuantas tiendas, pero lo que venden es tan malo que no suele llegar entero a casa. En la Tercera Avenida están las casas de empeños, pero no me gusta acercarme a esa clase de sitios ahora que han puesto precio a mi cabeza... Claro que tú podrías acercarte y comprar una cámara.

—Si supiera qué tengo que comprar. Me daría mucha rabia volver a casa y descubrir que lo que he adquirido no nos sirve. Además, ¿para qué necesitamos una cámara?

—Para sacar unas fotos.

—¡Jamás lo hubiera imaginado! Es una pena que Randy volviese a casa en un mal momento. Tiene una de esas polaroids modernas; disparas y sale la foto revelada antes de que el obturador tenga tiempo de cerrarse.

—¿Randy tiene una polaroid?

—Eso he dicho. ¿No recuerdas las fotos de los gatos que te enseñé la semana pasada?

—No.

—Bueno, se la llevó. Pero no puedo pedirle que me la preste porque, como está convencida de que tenemos una aventura, creerá que quiero tomar fotos obscenas o algo así. Además, es probable que no esté en casa.

—Llámalala y compruébalo.

—¿Estás de broma? No quiero hablar con ella.

—Cuelga si contesta.

—Entonces ¿para qué la llamo?

—Porque si no está en casa —contesté— podemos acercarnos y tomar la cámara prestada.

—Fantástico. —Se acercó al teléfono, suspiró y apoyó la mano sobre el auricular—. Olvidas algo... Ayer le devolví sus llaves.

—¿Y?

—¿Qué?

—¿Quién ha dicho que necesitamos las llaves?

Me miró, rio y sacudió la cabeza.

—Claro... —murmuró mientras levantaba el auricular.

Randy vivía en un estudio diminuto, en el quinto piso de un edificio de apartamentos de la calle Morton, entre la Séptima Avenida y el río. Las leyes de Nueva York obligan a que todo edificio de más de siete plantas cuente con ascensor... Aquel tenía seis, de modo que subimos por las escaleras.

Abrir las cerraduras fue pan comido. No habrían supuesto inconveniente alguno aunque me hubiese visto obligado a trabajar con herramientas improvisadas. Pero con mi equipo de profesional me abrí paso como el río Wehrmacht por Luxemburgo. Al abrir el último pestillo miré a Carolyn, que estaba boquiabierta. Sus ojos azules parecían más grandes que de costumbre.

—Dios... yo con las llaves tardo más en abrir la puerta.

—Bueno, son cerraduras de poca calidad. Y me he esforzado porque quería impresionarte.

—Lo lograste, estoy impresionada.

Entramos y salimos más rápidos que Speedy González. La cámara estaba donde siempre, en el último cajón de la cómoda de Randy, y Carolyn la encontró enseguida. Venía en una funda con correa, en cuyo compartimento había varios carretes. Carolyn se colgó la cámara del hombro. Cerré la puerta y regresamos a casa.

Había prometido llamar a Ray al cabo de media hora y no tardé más que unos minutos de más con respecto a lo convenido. Esa vez, él mismo contestó al teléfono.

—Tienes un amigo que se mueve mucho —explicó.

—¿Perdón?

—El tipo que te ha dado los tres números. Abarca un territorio muy amplio. El RH es el número de una cabina que se encuentra en una esquina de la avenida Madison con la calle Setenta y cinco. El CH, también es de una cabina. Se encuentra en el vestíbulo del hotel Gresham, en la calle Veintitrés entre las avenidas Quinta y Sexta.

—Espera —dije mientras anotaba a ritmo frenético—. Ya está. ¿Y qué hay del WO?

—En el centro, quiero decir, en pleno centro, en la zona de Wall Street.

—¿Otro teléfono en un vestíbulo?

—No. Se trata de una oficina situada en el decimocuarto piso de una empresa llamada Tontine Trading Corp. Bernie, volvamos a lo del abrigo. Prometiste que sería de visón, ¿no?

—Exacto.

—¿Qué color habíamos dicho?

—Azul plateado.

—¿Y estás seguro de que es de última moda?

—Totalmente. Le encantará, Ray. Es un abrigo de marca y todo es legal.

—¿Cuándo lo tendré?

—Falta mucho para Navidad, Ray. No te preocupes.

—Maldito hijo de puta... ¿Todavía no tienes el abrigo?

—Por supuesto que no. Ya no me dedico a robar, Ray. Lo dejé, ¿recuerdas? ¿Qué demonios iba a hacer yo con un abrigo de pieles?

—Entonces, ¿de dónde piensas sacarlo?

—Te prometo que en cuanto salga de este lío te conseguiré el abrigo.

—Y si no sales nunca de este lío, Bern, ¿qué pasará conmigo?

—Bueno, reza para que salga —contesté—. De lo contrario perderás el abrigo como perdiste los veinte dólares que apostaste por Wake Forest.

Cogí un taxi para ir a buscar el Pontiac. Para cuando estuve de regreso Carolyn ya se había familiarizado con las sofisticadas funciones de la polaroid. Para demostrármelo, en cuanto entré me hizo una foto, salió al instante y se reveló ante mi atenta mirada. Mi cara reflejaba sorpresa y culpabilidad. Le dije a Carolyn que no pensaba pedir ninguna ampliación.

—Eres mejor modelo que los gatos —comentó—. *Ubi* no para quieto y *Archie* se pone bizco.

—*Archie* siempre bizquea un poco.

—Es un defecto de los siameses. ¿Me sacas una foto?

—¡Claro!

Llevaba un jersey de cuello alto gris y unos pantalones color pizarra azulada. Para la foto, se puso un jersey escotado con botones y una boina inclinada en la cabeza. Ataviada para la ocasión, se sentó en la mesa, cruzó las piernas y dirigió una bonita sonrisa a la cámara, como un niño desamparado.

La cámara de Randy captó la escena con gran precisión y analizamos juntos el resultado.

—Me falta un puro —sentenció Carolyn.

—Pero tú no fumas puros.

—Es sólo para posar. Me daría un aire muy *Bonnie & Clyde*.

—¿A cuál de los dos te parecerías más, según tú?

—¡Qué gracioso! No hay nada mejor que un chiste machista para levantar el ánimo. ¿Estás listo para irnos?

—Eso creo. ¿Tienes la pulsera de los Blinn?

—La llevo en el bolsillo.

—¿Te has familiarizado suficientemente con la cámara?

—Es tan difícil de manejar como un ascensor.

—Entonces, vamos.

Al llegar a la calle dije:

—Por cierto, Carolyn, hoy estás preciosa.

—¿A qué viene eso?

—Me alegro de que me acompañes.

—¿Qué es esto, una arenga a las tropas antes de partir hacia la batalla?

—Supongo que algo parecido.

—Pues contrólate, ¿de acuerdo? Podría emocionarme y correrse el rímel. Menos mal que no voy maquillada. ¿Podrás conducir este cacharro, Bern?

Los fines de semana el barrio financiero de Nueva York es una especie de páramo. Parece que alguien hubiese dejado caer una de esas bombas que matan a la gente pero dejan en pie los edificios. No se ve más que calles estrechas, edificios altos, y ni un alma. Las tiendas están cerradas y la gente está en casa, viendo un partido de fútbol.

Dejé el Pontiac en el aparcamiento de Nassau y fuimos caminando hasta Pine. El número doce era un edificio de oficinas más alto que los que lo rodeaban. En el vestíbulo había un portero, que atendía a unos cuantos empleados que se negaban a que el fin de semana frenase sus posibilidades de prosperar en la empresa.

Nos quedamos en la entrada unos ocho o diez minutos, durante los cuales el portero no tuvo nada que hacer. Miré hacia arriba y vi que había nueve despachos con la luz encendida. Intenté determinar si alguno de ellos podía pertenecer al decimocuarto piso. Algo difícil de saber ya de por sí, y mucho más si se miraba hacia arriba desde la calle y sin saber a ciencia cierta cuál podía ser el piso decimocuarto, puesto que desconocía si el edificio tenía piso decimotercero o no.

No conseguí dar con ninguna cabina desde la que ver el edificio. Giré en la calle William y caminé hasta la esquina siguiente. A las cuatro y dos minutos marqué el número que me había facilitado Prescott Demarest. Lo dejó sonar dos veces y luego descolgó, pero no dijo nada hasta que escuchó mi voz. Si hubiese sido igual de precavido la noche anterior, habríamos podido obtener la polaroid de Randy sin tener que forzar la puerta de su casa.

—Tengo el libro —dije—. Y necesito dinero. He de salir del país. Podemos intentar llegar a un acuerdo sobre el precio, si somos razonables.

—Estoy dispuesto a pagar un precio justo, si se trata de un verdadero ejemplar perdido.

—¿Qué le parecería echarle un vistazo esta noche? Si después de verlo decide comprarlo, negociaremos el precio.

—¿Esta noche?

—En la librería Barnegat. Está en la calle Once.

—Ya sé dónde está. He leído un artículo sobre ese sitio en el periódico de esta mañana.

—Lo sé.

—¿Cree que la librería es un lugar seguro?

—Sí. La policía ya no vigila la tienda, si es eso lo que le preocupa. Lo he comprobado esta misma mañana. —Y era cierto, había pasado lentamente por delante, con el Pontiac—. Lo veré allí a las once en punto.

Colgué y volví a la calle William con la calle Pine. Desde allí, podía ver la entrada del edificio pero sin demasiado detalle.

Había dejado a Carolyn ante el escaparate de una tienda especializada en

fotografías antiguas. No sabía si seguiría allí o no.

Permanecí unos cinco minutos sin hacer nada. Luego, vi salir a alguien del edificio. El hombre fue directo hacia la calle Nassau. Lo vi desaparecer a lo lejos mientras Carolyn me saludaba desde la entrada de la tienda de fotos.

Corrí hacia la cabina, marqué nuevamente el número, lo dejé sonar un par de veces, colgué, recuperé mi moneda y volví a toda prisa junto a Carolyn.

—No había nadie —expliqué—. Ha salido de la oficina.

—Entonces tenemos su foto.

—¿Sólo ha salido una persona?

—No, pero el primero en salir lo hizo antes de que llegases a la cabina, de modo que no me molesté en fotografiarlo. Luego, salió un hombre, te hice una seña y le tomé una foto. Ahora sale alguien más, es una mujer, ¿quieres que le saque una foto?

—No hace falta.

—Está firmando el libro de salidas y entradas. Demarest no se molestó, le hizo un gesto al portero y salió del edificio.

—Eso no significa gran cosa. Yo mismo suelo saludar a los porteros con cierta familiaridad. Si te comportas como si los conocieses, ellos suponen que es así.

—Aquí tienes la foto. Necesitamos un *zoom* o como quiera que se llamen los chismes esos. Afortunadamente, esta calle es muy estrecha, de lo contrario no distinguiríamos nada en la foto.

Estudí la fotografía. No tenía la definición de un retrato de Bachrach pero la luz era buena y se veía bien la cara de Demarest. Se trataba de un hombre alto, de mediana edad. Llevaba el pelo cano peinado como si fuera un coronel de la marina retirado.

Su rostro me resultaba vagamente familiar, pero no sabía por qué. No tenía conciencia de haberlo visto antes.

Cuando íbamos de camino hacia el norte, Carolyn se miró en el espejo retrovisor, para ver si llevaba bien colocada la boina. Tardó unos minutos en ponerla a su gusto.

—¡Fue muy divertido! —exclamó.

—¿Qué? ¿Sacarle fotos a Demarest?

—¿Qué tiene de divertido sacar fotos? Ni siquiera tuvo emoción. Pensé que cruzaría la calle y me amenazaría, pero ni siquiera se dio cuenta de que existía. Disparé desde la sombra, tranquilamente. No, me refiero a ayer por la noche.

—¡Ah!

—Cuando Randy entró en casa hecha una furia. Increíble... podría dar clases sobre cómo malinterpretar una situación.

—Bueno, si lo ves desde su perspectiva...

—Es ridículo, lo mires por donde lo mires. Pero tendrás que admitir algo.

—¿Qué?

—Está preciosa cuando se enfada.

A las cinco menos cuarto llegamos a un local llamado Sangfroid. Era un lugar elegante situado en un vecindario elegante. El suelo estaba enmoquetado, los muebles eran de madera negra y cromo. La mesa a la que nos sentamos era un disco de madera de poco menos de medio metro de diámetro. Las sillas eran semiesferas sobre unos pies de cromo. Bebí una Perrier con hielo y una rodaja de lima. Carolyn pidió un martini.

—Ya sé que no bebes mientras trabajas —dijo—. Pero esto no puede considerarse beber.

—¿Qué es, entonces?

—Una especie de terapia. Y llega justo a tiempo, porque me parece que empiezo a alucinar. ¿Estás viendo lo que yo?

—Veo a un señor muy alto con una barba y un turbante que se dirige hacia la avenida Madison.

—¿Es posible que alucinemos los dos?

Negué con la cabeza.

—Es un sij —dije—. Claro que también puede ser un ladrón asesino disfrazado...

—¿Qué hace?

Había entrado en una cabina. Se hallaba en la misma esquina que nosotros, a unos metros de distancia de donde estábamos sentados. Lo veíamos perfectamente a través de la ventana. No podía jurar que se tratase del mismo sij que me había apuntado con su pistola, pero era probable que lo fuese.

—¿Es ese el hombre que te llamó esta mañana?

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué hace en la cabina? De todos modos, aún faltan diez minutos.

—Tal vez lleve el reloj adelantado.

—¿Se va a quedar esperando ahí? Espera, ¿a quién estará llamando ahora?

—Ni idea.

—Acaba de colgar. Y se marcha.

Pero no se fue demasiado lejos. Cruzó la calle y se detuvo ante la entrada de una tienda. Era tan discreto como el World Trade Center.

—Está montando guardia —expliqué—. Creo que lo enviaron para comprobar que el terreno estuviese despejado. Probablemente haya llamado al hombre con quien hablé por la mañana para confirmarle que todo estaba en regla. Supongo que no habrá dicho no hay moros en la costa... Ahí viene nuestro hombre.

—¿De dónde ha salido?

—Tal vez se hospede en Carlyle, que está a una calle de aquí. Además, si tuvieras

dinero para emplear a un sij con turbante, ¿qué otro hotel elegirías? Como mucho el Waldorf, por nostalgia histórica... El Sherry-Netherlans, si fueses productora de cine y el sij un artista famoso disfrazado. El Pierre, quizá, si...

—Es él, sin duda. Ha entrado en la cabina.

—Ya veo.

—Y ahora ¿qué?

Me levanté, busqué una moneda en el bolsillo y consulté el reloj.

—Es la hora —afirmé—. Discúlpame un instante, tengo que hacer una llamada...

Fue una conversación bastante larga, la operadora nos interrumpió un par de veces para solicitar que echásemos más monedas, y no era la clase de conversación en la que a uno no le importa que le interrumpan. Me entraron ganas de colgar, caminar unos metros y proseguir la conversación en directo. Pero me dije que eso no resultaría demasiado prudente.

Cuando por fin colgué, la operadora me pidió una moneda más. La metí pero me quedé allí, fantaseando con la posibilidad de abrir el cajetín de monedas y recuperar todo cuanto había echado. Nunca he robado las cabinas, me parece que no merece la pena molestarse por tan poco, pero no debía de ser demasiado difícil. Empecé a inspeccionar la cerradura que custodiaba las monedas pero, afortunadamente, recuperé el sentido común.

Me dije que a Carolyn le encantaría ver cómo lo hacía, y fui a buscarla, pero al llegar al bar me encontré con que la mesa estaba vacía. Me senté a esperarla. El hielo de mi Perrier se había fundido y el gas, a pesar de su tozudez, empezaba a flojear. Miré a través de la ventana. No vi a nadie en la cabina, y el sij ya no montaba guardia en la calle.

Tal vez Carolyn hubiese sentido la urgencia de la madre naturaleza y estuviese en el lavabo, con la cámara. Dejé pasar un minuto. Deposité un billete de cinco dólares sobre la mesa, puse el vaso encima para que no se volara y salí del local.

Miré a ver si veía al sij, pero no había rastro de él por ninguna parte. Crucé la calle, giré hacia la avenida Madison y tomé rumbo al Carlyle. Había leído en alguna parte que Bobby Short ya había vuelto de sus vacaciones de verano y que Tommy Flanagan, el pianista de Ella Fitzgerald durante tantos años, actuaba en solitario en el Bemelmans Lounge. Pensé que era una magnífica forma de pasar una tarde agradable en Nueva York y me prometí que en cuanto se aclarase todo aquel embrollo, volvería a dar una vuelta por aquel lujoso vecindario.

Claro que aquel lío podía no arreglarse jamás. De ser así, no me quedarían muchas oportunidades de volver.

Estaba empezando a sentirme mal, cuando oí una voz que me hablaba desde un portal, a mi izquierda.

—Oye, tío, ¿quieres comprar una cámara?

Ahí estaba, con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Me encontraste —dijo.

—Soy un hombre lleno de recursos.

—Y es más difícil librarse de ti que de un constipado en verano.

—En eso tienes razón. Pensé que estabas en el lavabo. Al ver que no regresabas, opté por pasar a la acción.

—Igual que yo. Intenté sacarle una foto mientras hablabas con él. Pero desde el interior sólo salían los reflejos del cristal. No podía apreciarse si había alguien en la cabina o no.

—De modo que fuiste a su encuentro.

—Sí. Pensé que cuando hubiese acabado de hablar, volvería al lugar de donde había salido, de modo que vine para aquí y me puse a esperarlo. O hablasteis mucho rato o aprovechó para hacer más llamadas.

—Hablamos mucho rato.

—Por fin apareció y no se percató de mi presencia. Pasó justo a mi lado. Fíjate en esto.

—El parecido es sorprendente.

—Eso no es nada. Me quedé observando la foto mientras se revelaba, porque me parece algo tan curioso... y luego me la guardé en el bolsillo y me dirigí hacia la entrada, para ir en tu busca y adivina con quién topé...

—Con Rudyard Whelkin.

—¿Está por aquí? ¿Lo has visto?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene eso?

—Me pediste que adivinara. Veamos... con Prescott Demarest.

—No. ¿Qué te pasa, Bern? Me encontré con el sij.

—Era lo siguiente que iba a decir.

—Bueno, pues habrías acertado por fin. A punto estuve de llevármelo por delante. Nos miramos; él hacia abajo, claro, y yo hacia arriba... Te juro que podría haber utilizado una escalera.

—¿Qué ocurrió después?

—Ocurrió que me comporté de forma sumamente inteligente. Valgo mi peso en oro. Puse cara de tonta y dije: ¡Qué maravilla de turbante! ¿Viene usted de la India, señor? ¿Trabaja en las Naciones Unidas? Dios... ¿Me deja hacerle una foto?

—¿Y te dejó?

—Por supuesto. Mira si no.

—Estás empezando a cogerle el truco a la cámara.

—Él se quedó tan impresionado como tú. Dijo que mañana, lunes, a primera hora,

iba a comprarse una polaroid. De hecho, tuve que sacarle dos fotos, porque quería llevarse una de recuerdo. Dale la vuelta y lee lo que pone detrás.

En el dorso de la fotografía se podía leer, escrito con una letra muy elegante, lo siguiente: «A mi pequeña princesa, con estima y devoción, su seguro servidor: Atman Singh».

—Así se llama —dijo—. Atman Singh.

—Ya lo había entendido.

—¡Qué listo eres! Supongo que también te habrá quedado claro que el hombre con quien hablaste por teléfono es el jefe de Atman Singh. El jefe se llama... bueno, ahora que lo pienso, no sé cómo se llama, pero tiene el título de maharajá de Ranchipur. Supongo que también lo sabías, ¿no?

—No —respondí con voz suave—. Eso no lo sabía.

—Se hospedan en el Carlyle, en eso tenías razón. Al maharajá le gusta viajar acompañado. Especialmente si se trata de mujeres. Me parece que si hubiese sabido jugar bien mis cartas, habría podido sumarme a la fiesta...

—Me pregunto cómo te quedaría un rubí en el ombligo.

—Me vería demasiado femenina, ¿no te parece? De todos modos, a Atman Singh le gusto tal y como soy.

—A mí también. —Le puse una mano sobre el hombro—. Has estado fantástica, Carolyn. Estoy francamente impresionado.

—Yo también —afirmó—. Nunca creí que tuviera tanto valor. Claro que no todo el mérito es mío; no habría podido hacer nada sin tomarme un martini antes.

Cuando estuvimos de nuevo en el coche, Carolyn comentó:

—Me lo he pasado muy bien con el numerito que le monté a Atman Singh. Al principio estaba muerta de miedo, pero al cabo de un rato me había metido tanto en el papel que no me daba cuenta de si estaba o no asustada. ¿Sabes a qué me refiero?

—Por supuesto, conozco la sensación. Me ocurre cada vez que me cuelo en una propiedad privada.

—Sí, lo de la casa de Randy estuvo bien. No sabía que robar podía ser tan emocionante. Ahora entiendo que la gente lo haga más por el placer que produce que por el dinero que se obtiene de ello.

—Cuando eres un profesional —expliqué—, el dinero siempre es lo primero.

—Supongo que tienes razón. Estaba realmente celosa, ¿verdad?

—¿Randy?

—Sí. Oye... cuando todo esto acabe me gustaría que me enseñases un par de trucos.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, me gustaría aprender a abrir las puertas sin necesidad de utilizar

las llaves. ¿Piensas que podría aprender?

—Bueno, todos podemos aprender hasta cierto punto. Pero luego, se tiene o no se tiene el don necesario. Te enseñaré todo cuanto pueda.

—¿Podrías enseñarme a poner en marcha el motor de un coche sin la llave?

—Es muy fácil. Lo aprenderás en diez minutos.

—Pero no sé conducir.

—Entonces, no creo que te sirva de mucho aprender este truco.

—Sí, tienes razón, pero me gustaría saber hacerlo, de todos modos. Sencillamente por el gusto de saberlo. Oye... Bern.

—¿Sí?

Me dio un puñetazo suave en la parte superior del brazo.

—Sé que este es un asunto de vida o muerte... pero me lo estoy pasando muy bien contigo. Quería que lo supieses.

A las seis menos diez aparcamos el coche (en un lugar que no estaba prohibido, para variar) a una manzana del hotel Gresham de la calle Veintitrés. Empezaba a oscurecer. Carolyn bajó la ventanilla y le sacó una foto a unos peatones. El resultado era bastante bueno desde un punto de vista estético, pero como la luz era pobre, la definición dejaba bastante que desear.

—Temía que ocurriera algo así —dije—. Me cité con el maharajá a las cinco y con Whelkin a las seis, cuando hablé con Demarest pensé en citarlo a las siete. Pero lo dejé para las cuatro porque recordé que iba a hacernos falta luz.

—Llevo flashes en la bolsa de la cámara.

—Llaman demasiado la atención, ¿no te parece? De todos modos, me alegro de haber podido retratar a Demarest con buena luz. Lo de Whelkin no tiene tanta importancia. Puede que no salga del edificio.

—¿Crees que se aloja en el hotel?

—Es probable. Pensé en llamar para comprobarlo, pero ¿por quién pregunto?

—¿No crees que esté utilizando su verdadero nombre?

—No. Pero además, no sé cuál es su verdadero nombre. Estoy seguro de que no es Rudyard Whelkin. Es una bonita historia eso de que su padre le pusiera Rudyard porque adoraba a Kipling, y de que él acabara convirtiéndose en coleccionista de la obra de ese mismo autor... Pero me parece que se lo inventó todo sólo para mí.

—¿No se llama Rudyard Whelkin?

—No. Y tampoco colecciona libros.

—Entonces, ¿qué hace con ellos?

—Creo que los vende. —Consulté el reloj—. Ya debe de estar en la cabina del vestíbulo, esperando mi llamada. Será mejor que lo llame.

—Y será mejor que yo intente conseguir esa foto.

—Procura ser discreta, ¿de acuerdo?

—Yo siempre soy discreta...

El teléfono de la primera cabina en que me metí no funcionaba. Había otra cabina en la acera de enfrente, pero estaba ocupada. Acabé usando el teléfono público del bar Barney Rose, que tenía tanto en común con el Sangfroid como el hotel Gresham con el Carlyle. Los carteles del fondo de la barra estaban escritos a mano y anunciaban distintas marcas de whisky a precios razonablemente bajos.

Marqué el número que Whelkin me había dado. Debía de tener la mano sobre el auricular, porque descolgó en el preciso instante en que empezaba a sonar.

La conversación fue más breve que la que había mantenido con el maharajá, pero duró más de lo que debía, porque llegó un momento en que no oía nada. El locutor de televisión estaba dando los resultados de los partidos de fútbol y en cierto momento dijo algo que produjo una fuerte discusión en el bar. Como el griterío no paraba, Whelkin y yo tuvimos que dar por terminada la charla.

Me disculpé por las molestias.

—No importa —dijo para tranquilizarme—. Donde estoy también reina una gran confusión. Hay un eurasiático tumbado en un banco, ciego de droga; luego hay una anciana que no para de hurgar en su bolso y hablar sola... Por no mencionar a una joven que se la pasa tomando fotos a todo el mundo. ¡Oh, Dios mío! Viene hacia aquí.

—Parece inofensiva —apunté.

—Eso espero. Pondré mi mejor sonrisa y espero que con eso baste.

Momentos después, me encontraba de nuevo en el Pontiac, observando un primer plano de Rudyard Whelkin. Y en efecto, mostraba una dentadura en bastante buen estado.

—Muy sutil —felicité a Carolyn.

—Hay un tiempo para la sutileza —dijo— y un tiempo para la burla. Hay un tiempo para el estoque y otro para la coacción. Hay un tiempo para acabar las cosas y otro para dejarlas a medias.

—Y hay un pesado en el Barney Rose capaz de discutir horas enteras sobre fútbol. Me apetecía beber algo, pero supuse que no les quedaría Perrier...

—¿Quieres que paremos en algún sitio?

—No tenemos tiempo.

—¿Qué ha dicho Whelkin?

Le hice un resumen de nuestra conversación mientras nos dirigíamos de nuevo hacia la zona este de la ciudad. Al acabar, frunció el entrecejo y se rascó la cabeza.

—Es demasiado complicado —susurró—. No sé quién miente y quién dice la verdad.

—Será mejor que pienses que todos mienten. De ese modo, no te llevarás malas

sorpresas. Te dejo en casa de los Blinn. ¿Sabes qué tienes que hacer?

—Claro... Pero ¿tú no vienes?

—No es necesario, quedan muchas cosas por hacer. ¿Recuerdas qué tienes que hacer cuando acabes con los Blinn?

—Tomarme una copa de algo.

—¿Y después?

—Me parece que sí, pero ¿puedes repetírmelo una vez más?

Se lo repetí y discutimos un par de puntos que no habían quedado claros. En la calle Sesenta y seis aparqué el coche en doble fila cerca de un Jaguar con matrícula diplomática y el parachoques abollado. El Jaguar estaba aparcado delante de una boca de incendios, pero el dueño se sentía tranquilo, protegido por la inmunidad diplomática. No le preocupaban ni las multas ni las grúas.

—Hemos llegado —dije—. ¿Llevas las fotografías?

—Sí, todas, incluso la de Atman Singh.

—Lleva la cámara también. Es mejor no dejarla en el coche. ¿Y la pulsera de los Blinn? ¿La tienes?

Sacó la pulsera del bolsillo y se la colocó en la muñeca.

—No soy muy aficionada a las joyas —explicó—, pero debo admitir que esta es preciosa. Bern, me parece que olvidas algo. Tienes que venir conmigo si quieres entrar en el apartamento de Madeleine Porlock.

—¿Por qué habría de querer ir a su apartamento?

—Para robar el chaquetón de lince.

—¿Y por qué habría de querer robar el chaquetón de lince? Esto empieza a parecerme un vodevil. ¿Por qué habría de...?

—¿No le prometiste al agente de policía que se lo darías?

—¡Ah! No veía adónde querías ir a parar. No, Ray quiere un abrigo de visón para su mujer, y lo que hay en el armario de Madeleine es un chaquetón de lince... La señora Kirschmann no quiere saber nada de animales salvajes asesinados para quitarles la piel.

—Me parece muy bien. No presté demasiada atención mientras hablabas con él. Supongo que piensas robar el visón en otro lado.

—Cuando llegue el momento.

—Ya veo. Como te oí dar la marca del abrigo, me confundí.

—Arvin Tannenbaum —apunté.

—Exacto, pero acabas de decir...

—Arvin Tannenbaum.

—Bernie, ¿te encuentras bien?

—Sí. —Consulté el reloj—. Como si no tuviese suficientes cosas que arreglar ni suficientes paradas que hacer... El tiempo pasa volando, Carolyn. Nunca alcanza para

nada.

—Bernie...

Me incliné hacia ella y abrí la puerta de su lado.

—Ve a visitar a los Blinn —dije—. Luego nos vemos.

Telefoneé a Ray Kirschmann desde una cabina de la Segunda Avenida. Ray me contó apesadumbrado que los Bulldogs seguían ganando.

—Míralo por el lado positivo —dije—. Lo que pierdas hoy, lo recuperarás mañana.

—Mañana jugamos con los Giants. Será muy difícil ganarles.

—Me encanta charlar contigo —afirmé—, pero tengo prisa. Necesito que averigües unas cosas.

—¿Qué soy, tu secretario particular? Estás pidiendo mucho por ese abrigo.

—Es de visón, Ray. Piensa hasta dónde llegan algunas mujeres por conseguir un abrigo así.

—Muy gracioso.

—Además, no se trata únicamente de un abrigo; puedes conseguir un bonito collar por el mismo precio.

—¿En serio?

—Han ocurrido cosas muy extrañas. ¿Tienes con qué apuntar? —Fue a buscar algo y le expliqué que necesitaba que investigase—. No te alejes demasiado del teléfono, ¿de acuerdo, Ray? Volveré a llamar.

—Estupendo —contestó—. No sé si podría resistir sin tus llamadas.

Regresé al coche. Había dejado el motor encendido. Metí una marcha y continué por la Segunda Avenida. Al llegar a la calle Treinta y tres, giré a la derecha, eché un rápido vistazo al hotel Gresham, giré de nuevo hacia la Sexta Avenida, luego hacia la calle Veintinueve y por último aparqué en una zona de pago de la Séptima Avenida. Esa vez sí apagué el motor y retiré el puente.

Me encontraba en el centro del mercado de pieles, unas calles que eran la pesadilla de los ecologistas.

Cientos de pequeños comercios apiñados, peleteros, fabricantes, vendedores de abrigos, de bolsos, de chaquetas, de accesorios; mayoristas y minoristas, artesanos de la confección, costureros, creadores de cinturones, botones, arcos. El negocio que yo andaba buscando se encontraba al final de la avenida, en la calle Veintinueve. El local de Arvin Tannenbaum ocupaba la tercera planta de un almacén de cuatro pisos.

En la planta baja se encontraba una cafetería que cerraba los fines de semana. A la derecha había una puerta que daba a un pasillo con ascensor y a la escalera de incendios. La puerta estaba cerrada. La cerradura no parecía gran cosa.

Sin embargo, el perro sí. Se trataba de un dóberman asesino, entrenado para ser un guardián violento, y aseguraba la privacidad del pasillo como si fuera un leopardo. Cuando me acerqué a la puerta, dejó de ladrar y me miró atentamente. Apoyé una mano en la puerta por simple curiosidad y se puso en actitud de ataque. Retiré la

mano, pero eso no lo calmó en absoluto.

Habría dado cualquier cosa por que Carolyn me hubiese acompañado. Podría haberle pegado un baño a semejante bastardo. Y cortarle las uñas y limarle los dientes, de paso.

No suelo aventurarme cuando topo con un perro guardián. La única forma de pasar era llenarme el brazo de veneno y dejar que ese hijo de puta me mordiera. Le dirigí una sonrisa forzada y gruñó desde lo más profundo de su garganta. Salí y entré en la cafetería.

Fue más difícil de lo que esperaba. Tenían persianas de hierro, como las que había instaladas en mi librería, pero me sentía más capaz de enfrentarme a eso que a un animal salvaje. Abrí la persiana y la puerta y comprobé aliviado que no se disparaba ninguna alarma. Bajé la persiana antes de cerrar la puerta. Cualquier peatón atento vería que estaba sin cerrar con llave, pero desde lejos daba el pego.

Dentro había una puerta que daba al ascensor, pero desgraciadamente allí estaba también el perro, por lo que no resultaba demasiado útil. Crucé la cocina y encontré una puerta que daba a la escalera de incendios. Me subí a un cubo de basura para llegar al extremo de la misma, y empecé a subir.

Pensaba ir directamente al tercer piso, pero al pasar por el segundo vi una ventana abierta y no pude resistir la tentación. Me colé, avancé por un mar de trozos de cuero, subí por unas escaleras y entré en la propiedad de Arvin Tannenbaum e hijos.

Pocos minutos después, salí de la misma forma que había entrado, bajando por unas escaleras, sorteando los trozos de cuero, tomando la escalera de incendios y confiando tener suerte al aterrizar en el cubo de basura. Al llegar a la cocina de la cafetería me concedí un descanso y comí algo. Nada demasiado exquisito, pero estaba muerto de hambre y cualquier cosa me parecía apetecible.

No me molesté en cerrar de la puerta con llave al salir. La ajusté sin más. Sin embargo, bajé la persiana y pasé el cerrojo.

Antes de regresar al Pontiac, pasé un momento a despedirme del perro. Lo saludé con la mano y él me gruñó a modo de respuesta. Por la forma en que me miró, juraría que sabía perfectamente a qué había ido hasta allí.

La señora Kirschmann contestó al teléfono. Al pedirle que me pasara con su marido dijo: «Un momento por favor», y a continuación gritó el nombre de Ray sin preocuparse por tapar el auricular con la mano. Cuando Ray por fin contestó, le comenté que tenía el tímpano destrozado.

—¿Y eso?

—Tu mujer ha estado gritándome al oído.

—No es culpa mía, Bernie. Aparte de eso, ¿todo marcha bien?

—Creo que sí. ¿Qué has averiguado?

—En cuanto al arma del crimen... A Madeleine Porlock la mataron con una Devil Dog.

—Odio ese modelo.

—¿Cómo?

—Bueno, creo que odio más las Twinkie, pero ¿no son lo mismo que las Devil Dog?

Ray suspiró.

—Una Devil Dog es una pistola automática fabricada por Marley. Toda la línea tiene algo que ver con nombres de perros, de una forma o de otra. La Devil Dog es una automática del calibre 32. La Whippet es del calibre 25; el Mastiff es un revólver del 38, y también tienen un Magnum del 44, aunque no recuerdo cuál es el nombre exacto. Por el tamaño debe de ser algo parecido a un Irish Wolfhound o un Great Dane, pero no me parecen nombres adecuados para un arma.

—Hay demasiados perros en esta historia —murmuré—. Los bulldogs, el Marley Devil Dog y el dóberman del pasillo...

—¿A qué dóberman te refieres? ¿De qué pasillo me estás hablando?

—Olvídalo. Así pues, ¿es un arma del 32?

—Exacto. No está registrada. Podría ser de Porlock, o puede que el asesino la llevase consigo.

—¿Cómo es?

—¿El arma? No la he visto, Bern. Me limité a realizar una llamada. No me presenté en el almacén de la policía pidiendo que desembalaran la pistola. Pero conozco las Devil Dogs. Se trata de pistolas automáticas, de modo que son planas, no demasiado grandes, con un cargador de cinco balas. Las que he visto eran de acero azulado, pero supongo que pueden comprarse con el acabado que se quiera: niqueladas o mate, según sea el precio que estés dispuesto a pagar.

Cerré los ojos e intenté recordar el arma que había visto en mi mano. Era de acero azulado. Parecía que todo encajaba.

—Es un arma bastante pequeña, Bern. Con un tambor de unos cinco centímetros. El culatazo al disparar es mínimo.

—Pero mata de todos modos.

—¿Cómo dices?

—Nada. —Fruncí el entrecejo. Me había parecido un arma grande, comparada con el revólver diminuto con que me había apuntado el sij. Lo que me trajo a la memoria algo—. ¿Con qué arma dispararon a Rockland, el policía al que hirieron frente a mi librería? ¿Has podido averiguarlo?

—Insistes en sostener que no fuiste tú, ¿verdad?

—¡Por favor, Ray!

—Está bien, está bien. No le dispararon con una Devil Dog, Bern, porque el

asesino dejó el arma en el suelo del apartamento. ¿Adónde quieres llegar?

—Sigue.

—Bueno. A Rockland le dispararon... Es difícil saber con qué le dispararon.

—¿No encontraron ningún casquillo?

—La bala se partió.

—Supongo que encontrarían los pedazos.

Ray carraspeó.

—Si me preguntan, negaré todo cuanto voy a contarte —dijo—. Pero por lo que parece, una vez atados los cabos, es posible que...

—Rockland se disparó a sí mismo.

—Bueno, eso creo, Bern. Es joven, se puso nervioso y... ya sabes.

—¿La herida es grave?

—Tengo entendido que podría perder un dedo. No un dedo importante, pero...

Me vino a la mente Parker, paseando por ahí, fracturando huesos. Me pregunté qué dedos consideraba Ray importantes.

—¿Qué has averiguado sobre Rockland?

—Bueno, he hecho algunas preguntas, Bern. Es joven, algo que todos sabemos, pero es capaz de cambiar de rumbo por una buena causa.

—¿Qué entiendes tú por una buena causa?

—Dinero.

—Pero quien te habla no tiene dinero —dijo—. Como no acepte tarjeta de crédito...

—Pides demasiado, Bern. El pobre ha perdido un dedo.

—Se disparó él mismo...

—Sí, pero un dedo es un dedo.

—Acabas de decir que no era un dedo de los importantes.

—Aun así...

—¿Crees que si le ofreciera una parte del pastel, aceptaría que le pagase con retraso? Si es ambicioso, y dices que lo es, estaría loco si no aceptase.

—Un punto a tu favor.

Tenía más de un punto a mi favor. Tenía un montón de cosas que contarle, algunas fáciles de encajar, otras no tanto. Al final, le dije que se lo tomara con calma y él me dijo que tuviera cuidado.

Eran buenos consejos para los dos.

El dueño del Milo Arms Inc. tenía un gran sentido del humor. En las páginas amarillas aparecía el logotipo de la empresa: el torso desnudo de la Venus de Milo con una pistolera en la cadera; ¿quién podría resistirse?

Prefiero mantenerme alejado de las tiendas de armas, pero me he dado cuenta de

que normalmente ni siquiera las veo. Suelen estar situadas en el primer piso de algún edificio. Supongo que no son la clase de negocios a los que los clientes acudan por impulso o porque pasaban por allí.

Milo Arms no era una excepción. Ocupaba el primer piso de un edificio de ladrillos situado en la calle Canal, entre Greene y Mercer. En la tienda que se encontraba justo debajo vendían repuestos de fontanería, y el resto de pisos eran casas particulares. Me encontraba algo confuso en el vestíbulo, leyendo los nombres que había junto a los timbres, cuando vi salir a una pareja de jóvenes que dejaban un rastro de hierba poco lícita tras de sí. La chica rio tontamente mientras su acompañante me aguantaba la puerta.

La puerta de la tienda de armas era de madera maciza y estaba decorada con varios torsos con pistoleras y una lista exhaustiva de los artefactos letales que podían adquirirse en el interior. La puerta contaba con varias cerraduras, como era de esperar, y tenía puesto un candado. Llamé y me sentí aliviado al comprobar que nadie respondía y que no se oía gruñir a ningún perro guardián. Puse manos a la obra.

Las cerraduras no supusieron demasiado problema. El candado se abría con una combinación, y me pareció un reto interesante. Si no hubiese estado tan a la vista y yo no hubiese tenido tanta prisa, habría intentado dar con la combinación. Pero, en cambio, intenté romperlo con unas tenazas. Como eso no dio resultado (era un buen candado fabricado con buen acero) opté por la vía rápida: desmontar el soporte del candado, desatornillarlo del marco de la puerta. Cada oficio tiene sus trucos. Si uno vive para verlo, puede acabar conociendo muchos y variados, y poniéndolos en práctica.

¡Qué lugar tan macabro! Sólo estuve dentro cinco minutos, pero, qué cinco minutos tan desagradables. Tantas armas las unas pegadas a las otras, el olor a pólvora y aceite o lo que sea que les da ese olor tan particular. Máquinas infernales, instrumentos de muerte y destrucción. Herramientas de asesinos.

Al salir, cerré con cuidado. Lo último que pretendía era facilitarle la tarea a un maniático ladrón de armas. Me tomé la molestia de volver a colocar el candado en su sitio, dejando el soporte mejor atornillado a la puerta de lo que lo había encontrado. ¡Armas!

Ocupado. Ocupado. Ocupado.

Encontré a Carolyn en la Fábrica de Caniches. Le había encargado que cuidara del libro y no estaba muy contenta con esa tarea.

—Este negocio es tan desagradable —dijo—. Crees que debo de sacar un buen pellizco, ¿verdad? Te equivocas. Bueno, por lo menos pronto habrá un concurso canino importante en Armory.

—¿Piensas hacer negocio con eso?

—Claro. No se pueden ganar premios con un perro sucio.

—Parece un refrán. ¿Qué tal estaban los Blinn?

—Tan encantadores como siempre. Tomé unos cuantos dulces.

—Mejor que ver Twinkie y Devil Dog. ¿Se alegró Gert de recuperar su pulsera?

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones?

—Centramos nuestra atención en las fotos —dijo con tono de profesional ofendida. Colocó las cuatro instantáneas sobre el mostrador de mármol—. Gert no había visto a este hombre en su vida —explicó señalando con el dedo—. Está totalmente segura de ello. Tampoco cree haber visto a este otro, pero no se atrevería a jurarlo.

—¿Y reconoció a los otros dos?

Movió el dedo y lo colocó sobre otra de las fotografías. Advertí que volvía a morderse las uñas.

—A este, dice que lo ha visto mucho por allí. No sabe cuándo le vio por primera vez, pero debía de hacer bastante. Lo ha visto en compañía de Madeleine, pero también solo, entrando y saliendo del edificio sin compañía.

—Muy interesante. ¿Qué hay de nuestro otro amigo?

—Artie cree que los vio juntos en una ocasión. Y Gert apuntó que su cara le resultaba familiar.

—Préstame esta —dije mientras me la guardaba—. ¡Hasta la próxima!

El vestíbulo del hotel Gresham había cambiado desde que Rudyard Whelkin lo había descrito por teléfono. Carolyn ya no estaba allí, ni la anciana con su bolso. En uno de los bancos había un adicto a la heroína, pero no me pareció eurasiático, ni mucho menos. Tal vez fuese amigo del eurasiático.

El teléfono que había utilizado Whelkin estaba ocupado por una mujer extraordinariamente voluminosa que no paraba de hablar. La cabina le quedaba pequeña, de modo que tenía casi todo el cuerpo fuera. Se aferraba al auricular y le gritaba a alguien que ya le había pagado y que no le debía nada a nadie. Aparentemente, su presunto acreedor no quería dar el brazo a torcer.

El hombrecillo que había en recepción tenía la piel tan blanca que parecía que el sol no le hubiese tocado nunca. Sus ojos eran diminutos y de color azul; sus labios finos, prácticamente inexistentes. Le mostré la foto que le había pedido prestada a Carolyn. La miró por un buen rato, pensativo, y a continuación me miró con la misma expresión en el rostro.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Se encuentra en el hotel?

—No.

—¿Cuánto hace que se marchó?

—No lo recuerdo.

—Me gustaría dejarle un mensaje.

Me dio un bloc de notas. Yo llevaba mi propia pluma. Escribí: «Por favor, llame tan pronto como pueda», y firmé «R. Whelkin», no porque quisiera hacerme el listo, sino porque fue el único nombre que se me ocurrió en ese instante, a excepción del mío. Algo que él tampoco utilizaba, claro está.

Doblé la hoja y se la di al recepcionista. La cogió y me miró sin expresión alguna en el rostro. Ninguno de los dos se movió. Detrás de nosotros, la obesa de la cabina anunciaba que no estaba dispuesta a aceptar que nadie le hablase en semejante tono.

—¿Podría dejar el mensaje en su casillero? —pregunté.

—Luego.

Ahora, pensé. Así podré ver en qué habitación está.

—Será mejor que lo haga enseguida, antes de que olvide para quién es el mensaje. No ha puesto el nombre en la nota, ¿verdad?

—No.

—Ahora que lo pienso, ¿para quién es la nota?

—Yo no te he dado pie para que me insultes —vociferó la mujer del teléfono—. Llama de ese modo a tu perro, si quieres, pero no a mí. Ten cuidado con lo que dices.

El recepcionista tenía unas cejas muy finas. Me temo que no debían de cumplir demasiado bien con su función natural de retener el sudor antes de que llegase a los ojos, pero no resultaba demasiado grave, puesto que el hombre hacía todo lo posible por no trabajar tanto como para llegar a sudar. Sin embargo tenía suficientes pelos en las cejas como para arquearlas, y lo hizo. Con gran elocuencia.

Puse un billete de veinte dólares sobre el mostrador y me entregó la llave de la habitación 311. Quince minutos después, regresé y se la devolví.

La mujer seguía al teléfono.

—¿Quieres que hablemos de gilipollas? Te diré qué es ser gilipollas. Tú eres el ejemplo perfecto de gilipollas para mi gusto...

De nuevo en el Pontiac, hacia el sur. Me preguntaba si todo aquello acabaría alguna vez. Tantas idas y venidas, subidas y bajadas, de aquí para allá empezaban a parecerme interminables.

En la calle Nassau, encontré más problemas. Estaba prohibido aparcar bajo cualquier circunstancia. Pero era una ilegalidad a la que tenía que hacer frente, por el momento. El anuncio avisaba que la grúa se llevaría los coches y que los gastos irían a cargo del dueño. Estaba preparado para correr el riesgo.

Encontré una cabina y llamé al W04 1114. No esperaba que nadie contestase, y así ocurrió.

Fui hacia la calle Pine, hacia la fachada este del edificio del que había salido horas antes. (¿Horas?, parecían semanas). Prescott Demarest. Quedaban encendidas muchas menos ventanas que antes. Pensé que habría sido mejor si dispusiese de un maletín o una carpeta, algo que me ayudase a parecer uno más del lugar. El portero estaba leyendo un periódico, pero en cuanto entré levantó la vista muy profesionalmente. Era un hombre mayor, con cara de cansancio, que probablemente intentaba suplir las deficiencias de su pensión de jubilación. Caminé a su encuentro, pero a medio camino me detuve y fingí un ataque de tos. Mientras duró, comprobé la lista de oficinas que había en la pared y escogí una.

—¡Salud! —dijo el anciano.

—Gracias.

—Tendría que cuidarse ese constipado.

—La culpa la tiene este clima. Un día hace calor y al siguiente, frío.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Antes no era así —explicó—. Antes podía confiarse en el tiempo, pero ahora, todo ha cambiado.

Firmé en la hoja de registro. *Nombre: Peter Johnson. Compañía Wickwire y MacNally. Piso 17.* Por lo menos ya no fingía apellidarme Whelkin; había recuperado la imaginación. Peter Johnson sonaba graciosamente común. Si Wickwire y MacNally eran una firma suficientemente grande, seguro que contaban con un Peter Johnson entre sus empleados. O con un John Peterson, o algo similar.

Tomé el ascensor hasta el piso decimoséptimo. Supuse que el portero no comprobaría el piso en el indicador de planta baja, pero no merecía la pena arriesgarse. Bajé tres pisos y busqué hasta dar con la puerta que sobre el cristal tenía escrito en negro: «Tontine Trading Corp». La oficina estaba totalmente a oscuras, como las demás. Un sábado por la noche es uno de los momentos más solitarios de la semana.

Además de uno de los más largos; aún me quedaban visitas que hacer y lugares a los que acudir. Escuché a través de la puerta, por si había alguien dentro. Llamé discretamente con los nudillos, volví a escuchar y por último abrí la cerradura con un simple trozo de acero, sin demasiado problema.

Las cerraduras de las oficinas suelen ser así de sencillas de abrir y ¿por qué no habrían de serlo? No tiene sentido colocar una puerta blindada si ha de estar compuesta esencialmente por un cristal traslúcido. Basta con romper el cristal.

Además, para eso estaban los porteros, para evitar que alguien como yo pudiese entrar y robar una agenda electrónica o cualquier otra cosa. No encontré nada que uno pudiera llevarse. Al salir de la oficina de Tontine, subí al piso decimoséptimo y tomé el ascensor. No llevaba nada que no hubiese traído conmigo al entrar.

El portero me miró y comentó:

—¡Menuda rapidez!

—Como una liebre —contesté. Firmé y salí a la calle.

—Supongo que se preguntarán por qué los he citado a todos aquí.

Uno no suele empezar un discurso con una frase semejante. Pero ahí estaban todos, reunidos en la librería Barneгат. Cuando le compré el negocio al viejo Litzauer me dije que podría organizar pequeños encuentros informales, como ese. Lecturas de poemas los domingos por la tarde con una copa de jerez y unos canapés. Encuentros literarios a la europea, con café y cigarrillos, discusiones sobre la verdadera intención de la obra de Ionesco. Pensé que eso atraería a la gente y serviría para promocionar la librería. Además, lo más importante era que parecía una forma excelente de conocer chicas.

La reunión de aquella noche no era del mismo estilo, para ser sinceros. Nadie recitaba estrofas yámbicas y el nombre de Kafka no había surgido ni una sola vez. La librería ya había recibido más publicidad gratuita de la necesaria. Además, no esperaba conocer a ninguna chica en aquella ocasión.

La única que tenía a mano, Carolyn, estaba sentada en la escalera que utilizaba para coger los libros de la última estantería. Se había colocado a un lado voluntariamente, mientras que mis demás huéspedes estaban dispuestos en un semicírculo irregular. Yo me encontraba detrás del mostrador. No tenía silla en que sentarme, porque le había cedido la última a Prescott Demarest.

Compréndanlo, no era dueño de una biblioteca sino de una librería... No disponía de demasiadas sillas. Le había cedido la mejor que tenía al maharajá de Ranchipur, una silla de madera de roble con respaldo y brazos que estaba en el despacho del fondo. Atman Singh, su ángel guardián, estaba sentado sobre una caja de madera que en tiempos inmemoriales había contenido manzanas, pero que el señor Litzauer había aprovechado para guardar los libros de más que había en la librería. Rudyard Whelkin estaba sentado en una silla plegable que Carolyn había traído de su Fábrica de Caniches.

No había presentado a mis invitados ni parecían haberse gustado los unos a los otros suficientemente como para ponerse a hablar de fútbol, del tiempo o de la inseguridad ciudadana. No habían llegado todos juntos, pero casi, y permanecieron en silencio hasta que empecé a hablar. Incluso cuando eso ocurrió, no hicieron más que lanzarme miradas severas.

—De hecho —proseguí—, todos saben por qué los he reunido aquí esta noche. De lo contrario, no habrían acudido a la cita. Estamos aquí para hablar de un libro y de un asesinato.

Nadie reaccionó. No se puede tener todo.

—El asesinato al que me refiero —continué—, es el de Madeleine Porlock. Le dispararon hace dos días en su apartamento de la calle Sesenta y seis. El asesino le

pegó un único tiro en la frente, con una pistola del calibre 32. El arma homicida era una Marley Devil Dog, y el asesino abandonó la escena del crimen dejándome inconsciente y con el arma en la mano.

El maharajá pensó algo y frunció el entrecejo.

—¿Quiere decir que usted no mató a aquella mujer?

—En realidad, me encontraba allí para entregar el libro. Se suponía que iban a pagarme por el trabajo, pero lo único que conseguí fue que la señorita Porlock me sedara y su asesino me tendiese una trampa. Pero... —sonreí—, todavía tengo el libro en mi poder.

Había conseguido captar la atención de todos los presentes. Me miraban en silencio, callados como piedras. Me acerqué al mostrador y saqué *La rendición del fuerte Bucklow*. La abrí al azar y recité:

*El viejo Eisenberg era un tipo valiente
como todos los de su familia,
mientras tomaba un trozo de tarta de miel
y bebía un vaso de hidromiel
se chupaba los labios y los dedos
y hacía un juramento solemne:
Si alguien ha de partir hacia el fuerte Bucklow,
le acompañaré, aunque me cueste la vida.*

Cerré el libro.

—La última frase me parece especialmente mala —apunté—. Toda la obra está llena de ripios. Pero este libro no nos interesa por sus cualidades literarias sino porque se trata del único ejemplar que existe. El último de toda una serie. Una joya de incalculable valor, un texto de Kipling publicado por él mismo... Y este es el único ejemplar que ha logrado sobrevivir hasta nuestros días. —Dejé el libro sobre el mostrador, y proseguí—: El ejemplar formaba parte de la biblioteca privada de un caballero llamado Jesse Arkwright. Se me informó que lo había adquirido por medio de un contrato privado pactado con los herederos de lord Ponsonby, quienes acto seguido lo retiraron de la subasta en que pensaban venderlo. —Miré fijamente a Rudyard Whelkin—. Es posible que haya habido un lord Ponsonby, pero no fue así como Jesse Arkwright consiguió su ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow*.

Demarest me preguntó cómo lo había adquirido entonces.

—Lo compró —señalé—. Se lo compró a la misma persona que me contrató para que se lo robara. Madeleine Porlock se encargó de preparar la venta.

El maharajá quería saber qué pintaba ella en el asunto.

—Era la amante de Arkwright —expliqué—. Además, era amiga de Whelkin

desde hacía muchos años. Este le contó que acababa de adquirir un libro sumamente valioso. Ella le comentó que tenía un amigo (o debería decir, cliente) que era un apasionado coleccionista de libros. Sólo quedaba poner en contacto al vendedor y al comprador.

—¿Y la venta se realizó sin problemas? —preguntó Demarest, quien intentaba hacer encajar las piezas—. De ser así, ¿por qué robar el libro? ¿Por su valor?

—No —respondí—. Por su falta de valor.

—Entonces, es una burda copia del original —comentó el maharajá.

—No, es el original.

—¿Entonces?

—Yo también me hice esa misma pregunta —añadí—. Intentaba comprender dónde residía el fallo del libro. Podía ser una antigüedad falsa, por supuesto. Pero hay que encontrar a alguien que se preste a escribir tres mil doscientos versos imitando el estilo de Kipling de manera convincente. Luego habría que llevarle el trabajo a un editor y rezar para que dispusiese de papel con cincuenta años de antigüedad para imprimirlo. Es posible emplear papel actual y envejecerlo, pero —le di unos golpecitos al libro—, estaba seguro de que ese no era el caso. Trabajo con libros y sé reconocer un papel viejo cuando lo veo. Tiene un aspecto y un olor diferente.

»Pero aun contando con un papel viejo, habría que imprimir el texto y estropear el ejemplar para simular el paso del tiempo. Y hay que ser sutil para que parezca que el ejemplar se ha conservado en buen estado... Es difícil hacer un buen negocio con tanto problema técnico. Tal vez si se da con el comprador adecuado se pueda sacar una buena tajada. Pero parece arriesgado invertir tanto dinero en un libro sin estar seguro de los beneficios que permitirá obtener.

—Entonces, si el libro es auténtico, ¿por qué carece de valor? —preguntó el maharajá.

—No es que no valga nada en sentido literal. Al día siguiente de haberlo hurtado, cierto caballero intentó robármelo a punta de pistola en esta misma librería. La suerte me asistió y el hombre se llevó el libro equivocado. —Miré a Atman Singh y sonreí—. Pero intentó acallarme ofreciéndome quinientos dólares. Y yo calculo que ese es el valor aproximado del ejemplar. Puede que valga mil, si mucho me apuran, pero, desde luego, no vale más.

—Venga, Bernie... —Carolyn bajó de su nido—. Me parece que me he perdido algo y he puesto mucha atención en todo momento. Si se supone que ese libro cuesta una fortuna y es auténtico, ¿por qué sólo pagarías quinientos dólares por él?

—Porque es auténtico —expliqué—, pero no es único. Kipling mandó realizar una impresión privada del libro en 1923. Eso es cierto. Pero lo que no lo es, es que quemara todos los ejemplares salvo este. Existen unos cuantos ejemplares más.

—Interesante teoría —apuntó Prescott Demarest. Vestía igual que por la mañana,

cuando Carolyn le tomó la foto, pero en aquel momento me pareció que llevaba un traje negro y ahora me daba cuenta de que era azul marino a rayas casi imperceptibles. Se retrepó en su silla, y añadió—: De modo que el libro es uno de tantos. ¿Cómo lo sabe, señor Rhodenbarr?

—¿Cómo me he enterado? —No era exactamente lo que él había preguntado, pero era lo que me apetecía explicar—. Robé el ejemplar de la casa del señor Arkwright el miércoles por la noche. El jueves, Madeleine Porlock se hizo con él. Me administró un somnífero y cuando recobré el conocimiento, el libro había desaparecido. —Comprobé con placer que todos me escuchaban atentamente—. Más tarde, encontré *La rendición del fuerte Bucklow* en su armario, dentro de una caja de zapatos.

»Pero no se trataba del mismo ejemplar. Pensé que podía haber escondido el libro antes de que su asesino llegase al apartamento. Pero lo lógico habría sido que antes de marcharse buscara el libro. Lo más inteligente habría sido apuntarle con el arma, pedirle que se lo entregara y luego matarla. Antes de marchar, se llevó mis quinientos dólares. No sé si fue el asesino o fue Madeleine quien los sacó de mi bolsillo. Pero si fue ella, debió de esconderlos muy bien, porque no logré encontrarlos.

El dinero se lo podía haber llevado un agente de policía, pero preferí no crear polémica con ese tema.

—Mi ejemplar iba envuelto en papel de embalar marrón —continué—. Supongo que antes de esconderlo Madeleine debió de desenvolverlo para comprobar su autenticidad, por si acaso era una edición de bolsillo de *Los tres soldados*, o algo así. —Evité la mirada de Atman Singh—. Entonces, ¿dónde estaba el papel? No lo vi en el suelo en ningún momento. Es posible que no lo hubiera visto por despiste o que hubiese ido a parar a alguna papelería, pero busqué específicamente ese papel cuando entré de nuevo en el apartamento ayer por la noche, y estoy seguro de que no estaba allí. El asesino no debió de llevárselo, y dudo que la policía lo destruyera. ¿Dónde había ido a parar? Ahora tengo clara la respuesta. Cuando después de matarla el asesino se marchó con el libro, este todavía estaba envuelto.

—Esa sí es una buena conclusión —comentó Whelkin—. Empezaba a temer que no fuese a exponernos más que sus dudas. Es como preguntarse por qué no ladró el perro... Quinientos dólares de menos, y un trozo de papel que no aparece... No es demasiado sólido, ¿no le parece?

—Todavía hay más.

—¿Sí?

Asentí.

—No es una prueba contundente, sino más bien pura intuición. El miércoles por la noche me puse a leer el libro. Lo sostuve en las manos y volví las páginas. Cuando lo cogí nuevamente ayer por la noche, me pareció que no se trataba del mismo libro.

Tenía una dedicatoria para H. Rider, al igual que el ejemplar que había robado de casa de Jesse Arkwright, pero había algo distinto. Sé que hay campesinos que dicen que pueden distinguir un pájaro de otro, aunque sean de la misma especie. Bueno, pues yo puedo distinguir un libro de otro, por mucho que se parezcan. Pueden tener una página estropeada o una mancha en distinto lugar, cualquier cosa. Pero el caso es que supe que se trataba de ejemplares diferentes. Una vez que me di cuenta de ello, empecé a comprenderlo todo.

—¿Cómo?

—Supongamos que alguien descubre una caja con cuatro o cinco docenas de libros en el almacén de una vieja imprenta de Turnbridge Wells. —Miré a Whelkin—. Es sólo una hipótesis, claro está, pero no parece descabellada, ¿verdad?

—Si usted lo dice.

—Digamos que encuentra cincuenta ejemplares. La primera edición casi al completo, además del legendario ejemplar que el autor había dedicado a Haggard. ¿Cuánto pueden valer esos libros? Unos cientos de dólares cada uno. Son pequeñas joyas, y Kipling empieza a ser de nuevo un autor muy apreciado. El problema es que la obra interesa más por su rareza que por su contenido literario. ¿Qué pasaría si se convirtiesen en ejemplares únicos? ¿Y si cada uno estuviese dedicado por Kipling de su puño y letra? Bueno, una imitación de su letra, claro. Es difícil envejecer un libro, pero no lo es tanto imitar una dedicatoria sobre un libro que ya es viejo. Estoy seguro de que es sencillo tratar químicamente la tinta para que parezca tener cincuenta años, darle el aspecto tornasolado de los manuscritos de antaño.

»Así pues, mi cliente decidió llevar a cabo su plan. Escribió una dedicatoria en cada libro, o le pidió a un buen falsificador que hiciera el trabajo. Y empezó a tantear el terreno, hablando con los coleccionistas más importantes y presentando el material como si se tratase de mercancía robada, para que el comprador mantuviera en secreto su tesoro. Porque en el momento en que alguien sacase a la luz el libro en una conferencia o en una exposición, se descubriría el truco. Los coleccionistas lo perseguirían hasta conseguir que les devolviera el dinero.

—Pero ya no podrían hacer nada, ¿verdad? —preguntó Carolyn—. Si no era una venta del todo legal, no podrían ir a juicio.

—Es cierto, pero conducir a alguien ante los tribunales no es la única forma de obtener resultados. Además, si lo descubrían ya no podría vender más libros. En lugar de ganar varios miles por ejemplar, tendría en sus manos algo que nadie querría ni regalado. El alto precio de los libros dependía del hecho de ser únicos en el mundo. Si hay varios ejemplares y se prueba que todas las dedicatorias son falsas, mi cliente tendría que buscarse otra forma de ganarse ilegalmente la vida.

—Podría hacerse ladrón —apuntó el maharajá, con una sonrisa.

Sacudí la cabeza.

—No. Eso es algo que sé que no podría hacer, porque cuando necesitó a un ladrón vino directo a buscarme. Creo que por Madeleine Porlock supo que Arkwright pensaba hacer pública la existencia de su ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow*. Bueno, hacer pública no es exactamente la expresión que corresponde. Arkwright era un coleccionista, pero ante todo era un hombre de negocios. No pensaba informar al *Times* acerca del ejemplar, pero sí pensaba sacarle partido vendiéndoselo a alguien que tenía mucho más interés por Kipling, la India, y los judíos o cualquiera de los temas que se abordaban en el libro.

Whelkin preguntó si pensaba en alguien en concreto.

—En un extranjero —contesté—. Porque Arkwright tenía relaciones comerciales internacionales. Un hombre con el poder y el dinero de un príncipe indio.

El maharajá se quedó de piedra. Atman Singh se inclinó un poco, como si se dispusiera a defender a su amo.

—O un jeque árabe —proseguí—. Pienso en un hombre llamado Najd al-Quhaddar. Vive en uno de los estados de la península Arábiga, no recuerdo en cuál, pero prácticamente es dueño del lugar. Leí un artículo sobre él en el último *Contemporary Bibliophile*. Se cree que posee la mejor biblioteca privada al este del canal de Suez.

—Lo conozco —dijo el maharajá—. Tal vez la suya sea la mejor biblioteca de todo Oriente Medio, aunque en Alejandría hay un caballero que no estaría de acuerdo con semejante afirmación. En India existe por lo menos una biblioteca mucho mejor que la del jeque.

Mi madre me decía que nunca discutiera con un maharajá, así pues, me limité a asentir cortésmente y proseguí con mi historia.

—Arkwright tuvo una magnífica idea. Quería firmar un acuerdo con el jeque y pensó que *La rendición del fuerte Bucklow* podría servirle para agilizar la maniobra. Najd al-Quhaddar apoya fervientemente la causa palestina y sus grupos terroristas, algo bastante habitual entre los jeques del petróleo, y qué mejor que regalarle un libro antisemita escrito y dedicado por un famoso autor inglés, enemigo del pueblo judío. El único problema fue que mi cliente ya le había vendido un ejemplar al jeque. —Miré a Whelkin. Era difícil adivinar cuáles eran sus sentimientos, porque su rostro permanecía inmutable—. Eso no lo leí en el *Contemporary Bibliophile*. Cuando compró el libro, el jeque aceptó mantenerlo en secreto porque pensaba que se trataba de un bien robado. No le importaba demasiado. Algunos coleccionistas encuentran que la mercancía robada es más interesante. Les gusta el riesgo que implica y, además, creen que están comprando a precio de ganga.

»Si Arkwright le enseñaba su ejemplar a Nadj, se descubriría la farsa y mi cliente lo perdería todo. Arkwright se enteraría de que lo habían estafado y, aún peor, Nadj también se daría cuenta... y ya se sabe que los jeques árabes pueden idear venganzas

muy creativas, sin tener que molestar para nada a su abogado. En algunos países de la zona, todavía les cortan las manos a los ladrones. Así pues, si encima lo sienten como una afrenta personal...

Me detuve para tomar aire, y añadí:

—Mi cliente tenía otra razón para alejar a Arkwright de la biblioteca del jeque. Quería venderle otra cosa a Nadj, y pensaba sacar una fortuna de la transacción. Lo último que le apetecía era que Arkwright lo fastidiase todo.

—Me he perdido, Bern, ¿qué pensaba venderle? —preguntó Carolyn.

—*La rendición del fuerte Bucklow.*

—Pero creí que ya se lo había vendido.

—Le había vendido el ejemplar de Rider Haggard. Pero ahora pensaba venderle algo especial. —Le di unos golpecitos al libro que había sobre el mostrador—. Iba a venderle este ejemplar.

—Disculpe —interrumpió Prescott Demarest—. Me tiene bastante confundido. El ejemplar que usted tiene delante, ¿no es el que robó de casa del señor Arkwright?

—No, ese ejemplar abandonó el apartamento de Madeleine Porlock con su asesino.

—Entonces, ¿el libro que tiene ante usted es el ejemplar que encontró en el armario?

Negué con la cabeza, y contesté con tristeza:

—Me temo que no. El ejemplar que había en el armario también estaba dedicado a Rider Haggard. Mi cliente no podía venderle dos iguales al jeque. Con uno ya era suficiente. No, este es un tercer ejemplar, y les pido perdón por haberles mentido antes, cuando dije que este era el libro de la señorita Porlock. Bueno, tal vez les aclare un poco mejor la cuestión si les leo la dedicatoria. —Abrí el libro y carraspeé. Jamás me habían escuchado con tanta atención—. «Para Herr Adolf Hitler —leí— cuyo reconocimiento de la doble espada de Damocles que suponen el bolchevismo y los banqueros judíos afincados en todo el mundo han encendido una nueva antorcha alemana que, con la gracia de Dios, acabará un día por alumbrar a todo el planeta. Que sus esfuerzos sean el yunque sobre el que se fragüe la espada que habrá de redimirnos. Reciba el apoyo permanente y entregado de su seguro servidor, Rudyard Kipling. Bateman, Burwash, Sussex, Inglaterra. Primero de abril de 1924».

Cerré el libro.

—La fecha es muy significativa. Antes de que ustedes llegaran, estaba leyendo la biografía de Hitler escrita por Toland. Es una de las ventajas de ser dueño de una librería. La fecha de la supuesta dedicatoria de Kipling fue el día en que sentenciaron a Hitler a pasar cinco años en la cárcel de Landsberg por haber participado en el llamado *Putsch* de Múnich. Poco después de que le comunicaran la sentencia, Hitler se encontraba en su celda, escribiendo los primeros capítulos de *Mi lucha*. En ese

instante se supone que Kipling, emocionado por la suerte del futuro Führer, le dedicaba uno de sus libros. En la solapa interior hay una serie de sellos. Están en alemán, pero al parecer prueban que el libro entró en la prisión Landsberg en mayo de 1924. Luego hay algunas notas al margen que se suponen de puño y letra de Hitler, y unos párrafos subrayados, así como algunas anotaciones en alemán en las páginas que estaban en blanco.

—Hitler podía haber tenido ese libro en su celda —dijo Whelkin, con aire soñador—. Tal vez le sirviese de inspiración. Las anotaciones al margen sugieren que quizá tomó ideas para *Mi lucha*.

—¿Y qué pasó con el libro después de eso?

—Bueno, eso es un poco vago. Tal vez el Führer lo entregó a Unity Mitford, y esta lo trajo cuando regresó a Inglaterra. Es una historia bastante atractiva, pero todavía no tengo claro todos los detalles.

—¿Y el precio?

Whelkin arqueó las pobladas cejas.

—¿El precio de un ejemplar perteneciente a Adolf Hitler de una obra de la que sólo existe otro ejemplar? ¿La fuente de inspiración de *Mi lucha* con notas del propio Hitler?

—¿Cuánto dinero?

—Dinero —dijo Whelkin—. ¿Qué es el dinero para alguien como Nadj al-Quhaddar? Para él mana de la tierra, como el petróleo. Tiene tanto que no sabe qué hacer con él. ¿Cincuenta mil dólares? ¿Cien mil dólares? ¿Un cuarto de millón? Pensaba dejarle tiempo para reflexionar, para que se diera cuenta de qué le estaba ofreciendo. A buen seguro que la negociación hubiese sido tan sutil como compleja. ¿Cuánto me habría atrevido a pedir? ¿Cuánto habría aceptado pagar? ¿En qué punto nos pondríamos de acuerdo? —Alzó las manos—. Es imposible de saber. ¿Cómo era aquella cita de Johnson? «Riqueza más allá de los sueños de un avaro». El avaro es un soñador, de modo que eso es mucho decir, pero creo que habría hecho un buen negocio. Un muy buen negocio.

—Pero Arkwright podía echarlo todo a perder.

—En efecto —concedió.

—¿Cuánto pagó Arkwright por su ejemplar?

—Cinco mil dólares.

—¿Y el jeque? Ya había adquirido el ejemplar dedicado a Haggard.

Asintió.

—Pagó unos cientos de dólares, no recuerdo la cifra exacta. ¿Es muy importante?

—No, en realidad no. ¿Cuántos ejemplares ha vendido además de los que ya sabemos?

Whelkin dejó escapar un suspiro, y respondió:

—Tres. Uno a un caballero de Forth Worth a quien dije que el libro provenía de la biblioteca Ashmolean de Oxford, pero que nadie lo sabía porque el encargado lo había sustraído ilegalmente para pagar unas deudas de juego. No se lo enseñará a nadie. Otro, a un colono retirado que vive en las Indias Occidentales después de haberse hecho rico vendiendo goma malaya. El tercero, a un hombre de tendencias políticas radicales que vive en Rhodesia. Me parece que le interesaba más el contenido ideológico del poema que su valor como pieza de coleccionista. El tejano es quien pagó más caro el libro: ocho mil quinientos dólares, si no me equivoco. Vendía los libros uno a uno, pero requería un trabajo de chinos. No podía hacerse publicidad, y cada venta implicaba horas de investigación para saber a quién ofrecérselo. Sólo en gastos de viaje se me iba una fortuna. Ganaba suficiente para vivir y cubrir gastos, pero no avanzaba demasiado.

—El último ejemplar que vendió fue el de Arkwright.

—Sí.

—¿De qué conocía a Madeleine Porlock?

—Éramos amigos desde hacía tiempo. Habíamos trabajado juntos en alguna que otra ocasión a lo largo de los años.

—Preparando estafas, supongo.

—Prefiero llamarlo transacciones comerciales, si no le importa.

—¿Por qué tenía un ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow* en el armario?

—Era su comisión por haberme ayudado a venderle un ejemplar a Arkwright —contestó—. Yo necesitaba dinero en efectivo. En condiciones normales le habría pagado mil dólares por facilitar la venta. Pero le pareció bien quedarse con un libro a cambio. Esperaba venderlo por una buena suma. Sabía, sin embargo, que no podía intentarlo hasta que yo rematase el negocio millonario con Nadj al-Quhaddar.

—Y mientras tanto, necesitaba sacar de en medio el ejemplar de Arkwright.

—Así es.

—Y decidió ofrecerme quince mil dólares para que lo robase por usted. ¿De dónde pensaba sacar el dinero?

Bajó la vista al suelo.

—Tarde o temprano le habría pagado. No disponía de esa suma en ese momento, pero en cuanto hubiese vendido el ejemplar de Hitler, podría haber sido generoso.

—Debería habérmelo dicho antes.

—¿Y qué hubiese pasado conmigo?

—No habría aceptado su oferta, eso está claro.

—Ahí tiene la respuesta —murmuró. Suspiró y se cruzó de brazos antes de proseguir—. La ética depende de cada circunstancia. Pero yo habría cumplido con mi palabra en cuanto hubiese podido. Se lo juro.

Era un alivio. Carolyn y yo nos miramos. Salí de detrás del mostrador.

—La situación se complicó aún más porque en Nueva York se encontraba por esas fechas un caballero indio que había oído hablar del libro de Kipling que un jeque árabe había adquirido. Sin embargo, había conocido a una mujer que le aseguraba que el ejemplar se encontraba en manos de un millonario llamado Arkwright, pero que pronto dejaría de estarlo y que, llegado el momento, ella podría vendérselo, si se ponían de acuerdo en el precio.

»La mujer era Madeleine Porlock, claro. Se enteró de que el maharajá estaba en la ciudad y supo de su afición por la obra de Rudyard Kipling. Ella tenía el ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow* que Whelkin le había dado a modo de comisión, y pensaba que aquella era una excelente oportunidad. Quiso vendérselo al maharajá por... ¿por cuánto?

—Por diez mil dólares —dijo el maharajá.

—Era un precio bastante alto, pero estaba pactando con un hombre de muchos recursos, en más de un sentido. La mandó seguir. Cuando fue a mi tienda para echarme un vistazo de cerca, llevaba una peluca. Supongo que para evitar que la reconociese cuando fuera a su casa a que me echara el somnífero en el café. O tal vez se escondía porque sabía que alguien estaba siguiéndola. Fuesen cuales fueren sus planes, no dieron el resultado deseado. El criado del maharajá la siguió hasta la librería y, tras investigar un poco, se enteró de que el dueño de la tienda era un experto en saqueo y robo de viviendas. —Sonreí—. ¿Me siguen? Sé que es un poco enrevesado. El maharajá no pensaba pagar los diez mil dólares por el libro, no porque le falte el dinero, sino porque tenía una buena razón para no invertir en él: sabía que se trataba de una estafa. Estaba al corriente de que el jeque Nadj tenía un ejemplar, y también por otro motivo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le importaría contárnoslo?

—Tengo el original. —Sonrió, lleno de ese orgullo de dueño legítimo del que tanto hablan los anuncios de coches—. El verdadero ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow* dedicado a H. Rider Haggard, rescatado de su propia biblioteca poco después de su muerte. El ejemplar que pasó por las manos de Unity Mitford y que fue por un tiempo posesión del duque de Windsor. Debo aclarar que se trata de un ejemplar que adquirí hace seis años, mucho antes de que este... caballero —señaló con la cabeza a Whelkin— encontrase la caja de libros que se conservaban en los almacenes de la editorial Turnbridge Wells.

—¿Y quería el ejemplar fraudulento?

—Me interesaba sacarlo a la luz y desacreditarlo. Estaba seguro de que se trataba de una estafa, pero no sabía cómo se estaba realizando. Tal vez no fuesen más que rumores. Tal vez alguien había encontrado un manuscrito y lo había mandado imprimir. ¿O sería, como ahora lo sé, un libro auténtico con una dedicatoria falsa?

Quería averiguar de qué se trataba y comprobar que el ejemplar del jeque fuese de la misma naturaleza, pero no pensaba pagar diez mil dólares por ello, porque de lo contrario estaría participando activamente en la estafa.

—De modo que intentó eliminar al intermediario. Y envió a su amigo a visitarme. —Sonreí y volví la mirada hacia Atman Singh, que permaneció serio—. Así se quedaba con el libro recién robado. Le dio instrucciones de que me pagara quinientos dólares, ¿por qué?

—Para compensarle. Me parecía lo mínimo que podía hacer después de que usted hubiera hecho correctamente su trabajo. Además, tenga en cuenta que el libro carecía de valor.

—Si le parece que ese era un precio razonable por mi esfuerzo, está claro que no sabe qué implica ser un ladrón. ¿Cómo supo que tenía el libro?

—La señorita Porlock me dijo que lo tendría aquella misma tarde. Deduje que usted debería habérselo robado a su dueño mucho antes.

Rudyard Whelkin sacudió la cabeza.

—¡Pobre Maddy! —exclamó con tristeza—. Le dije que esperase un poco. Podía haberme estropeado una venta espectacular, pero supongo que estaba aburrida. Quería ganar dinero y salir de la ciudad. —Frunció el entrecejo—. Pero ¿quién la mató?

—Un hombre que tenía una poderosa razón —expliqué—. Un hombre al que ella había traicionado.

—¡Por Dios! —protestó Whelkin—. No podría matar a nadie, y mucho menos a Madeleine.

—Es posible. Pero usted no es el único hombre al que intentó engañar. Bien pensado, nos la jugó a todos. A mí me durmió y me robó, aunque yo tampoco la maté. Pensaba estafar al maharajá, y puede que este se sintiera furioso al descubrir que su criado volvía de mi tienda con un ejemplar de *Los tres soldados* carente de interés. Pero no creo que llegase a pensar que le habían traicionado porque no esperaba nada bueno de aquella mujer. Al igual que yo. No teníamos ningún motivo de peso para fiarnos de ella, de modo que no podíamos sentirnos traicionados. En realidad, sólo traicionó a un hombre.

—¿De quién se trata?

—De él. —Levanté un dedo y señalé a Prescott Demarest.

Demarest me miró, perplejo.

—¿Se ha vuelto loco? —protestó, airado—. Esto no tiene sentido.

—¿A qué viene esa respuesta?

—Desde que llegué he estado preguntándome qué pinto en esta casa de locos y ahora, de repente, me acusan del asesinato de una mujer de la que no sabía nada antes de llegar aquí esta noche. He venido a comprar un libro, señor Rhodenbarr. Leí un

anuncio en el periódico, hice una llamada y acudí a una cita pensando en gastar una buena suma de dinero comprando una rareza. He escuchado una historia apasionante sobre libros verdaderos con dedicatorias falsas y algunos ecos de traición, estafa y asesinato... y ahora me acusan de homicidio. Ya no quiero comprar su libro, señor Rhodenbarr; me da igual si tiene una dedicatoria para Hitler, para Haggard o para el mismo Jesucristo. Tampoco quiero seguir escuchando la clase de estupideces que he estado escuchando esta noche. Así pues, si me disculpa...

Empezó a ponerse de pie. Levanté la mano. No era un ademán amenazador, pero sirvió para detenerlo. Le pedí que se sentara de nuevo. Por extraño que parezca, me hizo caso.

—Es usted Prescott Demarest —dije.

—Pensé que no íbamos a mencionar nuestros nombres, pero, sí, soy Prescott Demarest, aunque...

—Miente —sentencié—. Usted es Jesse Arkwright, y es un asesino.

—Lo he visto esta tarde salir de un edificio de la calle Pine. Nunca antes lo había visto, pero su cara me resultaba conocida, aunque no sabía de qué. Luego comprendí que se trataba del parecido de familia.

—No sé de qué me habla.

—Le hablo de los retratos que había en su biblioteca de Forest Hills. Los dos antepasados en los marcos ovalados, sobre la mesa de billar. No sé si es descendiente del tipo que inventó la Spinning Jenny, pero estoy seguro de que usted y la pareja que está colgada en la pared de su casa tienen la misma sangre. Se parecen mucho, sobre todo en la forma de la barbilla. —Miré a Whelkin, y dije—: Usted le vendió un libro. ¿Lo vio alguna vez?

—Maddy se encargaba de todo. Siempre actuaba de intermediaria.

—Pero supongo que hablaría con él por teléfono, ¿no?

—Eran conversaciones breves. No sería capaz de reconocer su voz.

—¿Y usted? —pregunté al maharajá—. Ha hablado con el señor Arkwright esta mañana, ¿verdad?

—Podría tratarse del mismo hombre, pero podría no serlo. No estoy seguro ni de lo uno ni de lo otro.

—Esto es ridículo —protestó Demarest. Llamémoslo Arkwright de una vez—. Un supuesto aire familiar y una voz imposible de reconocer no prueban nada.

—Olvida que lo vi salir del edificio de oficinas de la calle Pine. Ahí le telefoneé al número que usted me había facilitado, un despacho de la Tontine Trading Corp. El dueño de esa empresa es precisamente Jesse Arkwright. Supongo que no intentará convencernos de que todo es un terrible malentendido.

No tardó mucho en cambiar de actitud.

—Está bien —admitió—. Soy Arkwright. No es preciso continuar con esta farsa. Esta mañana recibí una llamada de este señor al que usted llama maharajá. Quería saber si yo tenía un ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow*.

—Había visto el anuncio —intervino el maharajá—, y quise averiguar si se trataba de una broma. Al saber que podía obtener el libro de varias maneras, a través de usted y a través de la señorita Porlock, pensé que, en realidad, podría seguir en poder del señor Arkwright. Le telefoneé para comprobarlo, antes de contestar el anuncio.

—Al mencionar el anuncio —explicó Arkwright—, yo también lo leí. Llamé sin pensarlo demasiado, pues creí que me ayudaría a entender mejor lo que estaba pasando. Me habían robado un libro en mi propia casa y en plena noche. Quería ver si podía recuperarlo. También quería averiguar si era un objeto tan raro y valioso como me habían dicho. Lo llamé y acudí a la cita de esta noche para informarme sobre el

libro. Pero eso no me convierte en un asesino.

—Usted conocía bien a Madeleine Porlock.

—Eso es absurdo. Sólo la he visto dos veces, tres a lo sumo. Sabía que me gustaban los libros raros, y salió de la nada para ofrecirme el ejemplar de Kipling.

—Era su amante. Iba a su apartamento de la calle Sesenta y seis a participar en tórridas sesiones de sexo duro.

—Nunca he estado en ese apartamento.

—Los vecinos dicen haberlo visto por allí a menudo. Vieron una fotografía suya y lo identificaron.

—¿Qué fotografía?

La saqué y se la enseñé.

—Lo han reconocido —expliqué—. Lo vieron en compañía de la señorita Porlock en numerosas ocasiones. Parece que tenía usted un juego de llaves, porque los vecinos lo veían entrar y salir sin problemas.

—Eso no prueba nada. Tal vez me vieron cuando fui a recoger el libro. Ella me había abierto desde arriba y los vecinos creyeron que tenía una llave. Uno no puede fiarse de la memoria de la gente, ¿no cree?

Opté por no insistir en esa cuestión.

—Tal vez usted creyera que ella lo quería de verdad —sugerí—. Se sintió personalmente traicionado. Yo le robé el libro, pero eso no hizo que deseara matarme. Le bastaba con llenarlo todo con mis huellas dactilares y dejarme el arma homicida en la mano. Pero a Madeleine Porlock deseaba verla muerta. Usted había confiado en ella, y ella se había aprovechado de la situación.

—Eso es mera especulación. Nada más.

—¿Qué me dice del arma? Una Marley Devil Dog automática del treinta y dos.

—Pensaba que no estaba registrada.

—¿Y quién le dio ese dato? No ha salido en los periódicos.

—Debí de oírsele comentar a alguien.

—No lo creo. Se ha guardado un máximo de discreción en torno a este asesinato. De todos modos, a veces dar con el dueño de un arma no registrada puede ser más fácil de lo que usted piensa.

—Aunque me relacionase con ella —objetó— no probaría nada. Usted pudo haberla robado cuando entró ilegalmente en mi propiedad.

—Pero el arma no estaba en su casa. Usted la guardaba en el último cajón de su despacho de Tontine.

—Eso es absolutamente falso.

Empezaba a indignarse de veras. Yo había visto el arma en su estudio de la calle Copperwood Crescent y ahora intentaba convencerlo de que la guardaba en su oficina. Estaba furioso.

—Es verdad —insistí—. Las armas se guardan junto a las municiones, y me parece que en el cajón de su mesa de trabajo todavía hay una caja de balas del calibre treinta y dos, junto a un paño y dos disparadores de recambio para una Marley Devil Dog.

Me miró, perplejo.

—¡Ha entrado en mi oficina!

—No diga estupideces.

—Usted lo ha dejado allí... Intenta incriminarme.

—Está empezando a exagerar —proseguí—. ¿Sigue negando que fuera amante de Madeleine Porlock? Si no lo era, ¿por qué le regaló un chaquetón de lince? No me extraña que quisiera uno. Son preciosos. —«Tranquila, Carolyn», pensé—. Pero ¿por qué habría de regalárselo usted?

—No lo hice.

—Antes de robar el libro, revisé sus armarios, señor Arkwright. Su mujer tiene unos cuantos abrigos de pieles y todos son de la misma marca: Arvin Tannenbaum.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—El chaquetón que la señorita Porlock guardaba en su armario era de la misma marca.

—Pero eso no prueba nada. Tannenbaum es uno de los mejores peleteros de la ciudad. Cualquiera puede ir a comprar a su tienda.

—Usted compró el chaquetón de la señorita Porlock el mes pasado. En el registro de ventas de la tienda figura su nombre y una descripción de la prenda.

—Eso es imposible. Yo jamás... Yo no... —Se detuvo a mitad de la frase, intentó calmarse y medir cuidadosamente sus palabras—. Si esa mujer hubiese sido mi amante, como usted afirma, y hubiese querido comprarle un chaquetón, lo habría pagado en metálico. Por lo tanto, no habría quedado registro alguno con mi nombre.

—Eso pensaba, ¿verdad? Pero imagino que en esa tienda lo conocen, señor Arkwright. Puede que me equivoque, pero algo me dice que si la policía revisase los archivos de ventas de Tannenbaum encontraría el registro tal y como lo he descrito. Puede que también encuentre la factura de la compra en su despacho de Tontine, con su nombre y la indicación de que pagó en efectivo.

—¡Dios mío! —exclamó y se puso lívido—. ¿Cómo sabe...?

—Bueno, son simples suposiciones.

—Está preparándome una encerrona.

—No diga eso, señor Arkwright.

Se llevó una mano al pecho, como si estuviese a punto de darle un ataque al corazón.

—Tantas mentiras y medias verdades —murmuró—. ¿Adónde quiere ir a parar? No tiene más que hechos aislados.

—Los hechos aislados bastan para inculpar a alguien. Madeleine Porlock era su amante, usted poseía el arma que la mató y es quien mayores motivos podía tener para desear su muerte. No lo pillaron con las manos en la masa, en eso tiene razón, porque dejó la masa en mi mano. Todo un detalle por su parte. Pero creo que tengo suficientes datos como para hacerle la vida imposible.

—Debí matarlo cuando todavía estaba a tiempo —dijo entre dientes. Empleaba un tono virulento y seguía con la mano en el pecho—. Debería haber puesto su dedo en el gatillo, meterle el cañón en la boca y volarle la tapa de los sesos.

—Una historia preciosa —apunté—. La maté porque me descubrió robando su apartamento y luego me suicidé porque me sentía muy culpable. La última vez que me arrepentí de algo fue en la escuela primaria, pero, claro, ¿cómo iba usted a saber semejante cosa? ¿Qué le impidió matarme?

—No lo sé. —Permaneció pensativo por un instante—. Yo... nunca había matado a nadie. Después de disparar a Madeleine, lo único que quería era salir corriendo. Nunca pensé en matarlo a usted también. Dejé la pistola en su mano y me marché.

¡Qué tierno! Acababa de confesar. Alguien tenía que leerle sus derechos y permitirle llamar a su abogado. Le tocaba el turno a la caballería. Me volví hacia la trastienda, en la que se encontraban Ray Kirschmann y Francis Rockland tomando buena nota de la conversación. La mano que Arkwright se había llevado al pecho se coló bajo su chaqueta y reapareció empuñando un arma.

Empujó la silla hacia atrás para poder controlarnos a los cuatro: a Whelkin, a Atman Singh, al maharajá y a mí, que era a quien apuntaba, en realidad. Era un arma mayor que la que había dejado en mi mano, demasiado grande para ser una Whippet o una Devil Dog. Se trataba de un revolver. Pensé que si era aficionado a los Marley, debía de tratarse de un Mastiff. Aunque tal vez fuese un Rhodesian Ridgeback o algo así.

—Quiero que quede claro —dijo mientras movía el arma de un lado para otro—. Al primero que se mueva, lo mato. Es usted un hombre inteligente, señor Rhodenbarr, pero eso no le ha hecho ningún favor en este caso. Supongo que nadie echará de menos a un ladrón. A las personas como a usted deberían condenarlas a muerte, no son más que gusanos repugnantes sin el menor respeto por la propiedad privada. Y usted —se dirigió a Whelkin— me estafó. Se valió de Madeleine para robarme mi dinero. Me ha puesto en ridículo. No me importaría matarlo por ello. Y ustedes, caballeros, tienen la desgracia de haber presenciado todo este desagradable incidente. Lamento tener que hacer esto...

Matar mujeres es malo, pero ignorarlas puede ser peor. Había olvidado a Carolyn por completo, y esta aprovechó para darle un golpe en la cabeza con el busto de Kant que yo utilizaba como tope para los libros de la sección de Filosofía y Religión.

El lunes, a las doce menos cuarto, colgué el cartel de «Hora de comer» en el escaparate y cerré. No bajé las persianas metálicas, pues a esa hora no era necesario. Me dirigí al lugar que Carolyn me había indicado el jueves y compré falafel, una ración de hummus y unas galletas saladas de formas muy curiosas. Me recordaban a los dibujos de amebas de los libros de biología del instituto. Pensaba pedir un café, pero vi que tenían té con menta y me apeteció más: me llevé dos vasos. El encargado lo metió todo en una bolsa. Yo tampoco sabía si era árabe o israelí, de modo que en lugar de escoger entre un *shalom* y un *salaam*, me limité a desearle que pasase un buen día.

Carolyn estaba en plena labor, peinando un Lhasa Apso.

—¡Gracias a Dios! —exclamó cuando me vio llegar, y metió al perrito en una especie de jaula—. Es hora de comer, pequeño Lama. Me ocuparé de ti después. ¿Qué has traído, Bern?

—Falafel.

—¡Fantástico! Siéntate.

Lo hice y empezamos a comer. Entre bocado y bocado le expliqué que las cosas pintaban bien. Francis Rockland no iba a denunciar ni al sij ni a mí porque había aceptado los tres mil dólares que le había ofrecido el maharajá a modo de compensación por el dedo que había perdido. Me sorprendió que fuese tan generoso, especialmente si se tenía en cuenta que el pobre tipo se había disparado a sí mismo. Suponía que Ray Kirschmann también habría recibido unas cuantas «rupias». El dinero suele limar diferencias.

Rudyard Whelkin, que curiosamente parecía llamarse realmente así, se convirtió en testigo de excepción y luego quedó libre por haber colaborado con la justicia.

—Estoy casi seguro de que habrá salido del país —dije a Carolyn—. O por lo menos, de la ciudad. Ayer por la noche telefoneó y me propuso que fuera su socio en el asunto de la venta del ejemplar de *La rendición del fuerte Bucklow* dedicado a Hitler.

—No me digas que pretende vendérselo al jeque.

—Creo que sabe que eso no lo conduciría a nada bueno. Podrían desollarlo vivo, por ejemplo. Pero quedan suficientes estúpidos dispuestos a pagar un dineral por un libro así, y Whelkin es la clase de hombre capaz de encontrarlos. No ganará la fortuna que habría ganado con el jeque, pero no le ha ido demasiado mal en la vida, y no veo motivo para que ahora empiece a irle mal.

—¿Le diste el libro?

—De ningún modo. Tiene una buena cantidad de ejemplares guardados. Me llevé el ejemplar de Hitler de su habitación, pero le dejé varios con la dedicatoria para

Haggard y otros que aún estaban sin ninguna... De modo que puede fabricar otro libro de Hitler, si dispone de la paciencia y tiempo suficientes. Si lo ha hecho una vez, puede hacerlo dos. Pero yo me quedo el que le quité.

—¿Piensas venderlo?

Intenté poner cara de ofendido.

—¡Por supuesto que no! —exclamé—. Puede que en mi tiempo libre me convierta en un delincuente, pero como librero, soy perfectamente honrado. No engaño a mis clientes. De todos modos, ese libro no lo quiero para hacer negocio sino para engrosar mi biblioteca personal. Supongo que no lo leeré muy a menudo, pero me gusta la idea de tenerlo.

Le conté que el maharajá había partido rumbo a Mónaco movido por la pasión por la ruleta, el bacará o cualquier otro juego. Me había confesado que todo el asunto le había resultado apasionante y yo me había alegrado de que así fuera.

Añadí que Jesse Arkwright ya se encontraba a la sombra y estaba más vigilado que las joyas de la corona inglesa. Lo habían detenido por asesinato en primer grado, y con una acusación como esa no se obtienen permisos ni rebajas, por mucho dinero que se tenga.

—No creo que lo manden a prisión —expliqué—. Para ser sincero, me extrañaría que se realizara juicio siquiera. Las pruebas son bastante convincentes y bastarían para condenar a un pobre tipo, pero supongo que Arkwright se sacará de la manga los mejores abogados y les pagará lo necesario para que le saquen las castañas del fuego. De homicidio a asesinato involuntario o a aparcamiento en doble fila. Le echarán un año, a lo sumo dos, pero me juego lo que quieras a que no cumplirá ni un solo día. Le suspenderán la pena. Tiempo al tiempo.

—Pero ha matado a una mujer.

—Da igual.

—Eso no es justo.

—Pocas cosas lo son —dije con tono filosófico, incluso kantiano—. Por lo menos se ha metido en un problema. Ahora mismo está entre rejas y su reputación ha caído por los suelos. Aunque no vaya a la cárcel, esto le costará caro, tanto desde un punto de vista económico como emocional. Tiene suerte, claro está, pero no tanta como creyó antes de que le atizaras con el busto de Kant.

—Tuve buena puntería.

—Magistral, según mi modo de ver.

Sonrió y comió un poco de hummus.

—Los Metz deberían contratarme —comentó.

—Los Metz no te necesitan a ti —maticé—, necesitan un milagro. De todos modos, existen tantas injusticias... Los Blinn van a cobrar el seguro y yo estoy en la cuerda floja por haber saqueado su apartamento. La policía ha aceptado no

denunciarme por haber contribuido a la detención de un asesino... y me parece un detalle por su parte, pero los Blinn siguen haciendo negocio gracias a mí, aunque no les robara nada. Si eso te parece justo, te ruego que me expliques por qué.

—Puede que no sea justo —admitió Carolyn—, pero de todos modos me alegro. Gert y Artie me caen muy bien.

—A mí también. Son buena gente. Y eso me recuerda que...

—¿Qué?

—Que Artie me llamó ayer por la noche.

—¿En serio? Por cierto, este té a la menta está delicioso. Es dulce pero no resulta empalagoso. ¿Crees que lo venderán sin azúcar?

—No se puede hacer sin azúcar.

—Supongo que no le hará bien a mis dientes, ni a mi estómago, ni a todo lo demás, pero no me importa. ¿A ti, te importa?

—No puede ser bueno para todo. Volviendo a Artie, quería preguntarte algo.

—Yo también quería preguntarte algo, ahora que lo mencionas —dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre Rudyard Whelkin.

—¿Qué pasa con él?

—Cuando fijó la cita contigo en casa de Madeleine, ¿lo habían drogado, o sencillamente lo parecía?

—Sencillamente lo parecía.

—¿Por qué? Y ¿por qué no se presentó a la cita?

—Fue idea de ella. Ella pensaba citarse con el maharajá a continuación y venderle el ejemplar, y no quería que Whelkin apareciese mientras tanto. Para convencer a Whelkin le dijo que de ese modo todo parecía más natural y yo no pensaría que él me había traicionado. Después de eso, podía ponerse en contacto conmigo y explicarme que lo habían drogado y que por eso no había podido llegar a la cita. Pero claro, la cosa se complicó cuando Arkwright se presentó y le agujereó la frente. Por eso Whelkin fingió estar algo ido cuando hablé con él; estaba preparando su coartada.

Carolyn asintió, pensativa.

—Entiendo. Tenían un buen plan.

—Bueno, volviendo a Artie Blinn...

—¿Qué fue de tu cartera?

—Arkwright la cogió y la dejó debajo de un cojín, donde la policía pudiese encontrarla. Por eso sospecharon de mí.

—Pero, desde entonces, ¿dónde ha ido a parar?

—¡Ah! —exclamé, y le di unos golpecitos al bolsillo de mi pantalón—. Ya la he recuperado. La conservaban como prueba, pero nadie acabó de decidir para qué querían una prueba ahora, de modo que Ray habló con alguien y consiguió que me la

devolvieran.

—¿Y los quinientos dólares?

—Alguien se los llevó antes de que llegara la policía, o tal vez un agente aprovechó la ocasión... El caso es que desaparecieron. —Me encogí de hombros—. Lo que fácil se consigue, fácil se pierde.

—Me parece una actitud muy sana.

—Volviendo a Artie...

—¿Estábamos hablando de Artie?

—Bueno, hace un rato que lo intento. Artie quería saber dónde estaba la pulsera.

—¡Mierda!

—Dijo que te preguntó por ella cuando fuiste a verlo con las fotografías, pero que respondiste que habías olvidado llevarla contigo.

—¡Dos veces mierda!

—Sin embargo, creo recordar que justo antes de que te bajaras del coche te pregunté si la llevabas y me dijiste que la tenías en el bolsillo.

—Bueno —empezó, dio un sorbo al té con menta—. Mentí, Bernie.

—¿Sí?

—A ti no, a Artie y a Gert. La llevaba en el bolsillo, pero les dije que no la tenía.

—Imagino que tendrías una buena razón para mentir.

—De hecho, no tenía ninguna razón de peso. Sencillamente pensé en lo bien que le quedaría a cierta persona.

—Supongo que esa persona no sería Miranda Messinger.

—Te quiero porque eres extraordinariamente inteligente e intuitivo, Bernie.

—Vaya, y yo que pensaba que era por mi encantadora sonrisa. ¿Le ha gustado la pulsera?

—¡Le encanta! —Esbozó una sonrisa—. Ayer por la noche me acerqué a verla, para devolverle la polaroid. No se había enterado de que nos la habíamos llevado. Le regalé la pulsera para que hiciéramos las paces, se lo conté todo y...

—¿Y volvéis a salir juntas?

—Bueno, por lo menos pasamos la noche juntas. Prefiero no hacer planes a largo plazo. Tiene el corazón en la muñeca.

—Espero que todo salga bien.

—Sí... Le advertí que no se paseara con mi regalo por el East Side, porque era peligroso.

—¿Le dijiste eso? ¿Con esas mismas palabras?

—Sí. Se quedó alucinada. La próxima vez que le regale algo, le diré que lo he robado. —Suspiró—. Bueno, Bern, ¿qué hacemos con los Blinn?

—Pensaré en algo.

—Mi intención era contártelo todo, pero...

—Ya he advertido que estabas deseando hablar de ello, por la forma en que querías hablar de los Blinn...

—Bueno, yo...

—Está bien —la tranquilicé—. Relájate y acaba de comer el hummus.

Al cabo de un rato, Carolyn dijo:

—Oye, Randy tiene una clase de baile esta noche. ¿Por qué no vienes a casa después del trabajo? Podemos cenar juntos y ver una película.

—Me encantaría —contesté—, pero esta noche tengo planes.

—¿Tienes una cita importante?

—No exactamente. —Dudé pero pensé ¡qué demonios!—. Podemos tomar una copa juntos, aunque la mía será una Perrier.

Se inclinó hacia mí y me miró con los ojos muy abiertos.

—No me fastidies..., ¿vas a robar algo?

—Bueno, no me gusta mucho ese verbo, pero sí, supongo que así es.

—¿Adónde?

—En Forest Hills Gardens.

—El mismo barrio que la última vez.

—De hecho, voy a la misma casa. El abrigo que le describí a Ray Kirschmann no era fruto de mi imaginación. Lo vi aquel miércoles por la noche, en el armario de Elfrida Arkwright. Le prometí a Ray un abrigo, y cuando le prometo algo a un policía, prefiero cumplir con mi palabra. De modo que esta noche volveré a esa casa.

—¿No crees que Elfrida se opondrá a que te lo lleves?

—Elfrida no está en casa. Ayer fue a la cárcel, a visitar a su maridito, luego volvió a casa, se lo pensó mejor, preparó una maleta y se marchó no se sabe dónde. Supongo que a casa de su madre. O a su casa de Palm Beach. Imagino que prefiere mantenerse lejos de las miradas de la gente.

—Me parece muy normal. —Sacudió la cabeza y dejó la mirada perdida—. Él se lo ha ganado. El muy bastardo mató a su amante y no va a costarle ni un día de condena. Recuerdo que cuando me describiste la casa dijiste que te gustaría volver con una furgoneta, aparcarla en el jardín y llevártelo todo, desde los candelabros hasta las alfombras.

—Me habría encantado.

—¿Piensas hacerlo hoy?

—No.

—¿Sólo vas a robar el abrigo?

—Bueno...

—Dijiste que tenía buenas joyas, ¿no? Tal vez puedas encontrar algo para Gert Blinn, ahora que se ha quedado sin su pulsera.

—Ya lo había pensado...

—Además, había una colección de monedas.

—La recuerdo bien, Carolyn.

—También recuerdo todo lo que me contaste. ¿Vas a llevar el Pontiac?

—Creo que eso sería tentar a la suerte.

—Entonces ¿piensas robar otro coche?

—Supongo que sí.

—Llévame contigo.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no? —Se inclinó y me cogió la mano—. ¿Por qué no, Bern? Puedo ayudarte. No te molesté mientras robábamos la polaroid en casa de Randy, ¿verdad?

—La polaroid de Randy no la robamos, la tomamos prestada.

—No digas tonterías. La robamos. Luego, cuando ya no la necesitamos, la devolvimos. Míralo de este modo: ya tengo experiencia en esto de entrar en propiedades privadas. Llévame contigo, Bern. Por favor... Me pondré guantes de goma y recortaré las palmas. Me abstendré de beber, haré lo que me pidas. Por favor...

—¡Dios mío! —gemí—. Eres... eres una honrada ciudadana, Carolyn. No te han fichado, tienes un buen puesto en la sociedad.

—Lavo perros, Bern. No es nada del otro mundo.

—Pero es peligroso...

—Me encanta el peligro.

—Y además, yo siempre trabajo solo. Nunca he tenido ningún socio.

—¿De modo que era eso lo que te preocupaba? —Se entristeció—. No había pensado en ello. Supongo que sería una carga para ti, Bern. Tienes razón. No te preocupes.

—No bebas después del trabajo.

—No beberé ni una gota. ¿Puedo ir contigo?

—Y no podrás contárselo a nadie. Ni a Randy ni a ninguna otra amante que tengas en el futuro.

—Mis labios están sellados. ¿Hablas en serio? ¿Puedo acompañarte?

Me encogí de hombros.

—¡Qué demonios! —exclamé—. La otra noche me ayudaste mucho. Tenerte cerca no me hará ningún daño.